



AÑO III.

NÚM. XXVI.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—
FEBRERO—1891
—

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1891

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es
indispensable el permiso del Director de
LA ESPAÑA MODERNA.*

Sección Extranjera.



LA SONATA DE KREUTZER



TERCERA PARTE.

XVIII.

HABITAMOS, pues, en una ciudad. En las grandes poblaciones se encuentran menos tristes los que sufren. Allí puede uno vivir cien años sin que reparen en él, y sin que nadie lo eche de menos cuando muere. Allí no tiene uno tiempo para meditar en su suerte. Los negocios, las relaciones sociales, el arte, la salud de los hijos, su educación, absorben á todo el mundo. Unas veces, que hay que recibir ó devolver visitas, que hay que ver á éste, que hay que oír á Fulano ó á Fulana. (En una capital nunca faltan una, dos ó tres celebridades, que es irremisible ir á ver.) Otras veces, que hay que cuidarse ó cuidar á tal ó cuál niño; ó ya que el profesor, que el pasante, que el aya.... y, á todo esto, la vida absolutamente vacía. Con tal vértigo, sentíamos menos la pesadumbre de nuestra existencia común; sobre que, además, en los primeros tiempos, teníamos una magna ocupación: el arreglo del nuevo domicilio, y luego también la traslación de la ciudad al campo y del campo á la ciudad.

Así se deslizó un invierno. Al otro ocurrió un incidente, que pasó inadvertido, y que fué, en el fondo, la causa de todo lo que sobrevino después. Mi mujer andaba indispueta, y los canallas (los médicos) no le permitieron concebir un nuevo hijo, enseñándole el medio de que debía valerse. El hecho me causó una repugnancia profunda. En vano pugué por oponerme; ella insistía con tanta ligereza como tenacidad, y acabé por ceder. Con eso quedó destruida la última justificación de nuestra vida de cerdos, y la tal vida vino á ser aún más innoble.

El campesino y el obrero necesitan hijos, lo cual justifica sus relaciones conyugales. Nosotros, en cuanto tenemos algunos, no necesitamos más. Son quebraderos de cabeza inútiles, gastos, coherederos, un atadero continuo; así que no tiene disculpa nuestra existencia de gochos. Pero estamos tan profundamente degradados, que no vemos la necesidad de una justificación. La mayoría de las personas de la sociedad contemporánea se entrega á esa licenciosidad sin el menor remordimiento. No tenemos ya conciencia, como no sea, si cabe decirlo así, la conciencia de la opinión pública y del Código penal. Pero aquí se trata de cosas que no hieren á ninguna de esas dos conciencias. No sonrojan desde luego á ninguna persona de mundo; todos las practican, X, Y, Z, etc. ¿Á qué multiplicar los mendigos y privarse de las alegrías de la vida social? Y en cuanto al Código penal, no hay para qué preocuparse ni temerlo; eso se queda para las mujeres perdidas, para las mozas de los soldados que tiran sus hijos á las charcas ó á los pozos; á ésas, es claro, hay que meterlas en la cárcel. ¡Pero nosotros! Nosotros procuramos la desaparición de la manera más cómoda y oportuna.

Pasamos así otros dos años. El medio sugerido por los canallas nos había salido á pedir de boca. Mi mujer se había puesto más gruesa y más guapa; era la belleza del final del estío. Ella lo comprendía, y se ocupaba mucho de su persona. Había adquirido esa hermosura provocativa que trastorna á los hombres. Se hallaba en todo el

esplendor propio de la mujer de treinta años que no tiene hijos, que se alimenta bien y se encuentra excitada. Su sola vista daba miedo. Era como el caballo de tiro de complexión ardiente, que no ha trabajado en mucho tiempo, y al cual se suelta la brida de pronto. En cuanto á mi mujer, no tenía bridas, como le pasa, por supuesto, al noventa y nueve por ciento de las mujeres.

XIX.

La cara de Posdnicheff se había transformado; daba pena verle los ojos, cuya expresión parecía extraña, como de otra persona; se le erizaban la barba y el bigote, se le achicaba la nariz, y se le dilataba la boca de un modo espantoso.

—Sí (prosiguió). Se puso más gruesa desde que dejó de concebir, y empezaron á desvanecerse sus inquietudes por los niños, aunque no acabaron aún. Parecía como si saliese de una larga embriaguez, y como si, al volver en sí, hubiese contemplado el universo con todas sus alegrías, un mundo entero no comprendido hasta entonces, y donde no había acertado á vivir.

«¡Si al menos este mundo no se desvaneciese! Pasado el tiempo, llegada la vejez, ya no es posible hacer que vuelva.» Así me figuro yo que pensaba ella, ó, más bien, que sentía. Por supuesto, no podía pensar ni sentir de otro modo. Le habían inculcado la idea de que en el mundo no hay más que una cosa digna de atención: el amor. Al casarse, había conocido algo de ese amor, pero algo muy distante de lo que ella se prometía y esperaba. ¡Cuántas desilusiones, cuántos sufrimientos, amén de una tortura inesperada: los hijos! Esa tortura la había extenuado, cuando he aquí que, gracias al servicial doctor, se enteraba de que no era forzoso concebir hijos. Fué un gozo para ella. Hizo el ensayo, y resucitó para lo único que la preocupaba, para el amor. Pero el amor, con

un marido manchado de celos y de maldades, no era ya su ideal. Empezó á pensar en algún otro cariño, ó, por lo menos, eso me figuraba yo. Siempre andaba en acecho, como si esperase un acontecimiento ó una persona. Lo noté, y no pude menos de sentirme alarmado.

Ahora, siempre que hablaba conmigo por mediación de un tercero (es decir, siempre que hablaba con otros para que me enterase yo), abordaba resueltamente, entre bromas y veras —sin acordarse de que una hora antes había dicho lo contrario—el tema de que los cuidados maternales son ilusiones, y de que no valía la pena el sacrificar la vida por los hijos : cuando se es joven, hay que gozar de la vida. Se ocupaba, pues, menos de los hijos, sin aquellos afanes de antes ; y, en cambio, se preocupaba cada vez más de sí misma, de su exterior—aunque lo disimulaba,—de sus placeres y hasta de su perfeccionamiento como mujer de sociedad. ¡ Volvió con pasión al piano, olvidado no hacía mucho en un rincón ! Ahí, en el piano, fué donde empezó la aventura.

Apareció el *hombre*.

Posdnicheff parecía sentirse cohibido, y volví á oír por dos veces aquella aspiración nasal á que he hecho referencia. Supuse que le era violento nombrar al *hombre*, y penoso acordarse de él. Hizo un esfuerzo, como para vencer el obstáculo que lo detenía, y continuó resueltamente :

—Era un mal hombre, á mis ojos, y no porque haya representado tan gran papel en mi vida, sino independientemente de eso. Pero dicho se está que, siendo malo, era irresponsable. Era músico, violinista—no músico de profesión, sino medio artista, medio hombre de mundo.—Su padre, propietario rural, era vecino del mío. Ese vecino, el padre, se arruinó; y los hijos, que eran tres varones, salieron cada uno por su lado. Nuestro hombre, el menor de los tres, marchó á París con su madrina. Allí lo pusieron en el Conservatorio, porque demostraba disposiciones para la música; salió hecho violinista, y tocó en conciertos.

Iba á desahogarse á expensas del *otro*, cuando se contuvo, y dijo bruscamente:

— Á la verdad, yo no sé de qué vivía; sólo sé que aquel año vino á Rusia, y fué á verme. Ojos tiernos, alargados en forma de almendra; labios rojos y sonrientes; un bigotillo untado de cosmético; el peinado á la última moda; una cara de una belleza vulgar, lo que llaman las mujeres una cosa «pasadera»; una constitución física débil, pero no deforme, con una parte posterior tan desarrollada como en las mujeres; correcto é insinuante hasta lo sumo con las personas, pero provisto de ese fino olfato que evita los pasos en falso y permite retirarse á tiempo; un hombre, en fin, guardador escrupuloso de las reglas de la dignidad exterior, con ese sello particular parisiense que denuncian las botas de botones y las corbatas de colores vistosos, y con esa cosa que se apropian en París los extranjeros, cuya singularidad, cuya novedad produce siempre su efecto en nuestras mujeres. En su porte, una jovialidad exterior, ficticia, y, ya sabe V., esa manera de hablar de todo por alusiones, en fragmentos inacabados, como si V. estuviese al corriente de cuanto le dicen, y se acordase de ello, y pudiese suplir lo que se sobreentiende.... ¡Pues bien! ése, con su música, fué la causa de todo.

En el proceso se presentaron las cosas de tal manera, que todo pareció consecuencia de los celos. Es falso....; es decir: falso enteramente, no; pero había algo más. Al juzgar, se consideró que yo era un marido engañado, que maté en defensa de mi honra ultrajada (así dicen en su lenguaje), y, en consecuencia, fuí absuelto. Yo traté de explicar el caso desde mi punto de vista; pero no conseguí sino que creyesen que quería rehabilitar la memoria de mi mujer. Sus relaciones con el músico, cualesquiera que hayan sido, no significan nada para mí, ni para ella tampoco. Lo importante es lo que le he contado á V. Todo el drama se debe á que aquel hombre llegó á nuestra casa en el momento en que se había abierto ya entre nosotros un inmenso abismo, cuando era un hecho

esa espantosa tensión del odio mutuo, en que el menor motivo bastaba para desencadenar la crisis. Nuestras reyertas en los últimos tiempos eran una cosa terrible, y tanto más asombrosas cuanto que iban seguidas de una pasión brutal extraordinariamente intensa. Si no hubiese mediado aquel hombre, hubiese mediado otro ; si el pretexto no hubiesen sido los celos, yo hubiese encontrado otro cualquiera. Insisto é insistiré en que todo marido que haga una vida de matrimonio como la mía, ó anda por esos mundos de Dios de devaneos, ó se separa, ó se mata, ó mata á su mujer, como yo. Si á alguno no le sucede nada de esto, es una excepción rarísima, porque, en cuanto á mí, antes de acabar como he acabado, he estado varias veces al borde del suicidio, y mi mujer intentó envenenarse en más de una ocasión.

XX.

Para que me comprenda V., es preciso que le cuente cómo pasaron las cosas.

Los dos estamos muy tranquilos ; parece que todo marcha bien. De repente nos ponemos á hablar de la educación de los niños. No recuerdo por qué palabras empezamos ella ó yo ; pero ya tenemos debate, reconvencciones, saltos de una materia á otra : «Sí, ya lo sé desde hace mucho tiempo ; siempre ocurre lo mismo.... Tú has dicho que....—No, yo no he dicho tal cosa....—Bien ; ¿entonces es que miento yo?....», etc.

Y presiento que se acerca la crisis espantosa en que quisiera matarla ó matarme á mí mismo. Estoy viendo que se acerca, me asusta pensarlo como si me amenazase un incendio, quisiera contenerme ; pero me ahoga la ira. Mi mujer se encuentra en el mismo, si no en peor estado ; sabe que tergiversa deliberadamente todas mis palabras, y que todas las suyas están impregnadas de veneno. Cuanto yo más quiero en este mundo, otro tanto rebaja

y profana ella. El furor va en aumento á medida que se enreda la disputa. «¡Cállate!» (grito yo en un momento, ú otra cosa por el estilo.) Mi mujer sale de un salto fuera de la habitación, y corre al lado de los niños. Trato de detenerla para desahogarme, acabando de descargar mis injurias, y la cojo de un brazo, lastimándola. Da un grito: «¡Hijos, vuestro padre me está pegando!» Yo grito también: «¡No mientas!» Ella sigue ensartando mentira tras mentira, con el sólo propósito de irritarme más. «¡Ah! ¡No es la primera vez!» Ó alguna otra cosa á este tenor. Veo que los niños se lanzan á ella, tranquilizándola, y digo: «¡No finjas!» Á lo cual responde: «¡Para ti todo es fingido! ¡Así matases á cualquiera, dirías que fingía! Y eso es lo que quieres; ahora ya he conocido tu intención.» — «¡Que no reventaras!» (exclamé.)

Recuerdo el espanto que me produjo esa terrible frase. Nunca había soñado yo que pudiese pronunciar palabras tan brutales, tan tremendas; y me quedé atónito al ver que se me habían escapado. Huyo á mi gabinete, me siento y me pongo á fumar. La oigo en la antecámara, dispuesta á salir, y pregunto: «¿Adónde vas?» No responde. «¡Pues anda, y que te lleven los demonios!» me dije en mi interior volviendo al gabinete, y sentándome y empezando á fumar de nuevo. Millares de planes de venganza, medios de desembarazarme de ella, expedientes para arreglar las cosas y hacer como que no había pasado nada, todo eso cruza por mi cabeza; y entretanto, fuma que fuma. Pienso huir, escaparme, marcharme á América. Hasta llego á recrearme meditando lo bien que estaré cuando me la haya quitado de encima, y lo que he de amar á otra, muy distinta de ella. Me libraré de su presencia, si muere ó me divorcio, y reflexiono en cuál será la mejor combinación. Veo que desvarío; pero, para no verlo, para dejar de ver que no pienso como Dios manda, sigo fumando.

En tanto, la vida de la casa sigue su curso. Llega la institutriz de los niños, y pregunta: «¿Dónde está la señora? ¿Cuándo volverá?» Los criados preguntan, por

su parte, si sirven el te. Entro en el comedor ; los niños, y sobre todo Elisita, me miran asustados, como para interrogarme. ¡Y no viene! Pasa la noche. ¡Nada! ¡sin venir! Dos sentimientos se apoderan alternativamente de mi alma : el odio hacia ella, por torturarnos á mí y á los niños con su ausencia, cuando ha de acabar por volver á la postre, y el temor de que vuelva y cometa algún atentado contra sí misma. Pero ¿dónde buscarla? ¿En casa de su hermana? ¡Parece tan sandio ir á preguntar uno dónde está su mujer! Y, después de todo, ¡vaya bendita de Dios! Si le gusta que sufran los demás, que sufra ella también. Pero ¿y si no está en casa de su hermana? ¿Y si va á hacer ó ha hecho ya cualquier atrocidad?

Las once de la noche, las doce, la una.... ¡imposible dormir! Á la alcoba no voy ; sería inaguantable estar echado allí, solo, esperando. Sin embargo, en el gabinete no puedo reposar. Trato de ocuparme en alguna cosa, de escribir cartas, de leer. Imposible. Me encuentro solo, torturado, lleno de remordimientos, y no hago más que escuchar todos los ruidos. Hacia el alba me duermo. Cuando despierto, no ha vuelto aún. Las cosas de la casa marchan como antes, pero todos me miran asombrados, con aire interrogativo. Los niños me observan como reconviniéndome. Y siempre el mismo sentimiento de inquietud por ella, y de odio á causa de esa inquietud.

Hacia las once de la mañana llega su hermana, la embajadora. Entonces empiezan las frases de cajón : «¡Se encuentra en un estado terrible!—¿Pues qué le ocurre?—¡Hombre, ahí es nada!»—Yo hablo de las asperezas de su carácter, y añado que, como no tengo de qué acusarme, no daré el primer paso. Si quiere el divorcio, tanto mejor. Mi cuñada no admite semejante idea, y se va sin haber conseguido nada. Yo, encerrado en la mayor obstinación, mientras hablábamos, y diciendo con mucha valentía, resueltamente, que no daría el primer paso ; pero, no bien se marcha, voy á la otra pieza, veo á los niños tan espantados que era una compasión.... y

heme aquí ya inclinado á dar ese primer paso. El mal es que me encuentro atado por mi palabra. Vuelta á pasear de un lado para otro, y vuelta á fumar. Al almuerzo bebo aguardiente y vino hasta que consigo lo que deseo irreflexivamente: no ver la mentecatez y la ignominia de mi situación.

Hacia las tres llega ella. Me parece que viene aplacada ó que se reconoce vencida. Empiezo á decirle que yo he sido provocado por sus reconvenciones. Me contesta, sin mudar la expresión de severidad y de terrible abatimiento de su fisonomía, que no ha ido á pedir explicaciones, sino á llevarse los niños, porque no podemos vivir juntos. Le respondo que no es culpa mía, sino suya, por haberme puesto fuera de mí. Á esto, mirándome con aire severo y solemne, dice: «¡No sigas adelante, ó te arrepentirás!» Yo repito que no puedo tolerar las comedias. Entonces grita no sé qué, y se precipita hacia su cuarto. Oigo rechinar la llave; se encierra. Empujo la puerta. Silencio. Viendo que no me responde, me voy furioso.

Media hora después viene Elisita corriendo y deshecha en llanto: «¡Qué! ¿Ha sucedido alguna cosa?—¡No se oye á mamá!» Nos dirigimos hacia la puerta de su cuarto, y empujo con todas mis fuerzas. El pasador está mal echado, cede, y se abren las hojas. Mi mujer se halla atravesada en la cama, en enaguas y con botas altas. En la mesa veo un frasco de opio vacío. La hacemos volver en sí. Vienen las lágrimas, y en seguida la reconciliación. Es decir, la reconciliación no: en su fuero interno cada uno conserva su odio hacia el otro; pero, por el momento, preciso es poner término de algún modo á aquella escena, y la vida vuelve á seguir su curso, como antes. Escenas como esa, y peores aún, las teníamos todas las semanas ó todos los meses, cuando no todos los días. ¡Y siempre, sin variación, los mismos incidentes! Una vez estuve completamente resuelto á huir, pero por una debilidad inconcebible me quedé.»

He ahí en qué circunstancias vivíamos, cuando hizo

su aparición el *hombre*. Malo era él, es mucha verdad; pero, en fin, ¡hasta ser peor que nosotros!....

XXI.

Cuando nos trasladamos á Moscou, ese *señor*—se llamaba Trujachevski—fué á casa una mañana. Lo recibí. En otra época nos tuteábamos, y él intentó restablecer el «tú», usando frases intermedias entre «tú» y «usted»; pero yo di el tono en «usted» resueltamente, y se sometió en seguida. Me desagradó hasta el extremo. Á la primera ojeada comprendí que era un inmundo libertino. Tuve celos antes de que viese á mi mujer. Pero—¡cosa extraña!—una fuerza oculta, fatal, me inducía á no ahuyentarlo, á no alejarlo, sino, al revés, á dejarle acercarse. ¿Había nada más sencillo que hablar con él unos minutos, y despedirlo fríamente, sin presentarlo á mi mujer? Pues no: como exprofeso llevé la conversación hacia sus habilidades de violinista; y supe por su boca que, contra lo que yo había oído decir, tocaba entonces más que antes. Recordó, además, que yo también me ejercitaba en otros tiempos, á lo cual respondí que había abandonado la música, pero que mi mujer tocaba muy bien.

¡Cosa singular! ¿Por qué en los acontecimientos importantes de la vida, en los que deciden de la suerte de un hombre, como se decidió la mía en aquel instante, por qué en esos acontecimientos no hay pasado ni futuro? Desde el primer día, desde la primera hora, mis relaciones con Trujachevski fueron tales y como hubieran podido ser después de todo lo que ha ocurrido. Yo tenía el presentimiento de que debía sobrevenir una horrorosa desgracia por causa de aquel hombre; y, á pesar de todo, no podía menos de estar amable con él. Lo presenté á mi mujer. Ella se alegró—al principio supongo que sólo por oír tocar el violín, que era una de sus pasiones: como

que, al efecto, alquilaba á veces un violinista de orquesta.— Pero, al dirigirme una mirada, adivinó mis sentimientos, y disimuló su alegría. Entonces empezaron las comedias y los engaños mutuos. Yo ponía cara placentera, haciendo como que todo aquello me agradaba infinitamente. Él miraba á mi mujer como todos los libertinos miran á las mujeres guapas, aunque afectando no interesarse más que en la conversación, es decir, en lo que no le interesaba ni por asomo.

Ella quería aparecer indiferente; pero mi expresión, mi falsa sonrisa de celos, que conocía tan bien, y la mirada voluptuosa del músico la excitaban de un modo manifiesto. Después de la primera entrevista noté ya que sus ojos se animaban de un brillo extraño, y que, gracias á mis celos, se establecía inmediatamente entre los dos esa especie de corriente eléctrica que provoca la identidad de la expresión, de la sonrisa y la mirada.

Estuvimos hablando de música, de París, de una porción de pequeñeces, hasta que nuestra visita se levantó para marcharse. Se quedó en pie, contoneando la cadera, sobre la cual apoyaba el sombrero, y mirándonos á uno y otro alternativamente, como si esperase lo que ella haría. Me acuerdo de aquel minuto; me acuerdo, porque pude no invitarlo. Si no lo invito, no habría pasado nada. Pero los miré á los dos: «¡No vayas á creerte que puedes darme celos!», pensé, dirigiéndome á ella mentalmente. É invité al otro á llevar aquella misma noche su violín y á tocar con mi esposa. Mi mujer levantó asombrada los ojos hacia mí; su cara se tiñó de púrpura, como si la sobrecogiese un terror repentino. Empezó por excusarse, diciendo que no tocaba bastante bien. Esa negativa me excitó más. Recuerdo la extraña impresión con que yo miraba la nuca, el cuello blanco de aquel hombre, en contraste con el pelo negro partido á raya, cuando salió dando saltitos á la manera de un pájaro. No podía menos de confesarme que su presencia me hacía sufrir. «En mi mano está (pensaba) arreglar las cosas de modo que no vuelva á verlo nunca. Pero ¿entonces es

que lo temo yo? No, no lo temo; sería demasiado humillante.»

¡Y allí mismo, en la antecámara, sabiendo que me oía mi mujer, insistí en que fuese con su violín aquella misma noche! Se despidió, prometiéndomelo. Llegó por la noche con el violín, y tocaron juntos; pero la ejecución anduvo como Dios quiso durante largo rato, porque no teníamos la música necesaria, y la que había no podía tocarla mi mujer sin preparación. Yo me divertía, los aconsejaba, les proponía piezas, y acabaron por interpretar algunas romanzas sin palabras y una sonatina de Mozart. Trujachevski tocaba de un modo maravilloso; tenía lo que se llama el tono enérgico y tierno; en cuanto á dificultades, no existían para él. Apenas se puso á tocar, cambió de cara. Se tornó serio y mucho más simpático. No hay que decir que llevaba mucha ventaja á mi mujer; la ayudaba, la aconsejaba con sencillez y naturalidad, y al propio tiempo alababa cortésmente su ejecución. Mi mujer parecía embebida en la música nada más; se mostraba muy sencilla y agradable. Yo también aparenté durante toda la noche, no sólo por los otros, sino por mí, hallarme completamente embebido en la música. En el fondo me torturaban los celos sin cesar. Desde el primer momento en que los ojos del músico se encontraron con los de mi mujer, ví que no le desagradaba, y que no le parecería mal entrar en relaciones más íntimas.

Si yo hubiese sido puro, no habría cavilado en lo que él podía pensar; pero yo también miraba á las mujeres, y por eso lo comprendía, y me encontraba en un suplicio. Lo que me atormentaba sobre todo era la certidumbre de que, por lo tocante á mí, ella no sentía más que una perpetua irritación, interrumpida á veces durante los accesos de sensualidad consabidos, mientras que aquel hombre, gracias á su elegancia exterior y á su novedad, gracias singularmente á su talento, notable á todas luces, gracias á la aproximación que se establece bajo el imperio de la música, gracias á la impresión que la música produce sobre los temperamentos nerviosos,

aquel hombre, digo, no sólo debía agradarla, sino infaliblemente, y sin dificultad ninguna, subyugarla, vencerla y hacer de ella lo que quisiese.

Como no podía menos de ver eso, no podía menos de sufrir, no podía menos de estar celoso. Y estaba celoso y sufría, á pesar de lo cual—y aun quizá por eso mismo—una fuerza desconocida me impulsaba á ser, no ya cortés, sino algo más que cortés, amable. No sabré decir si lo hacía por mi mujer, por demostrarle que yo no temía al otro, ó por mí mismo, por engañarme; pero desde mis primeras relaciones con él no lograba encontrarme en mi centro. Para no ceder á la tentación de matarlo inmediatamente, tenía que «acariciarlo». Le servía vino á la mesa, me entusiasmaba con su manera de tocar, le hablaba con la sonrisa más agradable, y hasta lo invité á comer y á darnos nueva sesión de música el domingo próximo. Le dije que convidaría á algunos amigos aficionados para que lo oyesen.

Dos ó tres días más adelante volvía á mi casa hablando con un amigo, cuando, al pasar por la antecámara, sentí de pronto un grave peso en el corazón, sin poder explicarme lo que fuese. Y era que había visto algo que me *lo* recordaba. Caí en la cuenta al entrar en mi gabinete, y volví á la antecámara para confirmar mi conjetura. Sí, no me engañaba: era su paletot (me había fijado involuntariamente con una atención extraordinaria en todo lo que se refería á él). Interrogué al criado. Era eso: había ido. Pasé cerca de la sala, atravesando el cuarto de estudio de los niños. Elisita estaba sentada con un libro delante, y el ama seca se hallaba junto á la mesa con el último de mis hijos, dando vueltas á una tapa de no sé qué. Oí en la sala un arpeggio lento, la voz apagada de él, y una negación de ella: «¡No, no! (decía) ¡hay otra cosa!» Y me pareció que algunos de los dos amortiguaba las palabras expresamente con ayuda del piano.

¡Dios mío! ¡Lo que sentí subir á mi cabeza! ¡Lo que yo imaginé! Cuando me acuerdo de la bestia que alentaba dentro de mí en aquel instante, me sobrecojo de

espanto. Se me oprimió el corazón, se paralizó un segundo y empezó á golpear después como un martillo. El sentimiento principal, como sucede en todos los malos sentimientos, era de lástima por mí. «Delante de los niños, delante del ama (pensaba), me deshonra. Me voy; no puedo más. Dios sabe lo que haría, si.... ¡Pero no puedo pasar sin entrar!»

El ama dirigió los ojos hacia mí, como si me comprendiese y me aconsejase vigilancia. «No tengo más remedio que entrar» (me dije). Y, sin saber lo que hacía, abrí la puerta. Él estaba sentado al piano y hacía arpeggios encorvando sus largos dedos blancos; ella estaba en pie en el ángulo del piano de cola, con un papel de música delante. Fué la primera que me vió ó me oyó, y alzó los ojos hacia mí. ¿Se sobresaltó? ¿aparentó no tener miedo? ¿ó no se asustó ni poco ni mucho? Lo que puedo asegurar es que no se estremeció ni hizo ningún movimiento. Se sonrojó algo; pero un poco después:

—¡Cuánto me alegro de que vengas! No hemos resuelto lo que vamos á tocar el domingo—dijo en tono muy diferente del que hubiese empleado, á estar conmigo á solas.

Me sublevó aquel tono y aquel decir «nosotros», hablando de ellos dos. Lo saludé á él silenciosamente. Se apresuró á estrecharme la mano, dirigiéndome una sonrisa que se me antojó burlona, y me dijo por vía de explicación que había llavado música para prepararse al concierto del domingo, pero que estaba en desacuerdo sobre la elección de pieza: ¿cosas difíciles, clásicas, especialmente una sonata de Beethoven, ó piezas ligeras? Y, al hablar, me miraba. Todo eso era tan natural, tan sencillo, que parecía imposible encontrar nada que decir. Y al mismo tiempo veía que era falso, estaba seguro de que se encontraban de acuerdo para engañarme.

Una de las mayores torturas para el celoso (y no hay quien no lo sea en nuestra vida social) es esa multitud de situaciones en que con varios pretextos se admite como cosa corriente una intimidad grandísima y peligrosa en-

tre un hombre y una mujer. Hay que pasar por ser la irrisión de todo el mundo, si quiere uno impedir las aproximaciones del baile, la intimidad de los médicos con sus enfermos, la familiaridad en las ocupaciones artísticas, y, sobre todo, en la música. Para que las gentes trabajen juntas en el arte más noble, en la música, se necesita cierta intimidad en que no puede verse nada de censurable; sólo la estupidez de un marido celoso puede tener algo que decir. Un marido no debe concebir semejantes pensamientos, y, sobre todo, no debe entrometerse en tales cosas, ni impedir las. Y, sin embargo, cualquiera sabe que, gracias precisamente á esas ocupaciones, y con especialidad á la música, se preparan gran número de adulterios en nuestra sociedad.

Evidentemente los dejé cortados, porque pasó bastante tiempo sin que yo acertase á decir una palabra. Estaba como una botella demasiado llena, cuando se le quita el tapón y se pone boca abajo. Quería insultar al hombre, quería echarlo, y me quedé sin hacer nada. Á la inversa, pensaba que los cohibía, y que los cohibía por mi sola culpa, sin ningún motivo. Hice como que lo aprobaba todo, merced á ese extraño sentimiento que me obligaba á tratarlo á él con tanta más amabilidad cuanto más penosa me era su presencia. Dije que me atenía á sus gustos, y aconsejé á mi mujer que hiciese otro tanto. Fué lo estrictamente preciso para borrar la impresión deplorable de mi brusca entrada con una cara feroz. Él se marchó, pareciendo satisfecho de los acuerdos adoptados. Por mi parte, me quedé convencido de que, al lado de las cosas que los preocupaban, la música les era perfectamente indiferente. Lo acompañé con marcada cortesía hasta la antecámara (¿cómo no acompañar á un hombre que va á turbar vuestra tranquilidad y á destruir la ventura de toda una familia?), y estreché su mano blanca y mórbida con la mayor amabilidad.

:

XXII.

En todo aquel día no hablé á mi mujer. Me era imposible. Sentía tal odio, á su aproximación, que me temía á mí mismo. En la mesa me preguntó delante de los niños cuándo salía de viaje. Yo tenía que ir la semana siguiente á una reunión del Zemstvo en una localidad vecina. Le dije la fecha. Me preguntó si no necesitaba nada para el camino. No respondí; permanecí callado en la mesa, y en silencio me retiré á mi gabinete. En esos últimos tiempos no entraba ella nunca en mi gabinete, y menos á tal hora. De pronto oí sus pasos. Entonces se me puso en la cabeza la idea innoble y terrible de que, como la mujer de Urías, intentaba ocultar una falta ya cometida, y que por eso venía á mi cuarto á aquella hora. ¿Es posible que venga á mi cuarto? (pensé.) Y al oír acercarse las pisadas, seguí diciéndome: «Si viene, es que tengo razón.»

Me invadió el alma un odio inexpresable.... Los pasos van acercándose, acercándose, acercándose más cada vez. ¿Pasará de largo hacia la otra sala? No. Rechinan los goznes, y aparece en la puerta su silueta elevada, graciosa, lánguida y esbelta. En la cara, en los ojos, observo una timidez, una expresión insinuante que procura ocultar, pero que á mí no se me escapa, como no se me oculta su sentido.... Estuve á pique de ahogarme, á puro de contener la respiración; y, sin dejar de mirarla, cogí un cigarro, y lo encendí.

—¿Cómo se entiende? Viene una á buscarte para que hablemos, ¡y te pones á fumar!

Y se sentó muy cerquita de mí en el canapé, arrimándose á mi hombro. Retrocedí para no tocarla.

—Veo que te disgusta que toque el domingo.

—No, nada de eso—dije.

—Pero ¿es que no lo veo yo?

—¡Bueno! ¡Pues te felicito por tu penetración enton-

ces! ¡No hay más sino que tú te gozas en todas las ignominias, y yo las detesto!

—Si te pones á blasfemar como un carretero, me marcho.

—Ya te has ido.... ¡Pero sabe que, si para ti no es nada la honra de la familia, á mí me interesa mucho!.... Me interesa la honra, entiéndolo, no tú.... ¡Tú puedes irte al infierno!

—¡Cómo! ¿Qué hay?

—¡Vete en nombre de Dios!....

No se fué. ¿Aparentaba no comprenderme, ó no comprendía en realidad de qué se trataba? Pero se enfadó, se dió por ofendida.

—Te has vuelto absolutamente intratable (creo que dijo, ó una cosa parecida, con su intención de siempre de herirme). Después de lo que has hecho con mi hermana (aludía á un altercado con su hermana, en que, fuera de mí, le dije no sé cuántas frescas; ya sabía ella que eso me torturaba, y procuraba pincharme), después de lo que has hecho con mi hermana, no tengo ya que asombrarme de ninguna cosa.

«¡Eso es! (pensé.) ¡Ofendido, humillado, deshonorado, y encima venirme con acusaciones!» Y súbitamente se apoderó de mí una ira, un odio, como no me acordaba de haberlo experimentado nunca. Por primera vez sentí tentaciones de expresar materialmente ese odio. Dí un brinco, pero en el mismo instante comprendí mi estado, y me pregunté si sería cuerdo abandonarme á mi furor.... Después de todo, sí (me respondí), no estaría mal: con eso la asustaría; y, en vez de contenerme, me fustigué, me aguijé, y se me ensanchó el alma, al sentir crecer el hervor de la sangre.

—¡Vete, ó te mato!—grité, cogiéndola de un brazo, con voz terrible. No se movió, y entonces le retorcí el brazo, y la rechacé violentamente.

—Pero ¿qué tienes? ¡Repórtate!—dijo.

—¡Vete! (rugí yo con más fuerza, clavándole unos ojos feroces.) ¡Nadie más que tú es capaz de ponerme en

este estado, nadie! ¡Vete, porque no respondo de mí!

Me embriagaba con mi misma cólera, y quise entregarme á cualquier acto violento para patentizar la energía de mi furor. Sentía unos deseos atroces de pegarla, de matarla; pero recapacité que eso no era posible, y me contuve. Me aparté de su lado, me abalancé á la mesa, cogí un sujeta-papeles, y lo tiré al suelo hacia donde ella estaba. Apunté con cuidado para que cayese cerca nada más; y antes de que se fuese (lo hacía para que lo viera), cogí un candelero, y lo tiré también; en seguida descolgué el barómetro, sin dejar de gritar:

—¡Vete, que no respondo de mí!

En cuanto desapareció, interrumpí mis demostraciones. Una hora después entró en mi cuarto el ama seca, diciendo que mi mujer estaba con un ataque de histerismo. Fuí á verla: sollozaba y reía, sin poder hablar, temblando con todo su cuerpo. No fingía: estaba mala de veras. Mandé llamar al médico, y la cuidé durante toda la noche. Hacia el amanecer se calmó, é hicimos las paces bajo el influjo de ese sentimiento que llamábamos «amor.» Cuando le dije, después de reconciliarnos, que tenía celos de Trujachevski, se echó á reir, sin turbarse, con la mayor naturalidad: ¡tan extraña le parecía á ella misma la posibilidad de perderse por semejante hombre!

—¿Te parece que un ente así puede inspirar á una mujer honrada más sentimiento que el gusto de oírle tocar? Pero, si tú quieres, nada me importa no volver á verlo nunca, ni aun el domingo, á pesar de estar hechas las invitaciones. Escríbele que me hallo indispuesta, y asunto concluido. Sólo me molesta una cosa, y es ¡que hayas podido soñar que ese hombre era peligroso! Soy demasiado orgullosa para no detestar semejantes sospechas.

Y no mentía: creía lo que estaba diciendo. Hablaba así, abrigando la ilusión de provocar en su alma, con sus propias palabras, el desdén hacia aquel hombre, y precaverse de ese modo contra el peligro. Pero no lo con-

seguía. Todo conspiraba contra ella, y más que todo la malhadada música. De esta suerte acabó la querrela; se reunieron nuestros invitados el domingo, y volvieron á tocar juntos Trujachevski y mi mujer.

XXIII.

Creo superfluo decir que yo era muy vanidoso. Sin vanidad, la vida que nosotros hacemos no tendría alimento suficiente. Así, pues, me ocupé de disponer con el mayor gusto posible la comida y la velada musical del domingo. Yo mismo compré una porción de cosas para la comida, y elegí los convidados. Llegaron éstos á las seis, y, tras ellos, se presentó Trujachevski de frac y con botones de diamante en la camisa—lo que se llama una cosa de mal tono.—Se movía con desenvoltura. Respondía á todas las preguntas en el acto con una sonrisa de satisfacción y de inteligencia, con una expresión particular que quería decir: «Todo lo que hagan y digan Vds. será ni más ni menos lo que yo me esperaba». No había incorrección en su persona ó en sus maneras que no observase yo entonces con íntimo regocijo, porque esas faltas debían tranquilizarme, confirmándome en la idea de que mi mujer no podría rebajarse, como ella misma había dicho, hasta el grado de inferioridad de aquel hombre. Evitaba, por consiguiente, estar celoso, aunque no tanto por las protestas de mi mujer como por los atroces sufrimientos que los celos me causaban.

A pesar de esto, me fué imposible mantenerme natural con el músico ni con ella durante la comida y la parte de la velada que transcurrió hasta empezar la música. Involuntariamente seguía todas sus miradas y todos sus gestos. La comida fué, como cualquiera de las de su clase, una cosa enojosa y convencional. La música dió principio en seguida. *Él* fué á buscar su violín; mi mujer se adelantó hacia el piano; y se puso á hojear los papeles. ¡Oh!

¡Cómo me acuerdo de todos los pormenores de aquella velada! Recuerdo cómo llevaba él el violín, cómo abrió la caja, cómo quitó la funda de sarga bordada por una mano de dama, y cómo empezó á afinar el instrumento. Veo á mi mujer sentándose con una fingida indiferencia, bajo la cual advertí que ocultaba una gran timidez, una timidez debida sobre todo á su poco dominio del arte musical. Se sentó con esa indiferencia fingida delante del piano, y entonces empezaron los *la* de rigor, los *pizzicati* de violín y el arreglo de los papeles. Recuerdo en seguida cómo se miraron y dirigieron una ojeada á las personas del auditorio, que iban acomodándose en sus puestos. Se dijeron algunas palabras, y empezó la música. Tocarón la «Sonata de Kreutzer», de Beethoven. ¿Conoce V. el primer *presto*? ¿Lo conoce V.? ¡Ah!....

Posdnicheff exhaló un suspiro, y calló durante un rato.

—¡Qué cosa tan terrible esa sonata! ¡Sobre todo aquel *presto*! ¡Y qué cosa tan terrible la música en general! ¿Qué es? ¿Por qué produce los efectos que produce? Se dice que la música conmueve el ánimo. ¡Tontería! ¡Mentira! Influye, sí, influye espantosamente (hablo por mi cuenta), pero no de una manera ennoblecedora.... ni ennoblecedora ni envilecedora, sino de una manera irritante. ¿Cómo diría yo? La música me hace olvidar mi situación verdadera. Me transporta á un estado extraño á mí. Bajo su influjo me parece sentir realmente lo que no siento, comprender lo que no comprendo, poder lo que no puedo. La música me parece obrar como el bostezo ó la risa: yo no tengo ganas de dormir, pero veo bostezar á uno, y bostezo, como me río, sin tener de qué, cuando oigo reír. La música, á su vez, me transporta inmediatamente al estado de ánimo en que se hallaba el que la escribió: me confundo con su alma, y paso con él de un estado á otro. Mas ¿por qué esto? No lo sé. Ahora, el que escribió la «Sonata de Kreutzer», Beethoven, ése sí, sabía perfectamente por qué se encontraba en cierto estado: semejante estado lo indujo á realizar ciertas acciones, y, por lo mismo, tenía

un sentido para él; pero para mí no tiene ninguno, absolutamente ninguno. Así se comprende que la música provoque excitaciones que no resuelve. Se toca, por ejemplo, una marcha militar; pasa el soldado al son de esa marcha, y ha acabado la música. Se toca un baile; he concluido de bailar, y ha terminado la música. Se canta una misa, comulgo, y de nuevo ha finalizado la música.... Pero la otra música provoca una excitación, sin que se encuentre en esa excitación lo que procede hacer; por eso es tan peligrosa, por eso obra á veces de un modo tan espantoso.

En China la música es cosa del Estado, y así debe ser. ¿No hay más que consentir al primer advenedizo que hipnotice á una ó varias personas, para que después haga de ellas lo que le plazca? ¿Y se puede tolerar, sobre todo, que el hipnotizador sea el primer individuo inmoral que se presente? Es un poder espantoso en manos de cualquiera.... Por ejemplo, el primer *presto* de esa «Sonata de Kreutzer»—y existe mucha música así—¿se puede tocar en salones en medio de damas escotadas, ó en conciertos, y después de acabado, aplaudir, y pasar á otro tiempo ó á otra obra? Esas cosas no se pueden tocar más que en ciertas circunstancias importantes, y sólo cuando hay que provocar ciertas acciones correspondientes á tal música. Pero promover una energía de sentimiento que no corresponde á la ocasión ni al sitio, y que no se gasta en nada, no puede menos de influir peligrosamente. Sobre mí en particular ese tiempo obra de una manera terrible. Parece como que surgen en mi interior nuevos sentimientos, nuevas virtualidades que antes ignoraba. «¡Ah! Sí, eso es.... Ni remotamente como yo vivía y pensaba antes.... He ahí cómo debe vivirse.»

Así me hablaba interiormente al escuchar esa música. ¿Qué era aquello nuevo que entonces aprendía? No me lo explicaba, pero me hacía bien y me llenaba de íntima satisfacción la conciencia de ese estado indefinido. Era un estado en que no había ya cabida para los celos. Hasta veía bajo un prisma distinto las figuras presentes,

incluso la de *él* y la de mi mujer. Aquella música me transportaba á un mundo desconocido, de donde los celos estaban desterrados. Los celos y los sentimientos que los provocan me parecían futilidades en que no valía la pena de pensar.

Después del presto, acabaron por el andante, no muy nuevo, de variaciones vulgares y de un final flojo. Luego tocaron todavía, á petición de los invitados, una elegía de Ernst y algunas otras cosas. Todo eso estaba muy bien, pero no me produjo ni la décima parte de impresión que el principio. Me sentí animado y alegre durante toda la noche. En cuanto á mi mujer, jamás la vi lo mismo. Aquellos ojos brillantes, aquella severidad de su expresión majestuosa mientras tocaba, y aquella completa languidez, aquella tenue sonrisa de dulce satisfacción, luego que hubo concluido, todo eso lo vi sin encontrar en ello nada de extraordinario, creyendo que experimentaba lo mismo que yo, que, á la manera que á mí, se le revelaban, como al través de una niebla, nuevos sentimientos. No estuve celoso en casi toda la noche.

De allí á dos días tenía que marchar á la reunión del Zemstvo, por lo cual Trujachevski, al despedirse de mí, llevándose sus papeles, me preguntó cuándo estaría de vuelta. Inferí de todo que estimaba imposible ir á la casa durante mi ausencia, y eso me agradó. Como yo no había de regresar hasta después de su marcha, nos despedimos definitivamente. Por vez primera le estreché la mano con placer, y le di las gracias por el rato agradable que me había proporcionado. Se despidió asimismo de mi mujer, y la despedida de ambos me pareció de lo más natural y correcto. Todo iba á maravilla; los dos, mi mujer y yo, nos retiramos muy contentos de aquella velada. Hablamos de impresiones bastante generales, y nos encontramos tan unidos y amigos como no lo habíamos estado hacía mucho tiempo.

XXIV.

Dos días después marché tranquilo á la Asamblea, despidiéndome en un estado de espíritu excelente. En el distrito había siempre mucho que hacer : era un mundo y una vida aparte. Durante dos días pasé diez horas de sesión. La noche del segundo, al volver á mi alojamiento, encontré una carta de mi mujer , en que me hablaba de los niños, del tío, de las amas, y, como una de tantas cosas, me decía que Trujachevski le había llevado los papeles de música prometidos, y le había propuesto volver á tocar, pero que ella había rehusado.

Por mi parte, no me acordaba ni poco ni mucho de tal promesa de papeles—como que, al contrario, estaba en la creencia de que su despedida de la última noche había sido definitiva ;—así que la noticia me causó una sorpresa desagradable. Volví á leer la carta. Noté cierta cosa tierna y tímida, que me produjo una impresión sumamente penosa. Mi corazón se henchía, la fiera rabiosa de los celos empezó á rugir en su antro, y pareció querer saltar ; pero yo tenía miedo á esa fiera, y le impuse silencio.

¡Qué sentimiento tan infame el de los celos! «¿Había nada más natural que lo que decía la carta?», pensé en mi interior. Me acosté, creyéndome tranquilo, empecé á cavilar en los asuntos pendientes, y me dormí sin pensar en ella.

Durante esas asambleas del Zemstvo siempre dormía mal en mi nueva habitación. Aquella noche me dormí en seguida ; pero, como á veces sucede, me despertó una especie de sacudida brusca. Pensé inmediatamente en mi mujer, en mi amor corporal hacia ella, en Trujachevski, y ¡me imaginé que entre los dos se había consumado todo! Me agarrotó el corazón la rabia, pero intenté tranquilizarme:

«¡Qué tontería! (me dije.) ¡Si no hay ningún motivo, si no hay nada! ¿Á qué humillarnos á ella y á mí, y sobre todo á mí, suponiendo tales horrores? Un violinista mercenario de esa laya, conocido como una mala persona, frente á una mujer respetable, á una madre de familia, á *mi* esposa.... ¡qué estupidez! Aunque, por otro lado, ¿por qué no?

» ¿Por qué? ¿No se trata del mismo sentimiento sencillo y comprensible, en cuyo nombre me he casado yo, y vivía con ella? ¿No era eso lo único que yo buscaba, y por consiguiente lo que desearían los demás, y también ese músico?.... No está casado; tiene buena salud (recuerdo cómo crujían entre sus dientes los cartílagos de las chuletas, y la avidez con que acercaba á sus labios rojos el vaso de vino); es hombre que se cuida y alimenta bien, y, no sólo carece de principios, sino que profesa evidentemente la máxima de que hay que aprovechar el placer que se presenta. Entre ellos existe un lazo—la música,—que es lo más refinado que puede darse en punto á voluptuosidad de los sentidos. ¿Qué puede detenerlo? Nada. Al revés, todo lo atrae. ¿Y ella? Ella.... fué y sigue siendo un misterio. Yo no la conozco; es decir, la conozco sólo como animal, y á un animal no hay nada que pueda ni deba detenerlo. Ahora me acuerdo de la expresión que ofrecía su cara el domingo, cuando, después de la sonata de Kreutzer, tocaron un trozo apasionado, no sé de qué, pero, en fin, apasionado hasta rayar en la pornografía.

» ¿Cómo he podido marcharme? (me decía al recordar sus caras.) ¿No era evidente que ya aquella noche se habían entendido? ¿No era evidente que, lejos de mediar ningún obstáculo entre ellos, los dos, y sobre todo mi mujer, sintieron cierta vergüenza después de lo que pasó al piano? ¡Con qué languidez, con qué beatitud sonreía ella de un modo apenas visible, al enjugarse el sudor del encendido rostro! Ambos evitaban ya mirarse, y sólo á la cena, cuando mi mujer le echaba agua, se miraron y sonrieron imperceptiblemente.»

Me acordaba entonces con espanto de aquella mirada y de aquella leve sonrisa. «¡Sí, consumado todo!», me decía una voz; y otra replicaba inmediatamente: «Estás loco. ¡Es imposible!»

Pasé la angustia de permanecer acostado en tal situación en medio de las tinieblas. Froté una cerilla, y tuve miedo en aquel tabuco de papel amarillento. Encendí un pitillo; y, como sucede siempre, cuando empieza uno á dar vueltas dentro de un círculo de contradicciones inextricables, fumé cigarro tras cigarro para aturdirme y no ver mis contradicciones. En toda la noche dormí; y á las cinco, estando oscuro todavía, juzgué imposible permanecer más tiempo en aquella tensión, y resolví partir inmediatamente. El tren tardaba ocho horas. Desperté al criado que me servía, y le mandé á buscar caballos. Puse cuatro letras á la asamblea del Zemstvo, diciendo que me llamaba á Moscou un asunto urgente, y suplicaba me sustituyesen con un miembro de la Comisión. Á las ocho monté en *tarantass*, y partí.

XXV.

Había que andar veinticinco verstras en coche y ocho horas en tren. El viaje en coche fué muy agradable. Era un día frío de otoño con brillante sol—ya sabe V.: ese tiempo en que se imprimen las ruedas en la carretera reblandecida.—El camino era variado; la luz viva; el aire fortificante, y el *tarantass* cómodo. Mirando los caballos, los campos y los pasajeros, olvidaba adónde iba. Á veces me parecía que viajaba sin objeto, por pasearme, y que iría así hasta el fin del mundo. Cuando me olvidaba hasta ese extremo, era dichoso; pero, cuando recordaba el objeto de mi viaje, me decía: «¡Ya veremos después! ¡Ahora no pienses en eso!»

Á medio camino ocurrió un accidente que me distrajo más; el *tarantass*, enteramente nuevo, se rompió, y hubo que componerlo. Los pasos para buscar una *telega*,

las reparaciones, los pagos, el te en la posada, la conversación con el *dvornick*, todo eso me entretenía. Hacia la caída de la noche, listo ya todo, volví á ponerme en camino. El viaje nocturno fué más atractivo aún que por el día..... Luna nueva, un poco de escarcha, el camino todavía bueno, los caballos, el alegre cochero....., y yo animándome, sin pensar apenas en lo que me esperaba, y aun quizá por aquello mismo que esperaba, y dando el último adiós á las alegrías de la vida.

Pero esa serenidad, ese poder de vencer mis preocupaciones, todo acabó con el viaje en coche. Una vez dentro del vagón, las cosas marcharon de otro modo. Aquellas ocho horas de tren fueron para mí tan terribles, que no las olvidaré en mi vida. ¿Era porque, al entrar en el vagón, me figuré al punto que ya había llegado, ó por la excitación extrema que nos produce el ferrocarril? Lo cierto es que, desde que me encontré en el tren, no podía ya dominar mi imaginación, que me trazaba sin cesar, y con una viveza extraordinaria, cuadros á cual más cínicos, que inflamaban mis celos. Y siempre variaciones interminables sobre el mismo tema: sobre lo que estaría pasando allá en ausencia mía. Me abrasaba de indignación, me devoraba la rabia, me ahogaba el sentimiento de mi humillación al contemplar tales cuadros, y no podía arrancarme de ellos, ni dejar de mirarlos, ni borrar esas imágenes, ni abstenerme de evocarlas.

Cuanto más contemplaba esos cuadros imaginarios, tanto más creía en su realidad, olvidando que no tenían ningún fundamento serio. La viveza de tales imágenes hacía que se me antojasen verdaderas. No parecía sino que un demonio inventaba y me inspiraba, á despecho mío, las más terribles ficciones. Una conversación, que databa de larga fecha, con el hermano de Trujachevski, volvía entonces á mi memoria en medio de una especie de enajenación extática, y me desgarraba el corazón, al referirla á mi mujer y al músico. Sí, hacía de eso mucho tiempo: preguntando yo al hermano de Trujachevski si frecuentaba las casas públicas, me respondió que un

hombre decente no va á sitios donde se puede contraer una enfermedad, no va á lugares innobles é inmundos, cuando se puede encontrar una mujer honrada; y he aquí que él, su hermano, el músico, acababa de encontrar la mujer honrada. «Cierto que ha pasado ya de la primera juventud. Le falta un diente en un lado, y tiene la cara un poco abotagada (pensaba yo por Trujachevski). Pero ¿qué le hemos de hacer? ¡Hay que aprovechar lo que sale!

» Sí, le hace favor, tomándola por concubina (seguía diciéndome); verdad es que como no es peligrosa....

» ¡Pero no, no es posible! (replicaba aterrado.) No ha podido ocurrir tal cosa, no ha podido suceder nada semejante. No hay motivo siquiera para suponerlo. ¿No me ha dicho ella misma que la sola idea de que pudiese tener celos de él la humillaba? ¡Sí, pero mentía»—grité, y volvieron á empezar las cavilaciones.

No había más que dos viajeros en mi vagón: una vieja con su marido, los dos amigos de pocas palabras, y además bajaron en una de las estaciones, dejándome completamente solo. Estaba como fiera enjaulada. Ya saltaba, adelantándome hacia la ventanilla, ya empezaba á andar, tambaleándome, como si esperase acelerar con mis esfuerzos la marcha del tren. Y el vagón, con sus banquetas y sus cristales, retemblaba continuamente, como ahora el nuestro.

Posdnicheff se levantó bruscamente; dió algunos pasos, y volvió á sentarse.

—¡Oh! ¡me dan miedo, me dan miedo los vagones de los ferrocarriles! Se apodera de mí el terror. Me senté de nuevo, y me dije: «Hay que pensar en otra cosa, por ejemplo: en el dueño de la posada donde tomé el te». Y entonces surgió en mi imaginación el *dvornik*, con su larga barba, y su nieto, un mocito de la misma edad que mi Basilín. «¡Mi Basilín! ¡Mi Basilín! Estará viendo al músico abrazar á su madre. ¿Qué pasará en su pobre almita? Pero ¿qué le importa eso á ella? ¡Ella está enamorada!»

¡Y vuelta á recorrer el ciclo entero de mis pensamientos! Sufría tanto, que ya no sabía qué hacer de mí, cuando, con gran contento, me pasó por las mientes la idea de bajar á los rails, meterme debajo de los vagones, y acabar de una vez. Me detuvo una consideración, y era: que me tenía lástima, me tenía lástima á mí mismo, al par que sentía odio hacia ella y hacia él, aunque por él no tanto. Él me inspiraba un extraño sentimiento, mezcla de mi humillación y su victoria; ella no, ella un odio terrible.

«¡Pero no puedo matarme y dejarla libre! (decía.) ¡Es preciso que sufra, es preciso que comprenda!, por lo menos, lo que he sufrido yo.»

En una de las estaciones vi que bajaban á beber en la cantina, é inmediatamente fuí á devorar un vaso de *vodka*. Á mi lado había un judío bebiendo también. Se puso á hablarme, y yo, para no quedarme solo en mi departamento, me fuí con él á su coche de tercera, sucio, lleno de humo y sembrado de mondaduras y de piñones de girasol. Me senté al lado del judío, que, hasta donde yo puedo acordarme, contó muchas anécdotas.

Al principio lo escuché, pero sin enterarme de lo que decía. Él lo notó, y reclamó mayores atenciones á su persona. Entonces me levanté; y me volví á mi vagón.

«Necesito reflexionar (me dije) si es cierto lo que pienso, si tengo motivos para atormentarme.» Me senté con ánimo de reflexionar tranquilamente; pero en seguida, en vez de entregarme á reflexiones serenas, volvimos á las andadas; es decir, volví á los cuadros por todo razonamiento.

«Cuántas veces no me habré atormentado así (pensaba, acordándome de mis otros accesos de celos), para venir á parar á la postre en que no había nada. Ahora pasará lo mismo. Quizá, y sin quizá, la encontraré tranquilamente dormida; se despertará, se alegrará, y verá en sus palabras y en su mirada que no ha ocurrido ninguna cosa, que todo esto no viene á cuento. ¡Ah! ¡Si

fuese así!.... Pero no, eso se ha repetido ya muchas veces; ahora se ha acabado», me decía una voz.

¡Y vuelta á empezar! ¡Ah, qué suplicio! No sería á un hospital de sifilíticos adonde yo llevaría á un joven para curarlo del deseo de las mujeres, sino á mi alma para enseñarle el demonio que la estaba desgarrando. ¡Qué tremendo era creerme con un derecho indiscutible al cuerpo de mi mujer, como si ese cuerpo me perteneciera plenamente, y tener al par la convicción de que yo no podía poseer ese cuerpo, de que no era mío, sino que su dueña podía hacer de él lo que quisiese, y quería hacer precisamente lo que no quería yo! ¡Y yo, entretanto, impotente contra el uno y contra el otro! Él, como el Vanka de la canción, cantaría, antes de subir á la horca, cómo había de besar sus dulces labios, etc., y triunfaría aun delante de la muerte. Con ella el caso es peor aún; *si no lo ha hecho*, lo desea, lo quiere, y me consta á mí que lo quiere. ¿No ha de ser eso peor todavía? Valdría más que ya lo hubiese hecho, porque así salía yo de mi incertidumbre.

En resolución: no sabía lo que deseaba; deseaba que ella no quisiese lo que *tenía que querer*. ¡Una completa locura!

XXVI.

En la estación penúltima, cuando entró el conductor para recoger los billetes, tomé mi equipaje, salí á la plataforma del coche, y la idea de que allí, á dos pasos, me aguardaba el desenlace, aumentó aún más mi turbación. Tuve frío; me temblaba tanto la mandíbula, que daba diente con diente. Salí maquinalmente de la estación entre la multitud, tomé un coche y partí. Miraba á los raros transeuntes que había, contemplaba á los *dvornicks*, y leía las muestras, sin pensar en nada. Al cabo de una media versta de trayecto, sentí frío en los pies, y me acordé de que me había quitado los calcetines de lana en

el vagón, y los había metido en el saco de viaje. ¿Dónde había puesto el saco? ¿Lo llevaba conmigo? ¡Sí! ¿Y la cesta?....

Eché de ver que había olvidado todo el equipaje. Saqué el billete; pero, reflexionando en seguida que no valía la pena de volver, seguí mi camino. Por más esfuerzos que hago para acordarme, esta es la hora en que no he podido llegar á comprender por qué tenía yo tanta prisa. Lo único que sé es que iba absorto en la idea de que se preparaba en mi vida un acontecimiento grave y terrible. Experimentaba una verdadera autosugestión. ¿El caso era tan grave, simplemente porque yo lo pensaba así, ó es que tenía un presentimiento? No puedo decirlo. Quizá sea también que, después de lo que pasó, todos los sucesos anteriores han adquirido en mi recuerdo un tinte lúgubre.

Llegué á la escalinata. Era la una de la noche. Delante de la puerta había algunos *isvochiks* aguardando clientes, atraídos por las ventanas iluminadas (las ventanas iluminadas eran las de nuestra sala y de nuestro salón de recepciones). Sin tratar de explicarme por qué estaban iluminadas nuestras ventanas, subí la escalera, siempre en expectación de algo terrible, y llamé. Salió á abrirme el criado, un infeliz, muy solícito, pero muy simple, llamado Gregorio. Lo primero que saltó á mi vista en la antecámara fué un paletot colgado en el perchero entre otros abrigos. Hubiera debido extrañarme; pero no me extrañó: me lo esperaba. «¡Helo ahí!», me dije.

Luego que pregunté á Gregorio quién estaba en casa y nombró á Trujachevski, me informé de si había otras visitas. «Nadie», respondió. Recuerdo de qué manera me lo dijo, con un tono que quería ser agradable y disipar mis dudas.

— ¡Helo ahí! ¡helo ahí! (parecía decir yo). ¿Y los niños?

— Están buenos, gracias á Dios. Hace mucho que duermen.

Apenas respiraba ni podía contener el temblor de la mandíbula. ¡Luego era cierto lo que pensaba! Ya en otras

ocasiones, al regresar, había esperado encontrarme con una desgracia, pero me engañaba felizmente, y todas las cosas iban como antes. Entonces no, entonces no iban como antes. Todo lo que me había figurado, todo lo que había creído quimeras, todo eso existía en realidad. ¡Helo ahí!

Me faltó poco para sollozar; pero inmediatamente me sugirió el demonio: «Llora, ándate con sentimentalismos, para que ellos se separen tranquilamente, y no haya pruebas, y te pases dudando y sufriendo toda la vida». Y se desvaneció la lástima hacia mí, quedando sólo la necesidad bestial de una acción certera, astuta y enérgica. Me quedé reducido á una bestia, una bestia inteligente.

—No, no (dije á Gregorio, que quería anunciarme). Lo que has de hacer es tomar un coche é irte corriendo por mi equipaje. Aquí tienes el billete. Anda.

Se fué por el pasillo en busca de su paletot, y yo, temiendo que me los espantase, lo acompañé hasta su cuarto, y esperé á que se arreglara. En el comedor se oían rumores de conversación y ruido de platos y cuchillos. Estaban cenando, y no habían oído la campanilla. «Con tal que no salgan....», pensé.

Gregorio se puso su paletot de cuello de astrakán, y marchó. Cerré la puerta. Al quedarme solo, me sentí inquieto, considerando que era preciso obrar al punto. ¿Cómo? ¡No lo sabía aún! Sólo sabía que había acabado todo, que no podía haber dudas respecto de su inocencia, y que nuestras relaciones iban á terminar en el acto. Antes todavía tenía dudas; antes me decía: «Puede que no sea verdad; puede que me engañe». Á la sazón la duda había desaparecido. Todo se hallaba irrevocablemente resuelto. «Sola con él, de noche, en secreto, es el olvido de todos los deberes; ó algo peor aún: ¡quizá hace alarde de esta audacia, de esta insolencia en el crimen, para que el exceso mismo de la osadía valga como una prueba de su inocencia!.... Está bien claro todo. No caben dudas». Yo no temía más que una cosa: que huyesen cada uno

:

por su lado , que inventasen alguna nueva mentira , y me privasen de pruebas materiales y de la alegría dolorosa de castigarlos , sí , de hacer justicia en ellos.

Y para sorprenderlos más pronto , me dirigí al comedor de puntillas , no por la sala , sino por la galería y por las habitaciones de los niños . En el primer cuarto dormía el niño ; en el segundo se rebulló el ama seca , pareciendo querer despertarse , á lo cual yo me representé lo que pensaría cuando lo supiese todo , y me oprimió tanto la compasión hacia mí , que no pude contener las lágrimas . Para no despertar á los niños me deslicé á pasos quedos por el corredor hacia mi despacho . Me dejé caer sollozando en el diván . « ¡ Á mí , que soy un hombre honrado ; á mí , al hijo de mis padres : á mí , que he soñado toda la vida con la felicidad del hogar ; á mí , que jamás he hecho traicion !.... ¡ Y ahí esos cinco hijos , y ella besando á un músico porque tiene los labios encarnados ! ¡ No , eso no es una mujer ; es una perra , una perra inmunda !

» ¡ Junto al cuarto de los niños por quienes ha fingido amor durante toda su vida ! ¡ Y lo que me ha escrito !.... Y ¿ qué sé yo ? Puede que siempre haya sucedido lo propio ; puede que haya tenido con criados los hijos que pasan por míos . Y si yo hubiese llegado mañana , habría salido á recibirme muy recompuesta , con su talle gentil , con sus movimientos indolentes y graciosos (¡ y vi toda su atractiva é innoble figura) , y esta fiera celosa se habría quedado por siempre dentro de mi corazón para desgarrármelo . ¿ Qué dirá el ama ? ¿ Y Gregorio ?.... ¿ Y la pobre Elisita ? La niña comprende ya.... ¡ Oh ! ¡ esa impudencia , esa mentira , esa sensualidad bestial que yo conocía tan bien ! »

Quise levantarme , y no pude . Me latía tan violentamente el corazón , que no podía tenerme sobre las piernas . « ¡ Sí , moriré de una congestión , y ella será la que me haya matado ! Eso es lo que quiere . ¿ Á ella qué le importa matar ? Pero le vendría muy de molde , y no he de ser yo el que le dé ese gusto . ¡ Buena es esa ! Yo aquí y ellos allá riéndose , y....

»Porque ella podrá haber perdido su primera juventud, pero él no la ha desdeñado. Es que, después de todo, se conserva muy aceptable, y luego no es peligrosa para su preciosa salud.... ¿Por qué no la ahogué la última semana (me dije, acordándome de aquella otra escena), cuando la eché de mi gabinete, rompiendo los trastos?»

Y recordé la situación bestial en que me hallaba entonces; no sólo la recordé, sino que volví á ella. Y de pronto me entró la comezón de obrar; se disiparon en mi cabeza todos los razonamientos, excepto los necesarios para la acción, y me encontré bajo el influjo de esa excitación física que experimentan la bestia y el hombre durante el peligro, cuando obran imperturbablemente, sin precipitación, pero también sin perder un minuto, y persiguiendo un objeto definido.

Lo primero que hice fué quitarme las botas, y cuando me quedé en calcetines, me adelanté hacia la pared donde tenía colgadas armas de fuego y puñales; me subí en el canapé, y descolgué un puñal corvo damasquino, de hoja muy aguda, que nunca había utilizado. Lo saqué de la vaina; recuerdo que la vaina se me escurrió al canapé, y me dije: «Tendré que buscarla luego; no conviene que se pierda».

Después me quité el abrigo, que aún llevaba puesto, y, andando sigilosamente, me dirigí hacia *allá*. No me di cuenta de cómo iba: si corriendo ó despacio; ni de qué cuartos atravesé; ni de cómo me acerqué al comedor, y abrí la puerta, y me encontré dentro: no me acuerdo de nada.

XXVII.

No me acuerdo más que de la expresión de sus semblantes cuando abrí la puerta. Me acuerdo de ella, porque despertó en mí una alegría dolorosa. Era lo que yo deseaba: una expresión de terror. Jamás olvidaré aquel

espanto desesperado y repentino que se pintó en sus caras al verme. Él me parece que estaba en la mesa, y que, cuando me vió ú oyó, se puso en pie sobresaltado, y retrocedió hasta el aparador. El único sentimiento que podía leerse con certidumbre en su fisonomía era el miedo. Miedo también podía leerse en la de ella, pero con otras impresiones; si el semblante de mi mujer no hubiese expresado más que terror, quizá se hubiese evitado lo que ha ocurrido. Pero en el primer instante su rostro denunciaba—yo al menos creí verlo—la contrariedad, el disgusto de que se turbase su amor y su ventura. Cualquiera hubiese creído que ella no deseaba sino que nadie fuese á alterar las horas de su dicha. Una y otra expresión no aparecieron en sus caras más que un momento. Al espanto sucedió casi instantáneamente la interrogación. ¿Podrían ó no mentir? Si mentían, forzoso era empezar; si no, iba á pasar alguna otra cosa; pero ¿qué?

El hombre dirigió hacia mi mujer una mirada interrogadora, y, al mirarlo ella, me pareció que la expresión de angustia y de disgusto de su cara se trocaba en una expresión de inquietud por *él*. Me detuve un instante en la puerta, escondiendo detrás de mí el puñal. De pronto sonrió Trujachevski, y con un tono indiferente hasta el ridículo, dijo:

—Nos ocupábamos de música....

—No me esperaba....—empezó ella al mismo tiempo, acomodándose al tono del otro.

Pero ninguno acabó. Se apoderó de mí la rabia que había experimentado una semana antes, y sentí la necesidad de dar libre curso á mi violencia y á la «alegría de la cólera».

No, no acabaron. Iba á empezar *aquella otra cosa* que él temía, ahogando lo que querían decir. Me lancé sobre ella, siempre con el puñal oculto, para que el otro no me impidiese asestar el golpe donde yo quería, en el pecho, por debajo del seno; pero en aquel momento se apercibió.... y—no me esperaba yo eso de su parte—me cogió rápidamente las manos, gritando:

—¡Repórtese V.!.... ¿Qué es lo que hace?.... ¡Socorro! ¡Socorro!

Arranqué mis manos de las suyas, y me precipité sobre él. Yo debía estar terrible, porque hasta los labios se le pusieron tan blancos como la camisa. Sus ojos fulguraron singularmente, y—tampoco me lo esperaba—se escurrió por debajo del piano hacia la otra pieza. Quise perseguirlo, pero cayó sobre mi brazo izquierdo una cosa pesadísima. Era ella.

Hice un esfuerzo para desasirme. Ella se aferró más tenazmente sin soltarme. Ese obstáculo inesperado, esa carga y ese contacto repulsivo, me irritaron más. Yo veía que estaba completamente loco y que debía tener una cara espantosa, de lo cual me holgaba íntimamente. Tomé impulso, y con todas mis fuerzas le descargué un codazo en plena cara.

Profirió un grito, y soltó el brazo. Iba á perseguir al *otro*, pero tuve la vaga idea de que sería ridículo perseguir en calcetines al amante de mi mujer; y yo no quería ser grotesco, sino terrible. Á pesar de mi rabia furiosa, no perdía la conciencia de la impresión que producía, y hasta me guiaba en parte esa impresión.

Me volví hacia ella. Estaba caída en el diván, y me miraba, tapándose el sitio del rostro en donde había recibido el golpe. En su fisonomía se leían el miedo y el odio hacia mí, su enemigo, como en el ratón cuando se alza del suelo la ratonera. Yo, por lo menos, no vi en su semblante más que ese miedo y ese odio, ese miedo y ese odio que provocaba su amor por otro. Quizá me habría contenido aún, quizá no hubiese llegado á lo último, si se hubiese callado. Pero de pronto empezó á hablarme, cogiéndome la mano armada del puñal:

—¡Serénate! ¿Qué haces? ¿Qué tienes? ¡No ha habido nada.... nada, nada!.... ¡Te lo juro!

Todavía hubiera transigido; pero esas últimas palabras, de las cuales inferí yo lo contrario de lo que decían; es decir, que se había realizado *todo*; esas palabras pedían una respuesta. Y la respuesta debía corresponder

al estado en que yo me encontraba, y que iba y debía ir siempre en *crescendo*. El furor tiene sus leyes.

—¡No mientas, bribona! ¡No mientas!—rugí. Con la mano izquierda cogí las suyas. Se desprendió. Entonces, sin soltar nunca el puñal, la agarré de la garganta, la tiré al suelo, y empecé á estrangularla. Ella con las dos manos se aferró á las mías, y las arrancó de su garganta sofocada. Entonces le di una puñalada en el lado izquierdo por debajo de las costillas.

Decir que en los arrebatos de furor no sabe uno lo que se hace, es una sandez, es falso. Yo me acuerdo de todo; no perdí la conciencia un solo momento. Cuanto más me excitaba, más lúcida era mi conciencia, y no tenía más remedio que ver lo que hacía. No puedo decir que supiese de antemano lo que iba á hacer; pero en el instante de ejecutarlo, y aun me parece que un poco antes, sabía lo suficiente para tener la posibilidad de arrepentirme, para poder decirme más tarde que hubiera podido detenerme.

Sabía que daba la puñalada por entre las costillas, y que entraría el puñal.

En aquel segundo de tiempo sabía que consumaba un acto horrible, como jamás lo había perpetrado, y que tendría espantosas consecuencias. La conciencia fué rápida como el relámpago, y el hecho siguió inmediatamente. El acto tuvo, en mi sentido íntimo, una claridad extraordinaria. Noté, y recuerdo el momento, la resistencia del corsé y de alguna otra cosa; luego sentí hundirse la hoja en una materia blanda. Ella se agarró al puñal con las dos manos, y se cortó con él, pero no pudo parar el golpe.

Mucho después, en la cárcel, cuando llegó á su término dentro de mí la revolución moral, pensé en ese minuto, evoqué su recuerdo hasta donde pude, y coordiné sus peripecias. No se me borra la conciencia terrible que tenía, en el momento que precedió al acto, de matar á una mujer, á *mi* mujer.

Se me ha quedado muy presente el horror de esa con-

ciencia, y conservo una reminiscencia vaga de que, después de hundir el puñal, lo saqué en seguida, queriendo reparar y detener mi acción. Ella se puso en pie, exclamando:

—¡Ama, me ha matado!

El ama, que había oído el ruido, estaba á la puerta. Yo permanecía inmóvil, esperando, sin acabar de dar crédito á lo que sucedía. Pero en aquel punto brotó del cuerpo del vestido un borbotón de sangre. Hasta entonces no comprendí que toda reparación era imposible; pero inmediatamente pensé que tampoco era necesaria, que había sucedido lo que yo quería y lo que debía suceder. Aguardé hasta el instante en que cayó, y en que el ama corrió hacia ella, gritando: «¡Ay, Dios mío!» Entonces tiré el puñal, y salí de la estancia.

«Nada de agitarse; es menester tener conciencia de lo que hago», me dije, sin mirarla á ella ni al ama. Esta última gritaba llamando á la doncella. Yo atravesé el pasillo, y, después de enviar á la doncella, me dirigí hacia mi despacho.

«¿Qué hacer ahora?»—me pregunté á mí mismo.

Y comprendí inmediatamente lo que debía hacer. Apenas en el despacho, me fuí en derechura á la pared, alcancé un revólver, y lo examiné atentamente—estaba cargado;—después lo dejé sobre la mesa. En seguida recogí la vaina del puñal damasquino caída detrás del diván, y me senté. Así permanecí mucho tiempo. No pensaba en nada, ni trataba de acordarme de nada. Oía hacia allá ruido de pasos ahogados, trajín de muebles, roce de telas, una persona que entraba, y luego otra. ¡Después vino Gregorio con los equipajes del ferrocarril, como si aquello le hiciese falta á nadie!

—¿Has oído lo que ha pasado? (le dije.) ¿Has dicho al *dvornick* que dé parte á la policía?

Salió sin responder nada. Yo me levanté, cerré la puerta, cogí los cigarros y las cerillas, y me puse á fumar. No había acabado un pitillo, cuando caí rendido de sueño. Dormí seguramente dos horas. Me acuerdo que

soñé que estábamos en la mejor armonía; que, después de un altercado, nos encontrábamos haciendo las paces; que había alguna cosa que nos lo impedía, pero que, de todas maneras, éramos buenos amigos.

Me despertó un golpe dado á la puerta.

«Es la policía (pensé, saliendo del sueño). Yo he debido matar, creo. Pero puede que sea *ella*, puede que no haya ocurrido nada.»

Volvieron á llamar. No respondí. Trataba de resolver la duda: «¿Ha sucedido ó no?—¡Sí, ha sucedido!»

Me acordé de la resistencia del corsé, y luego.... «Sí, ha sucedido; ha sucedido. ¡Ahora tengo que acabar conmigo!», me decía.

Lo decía; pero sabía perfectamente que no había de matarme. Sin embargo, me levanté, y cogí el revólver. ¡Cosa extraña! Antes recuerdo haber tenido muy á menudo ideas de suicidio; aquella misma noche, en el tren, me parecía fácil, fácil sobre todo pensando en lo estupefacta que *la* dejaría; y en aquel momento, no sólo no podía matarme, sino ni pensar en ello siquiera.

«¿Para qué?»—me preguntaba, sin responderme.

Llamaron á la puerta de nuevo.

«Sí; pero ante todo hay que ver quién llama. Tengo tiempo.»

Puse el revólver en la mesa, y lo tapé con un periódico. Me adelanté á la puerta, y descorrí el pestillo.

Era la hermana de mi mujer, una viuda buenaza y simplona.

—¿Qué es esto, Basilio?—preguntó, dejando correr las lágrimas, que tenía siempre dispuestas.

—¿Á V. qué le importa?—respondí groseramente.

De sobra veía que no había ninguna necesidad de ser grosero con ella; pero no pude encontrar otro tono.

—¡Basilio, se muere! Lo ha dicho Iván Fedorowich. Iván Fedorowich era el doctor, *su* doctor, su consejero.

Y volvió á revolvérseme todo el odio que sentía contra ella.

—¡Bueno! ¿Y qué?

—¡Basilio, ve á verla! ¡Ah, qué horrible!

«¿Ir á verla?» (me pregunté.) Y me respondí en seguida que había que ir, que probablemente eso es lo que se hacía siempre, cuando un marido mataba á su mujer, como yo ; de manera que no había más remedio.

«¡Si se acostumbra eso, hay que ir!» (me repetía.) «¡Claro! Si es preciso.... Tiempo tendré de sobra» (me decía, pensando en mi intención de levantarme la tapa de los sesos).

Y seguí á mi cuñada. «Ahora empezarán las palabritas y los aspavientos ; pero, ¡no cederé!»—afirmé resueltamente.

—Espera (dije). Es chocante ir descalzo. Deja que me ponga siquiera unas zapatillas.

XXVIII.

¡Es singular! Conforme salía del despacho y atravesaba aquellas piezas tan familiares, renacía mi esperanza de que no habría pasado ninguna cosa. Pero el olor de las drogas, el olor á iodoformo y ácido fénico, me restituyó á la realidad.

«¡No! ¡Es un hecho todo!»

Al pasar por delante del cuarto de los niños, vi á Elisita ; me miraba con ojos espantados, y creí que los otros niños también.... Llegué junto á la puerta de nuestra alcoba ; me abrió un criado que estaba dentro, y salió. Lo primero que me dió en ojos fué *su* vestido gris claro encima de una silla, negra de sangre. Ella estaba tendida en nuestra cama de matrimonio con las rodillas levantadas. La habían puesto muy alta, sobre almohadones. Tenía la camiseta entreabierta, y la herida vendada. Llenaba la pieza un olor pesado de iodoformo. Ante todo y sobre todo me asombró la hinchazón de su cara y el tinte azulado que se extendía por debajo de los ojos y por una

parte de la nariz. Era la señal del codazo que le di cuando quiso detenerme. No quedaba ni rastro de su belleza. Se me representó como una aparición horrible. Me quedé parado en el umbral.

—Acércate, acércate á ella,—me dijo su hermana.

«Sí, probablemente se arrepentirá (pensé).—¿Debo perdonarla? Sí, sí; se muere, y hay que perdonarla », añadí, tratando de ser generoso.

Me aproximé hasta el borde de la cama. Levantó hacia mí trabajosamente los ojos, uno de ellos hinchado, y articuló con dificultad y con voz vacilante :

—¡Has conseguido lo que querías! ¡Me has matado!

Y su cara, al través de los sufrimientos físicos y á pesar de la aproximación de la muerte, expresaba aquel odio inveterado que me era tan familiar.

—Los niños.... no has de tenerlos.... tampoco.... Los recogerá ella (su hermana).

Pero, en cuanto á lo esencial para mí, á su falta, á su traición, hubiérase dicho que no creía necesario ni aludir á ella siquiera.

—¡Puedes gozarte en lo que has hecho !

Sollozó.

Su hermana y los niños estaban á la puerta.

—¡Sí, mira lo que has hecho !

Dirigí una mirada á los niños ; volví después los ojos á su cara abotagada y acardenalada , y por primera vez lo olvidé todo (mis derechos , mi orgullo) , y vi en ella un ser humano , una hermana.

Y todo lo que no ha mucho me ofendía—todos aquellos celos míos—me pareció ahora tan pequeño, y tan grave, al contrario, lo que acababa de hacer, que sentí impulsos de inclinarme, de aproximar mi cara á su mano, y decir:

—¡Perdón!

Pero no me atrevía. Ella permanecía callada, con los párpados bajos, sin fuerzas ya evidentemente para hablar. Luego empezó á temblar y arrugarse su cara desfigurada ; me apartó débilmente :

— ¿Por qué ha sucedido todo esto?.... ¿Por qué?

— Perdóname— dije.

— ¡Sí, si no me hubieses matado!— exclamó de repente. Y brillaron febrilmente sus ojos.

— ¡Perdón! ¿Qué vale eso?.... ¡Con tal que yo no muera!.... ¡Ah! Has conseguido lo que querías. Te aborrezco.

En seguida empezó á delirar. Tenía miedo; gritaba:

— Tira, no te temo.... Pero hiérelos á todos.... Se ha marchado.... Se ha marchado....

Continuó el delirio. Ya no conocía á los niños, ni aun á Elisita, que se había acercado. Murió aquella misma mañana, hacia el mediodía. Á mí me detuvieron antes del desenlace, á las ocho. Me llevaron á la prevención, y después á la cárcel. Allí, esperandola vista del proceso durante once meses, reflexioné sobre mí, sobre mi pasado, y llegué á comprender. Sí, empecé á comprender desde el tercer día. El tercer día me llevaron allá....

Posdnicheff pareció querer añadir alguna cosa; pero, no teniendo ya fuerzas para sofocar sus sollozos, se detuvo. Recobrada la calma, después de algunos minutos, prosiguió:

— No empecé á comprender hasta entonces, hasta que la vi en la caja....

Lanzó un sollozo, y continuó con precipitación inmediatamente:

— Sólo entonces, sólo al ver su cara muerta, comprendí todo lo que había hecho.... Comprendí que era yo, yo, el que la había matado.... Comprendí que yo era el causante de que *ella, que se movía*, que vivía, que palpitaba, estuviese entonces inmóvil y fría, sin que existiese medio ninguno de reparar aquello. ¡El que no ha pasado por semejante trance no puede comprender!

Permanecimos largo rato taciturnos. Posdnicheff sollozaba y temblaba, silencioso, delante de mí. Se le habían adelgazado las facciones, alargado la cara, y agrandado la boca.

— No (dijo de repente): si yo hubiese sabido lo que

ahora, jamás, jamás me hubiera casado con ella por nada de este mundo.

Volvimos á quedarnos taciturnos largo tiempo.

—Sí, he ahí lo que he hecho, he ahí lo que he experimentado yo. Hay que comprender la verdadera importancia de las palabras del Evangelio de San Mateo, en el versículo 28 del capítulo v: «Que todo hombre que mira á la mujer con voluptuosidad comete adulterio»; y esas palabras se refieren á la mujer, á la hermana, y no sólo á la mujer ajena, sino ante todo á la propia.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

LA PAJA HÚMEDA DE LOS CALABOZOS



CUENTO.

*Dans l'courant d'la s'main'prochaine,
si le temps est beau,
Nous irons près de Fontaine-
Bleau.*

(La semana que viene,
si hace buen tiempo,
Hacia Fontainebleau
juntos iremos.)

(RAOUL PONCHON.)

PASÓ los diez primeros años de reclusión sin hacer nada; necesitó todo ese tiempo para habituarse á su nueva existencia, para instalarse, para amoldarse á las costumbres de la casa.

Pero, como aún le quedaban veinte años de huelga, una mañana, al levantarse, pensó que era un bochorno llevar aquella vida de haragán, y que necesitaba idear una ocupación, ya que no digna de un hombre libre, puesto que estaba preso, propia siquiera de un hombre.

Consagró un año á reflexionar, á pesar las diversas ideas que le cruzaron por las mientes, á inquirir cuál sería el objeto definitivo de su existencia.

¿Educar una araña? Eso era ya muy viejo y vulgarísimo. ¡Irse ahora á imitar á Pellisson! ¡Quita, quita allá! ¡Puro plagio!

¿Contar por los dedos las rugosidades de las paredes? Eso era una ridiculez, un entretenimiento tonto, sin provecho ninguno.

—Sería menester (se dijo) dar con una cosa que fuese interesante y útil, á la vez que un acto de venganza. Habría que inventar una tarea que ayudase á matar el tiempo, que proporcionase algún bienestar, y que tuviese el valor de una protesta.

Pasóse otro año en averiguaciones, pero al cabo vino el éxito á coronar tanta perseverancia.

Habitaba el preso en un verdadero calabozo, donde apenas entraba el sol más que media hora en todo el día, y reducido, por supuesto, á un tenue rayo, que era como un hilillo de luz. La cama en que reposaban los doloridos miembros del infeliz estaba hecha literalmente de paja húmeda.

—¡Cosa resuelta! (exclamó con energía.) Voy á dar en la cabeza á mis carceleros y á embromar á la justicia: ¡secaré la paja!

Empezó por contar las pajas que componían el montón. Había mil trescientas siete. ¡Una cama bien pobrecita!

Acto continuo hizo un ensayo para saber cuánto tiempo le costaría secar una paja. Se necesitaban tres cuartos de hora. De modo que las mil trescientas siete pajas exigirían en total nuevecientas ocho horas y quince minutos, ó sea, contando media hora de sol por cada veinticuatro, mil nuevecientos sesenta y un días.

Suponiendo que el sol no brillase, por término medio, más que un día de cada tres, se llegaba á una suma de diez y seis años, un mes, una semana y seis días.

Era, con diferencia de unos seis meses, todo el tiempo que tenía por delante.

Puso manos á la obra.

Cada vez que entraba el tenue rayo luminoso, exponía una pajita al paso de él, y aprovechaba de esa suerte el sol entero que recibía. Todas las que iba secando las conservaba después al calor de su cuerpo, debajo de la ropa.

Transcurrieron diez años. El preso no se acostaba ya más que sobre una tercera parte de la paja húmeda, y llevaba relleno el pecho de los otros dos tercios, secados poco á poco.

Pasaron quince años. ¡Qué alegría! Ya no quedaban más que ciento treinta y seis pajitas húmedas. Cuatrocientos ocho días más, y el preso podía levantar la cabeza, orgulloso de su obra, vencedor de la sociedad, y gritar con acento de venganza y con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! ¿Me habíais condenado á la paja húmeda de los calabozos? ¡Pues bien! ¡llorad de rabia! Me acuesto en paja seca.

¡Ay! La suerte cruel acechaba su víctima.

Una noche que el preso soñaba en su futura felicidad, agitándose como un loco en medio de su embriaguez, tiró el cántaro, y se le derramó el agua por el pecho.

Toda la paja estaba mojada.

¿Qué hacer ahora? ¿Volver á empezar el trabajo de Sísifo? ¿Pasar otros quince años absorbiendo briznas de sol en briznas de paja?

¡Y el desaliento! Vosotros, los afortunados del mundo, que renunciáis á un placer cuando hay que dar cuatro pasos para alcanzarlo, ¿os atreveríais á lanzarle la primera piedra?

¡Pero ya no tenía que esperar más que año y medio!— diréis.

¿Y os olvidáis del orgullo herido y de las esperanzas defraudadas? ¡Qué! ¡Aquel hombre había trabajado quince años para dormir sobre un montón de paja seca, é iba á resignarse á abandonar el calabozo llevándose enredadas en el pelo las pajas húmedas! ¡Jamás! Ó somos ó no somos dignos.

Ocho días y ocho noches se revolvió desasosegado, luchando con la desesperación y tratando de hallar asiento en el vacío que lo anonadaba.

Acabó por rendirse y declararse vencido. Había perdido la batalla.

Una tarde cayó de hinojos, desesperado y agobiado de dolor.

—¡Dios mío! (exclamó llorando), perdóname si me siento sin ánimos hoy día. He sufrido durante treinta años; he visto adelgazar mis miembros, arrugarse mi piel, gastarse mi vista, palidecer mi sangre, y caérseme los dientes y el pelo; he aguantado el hambre, el frío y la soledad. Para sostener mis fuerzas tenía una esperanza, cuya realización era el objeto de mi vida. Ahora me es imposible satisfacer ese deseo; ahora el objeto se ha desvanecido para siempre; ahora estoy deshonorado. Perdóname si deserto de mi puesto, si abandono la batalla, si huyo como un cobarde. No puedo más.

Luego se apoderó de él un nuevo acceso de indignación:

—¡No! (gritó.) ¡No, y mil veces no! No ha de decirse que yo he perdido la vida de cualquier modo. ¡No, no estoy vencido! ¡No desertaré! ¡No soy un cobarde! ¡No, no he de acostarme ni un minuto más sobre la húmeda paja de los calabozos! ¡No, no ha de dar cuenta de mí la sociedad!

Y el preso murió aquella noche, vencido como Bruto, grande como Catón.

Murió de una indigestión heroica: se había comido toda la paja.

JUAN RICHEPIN.

COSTUMBRES DE PARÍS



No hay nada tan bonito como el paseo de chiquillos de pecho y de nodrizas en el Luxemburgo, durante esos primeros días de buen sol y esos primeros estremecimientos de la naturaleza al empezar la primavera. En los rinconcitos abrigados donde se dan cita todas las nodrizas, se pasean por grupos llenas de flotantes cintas ó se sientan en sillas, protegiendo al *bebé* con el amplio quitasol de forro color de rosa ó azul; y mientras el chiquillo, dormido bajo el velo transparente y el elegante encaje de su gorrita, aspira con todo su monísimo ser la savia de la primavera, la nodriza, radiante, descansada, con los labios agitados perpetuamente por una sonrisa, pasea enderredor una mirada triunfante, levanta la cabeza, ríe y charla con sus compañeras.

Hay allí una cincuentena de nodrizas, todas con el traje de su país; pero el traje elegantizado, transformado, y dando á la solemnidad del regio jardín cierta extraña poesía de ópera cómica. Trajes variados y magníficos; las brillantes telas de encendidos colores de gasconas y mulatas; las cofias conventuales de las bretonas; la enorme y ligera toca de las alsacianas; el aristocrático *hennin* de las hijas de Arlés y las altísimas cofias del país

:

de Caux, afiladas como agujas de catedrales góticas, y escondidas en los crespos rodetes de pelo; las grandes agujetas de oro de las bearnesas....

El aire es suave; los parterres están embalsamados; un olor á resina y miel cae de los botones de los castaños. Allá abajo, junto al estanque, la música militar preludia un vals. La nodriza se agita, el niño chilla, y entretanto los soldados que pasan por allí se ponen colorados como el pompón de su morrión ante aquel puñado de paisanas, á las cuales encuentran considerablemente embellecidas.

Esa es la nodriza de paseo, vestida y metamorfoseada por la vanidad de los padres y por seis meses de residencia en París. Mas para ver la verdadera ama de cría, para conocerla bien, es preciso sorprenderla cuando llega de su pueblo, en uno de esos extraños establecimientos que se llaman agencias de colocaciones, y donde se hace el comercio de madres en beneficio de los chiquillos parisienses necesitados de una leche cualquiera. Está eso allá por el Jardín de Plantas, al final de una de esas tranquilas calles que han quedado todavía en pleno París, como si fuesen las calles de una ciudad de provincias, en las cuales hay instalados colegios, fondas, casitas con jardín que se hallan pobladas de sabios viejos, de pequeños rentistas y de gallinas; en la fachada de una casa antigua, con un porche grande, se ve en una muestra un letrero con esta sola palabra: *Nodrizas*.

Delante de la puerta pasean en grupo unas cuantas mujeres aburridas y harapientas, con niños en brazos. Se entra: un pupitre, una ventanilla con enrejado, el lomo de cobre de un libro enorme, gente que espera sentada en los bancos; la eterna oficina, siempre la misma, igualmente correcta y fría, lo mismo en los mercados que en el depósito de cadáveres, lo mismo cuando se trata de vender frutas como de registrar muertos. Aquí se trafica en carne viva. Si os toman por personas *decentes*, os ahorrarán el rato de espera en el banco, y entraréis inmediatamente en el salón.

Papel de florecitas en las paredes, las baldosas colo-

radas y enceradas como en el locutorio de un convento, y á un lado y otro de la chimenea, encima de unos fanales que encierran flores contrahechas, los retratos al óleo y con marco dorado del señor director y de la señora directora.

El señor parece alguien: cabeza de agente de negocios retirado ó de pedicuro enriquecido; su señora, bien metida en carnes, sonrío con sus tres barbillas en la obscuridad de un oficio fácil y descansado, con no sé qué expresión de dureza que da siempre el manejar un rebaño de mujeres y chiquillos. Algunas veces es una partera ambiciosa; otras, es una antigua nodriza dotada de aptitud para los negocios.

Un día, hace mucho tiempo, llegó á una casa parecida á esta, tal vez á la misma, á vender, pobre campesina, un año de su juventud y de su leche. Pasea por delante de la puerta como todas las demás, hambrienta, con el hijo en brazos; como las otras, ha estropeado la estameña de las suyas á fuerza de rozarla contra el banco de piedra.

Ahora han cambiado los tiempos: es rica, es célebre. La gente de su pueblo que la vió salir de allí vestida de harapos, no habla de ella sino con el mayor respeto. Allí es una autoridad, casi una providencia.

Ha habido mala cosecha, y el propietario aprieta. Aquella noche, al amor de la lumbre, el hombre dice calentándose las callosas manos:

—Eufrasia, oye, hay que ver lo que se hace. Tienes buena leche, y el dinero escasea; ¿por qué no te vas á París y te pones á criar? Nadie se muere por eso, y la directora de la Agencia, que es paisana nuestra, te buscaría una buena casa en seguida.

Y se va, y detrás de ella, otra. Poco á poco se adquiere la costumbre, porque el afán del lucro continúa la obra comenzada por la miseria. Ahora, cada vez que nace un niño, su madre sabe lo que ha de hacer. El chiquillo se quedará en el pueblo á que le dé de mamar la cabra; y la leche de la madre, bien vendida, servirá

para comprar un terruño ó para completar un prado.

Toda celebridad de este género', toda directora de agencia de colocaciones, explota particularmente el pueblo de su naturaleza. Una monopoliza la Auvernia, otra la Saboya, ésta las landas bretonas, aquélla las costas del Morvan. ¡Cosa notable! El mercado de amas de cría en París sigue las fluctuaciones de la vida rústica. Los años de buenas cosechas escasean las nodrizas; éstas afluyen á París con los malos tiempos; pero, sea bueno ó mal año, son casi imposibles de encontrar durante la recolección, en época de vendimia y en los meses en que hay mucha labor en el campo.

Ahora las oficinas de colocación parecen bien provistas. Sin contar las nodrizas que hemos visto al entrar arrastrando sus zuecos, delante de las puertas, hay veinte ó treinta debajo de las ventanas, en un jardinillo transformado en patio, de aspecto lúgubre, con sus arbustos descuidados y una porción de camisitas de niños secándose, colgadas de una cuerda atada á una higuera enferma y á un tilo muerto.

Todo alrededor, una serie de quartuchos bajos, la desnudez de los cuales recordaba al mismo tiempo las rancherías de los negros esclavos y los camastros de los presidiarios. Allí duermen las nodrizas con sus hijos hasta tanto que encuentran colocación.

Allí acampan en jergones colocados en catres, en un acre relente de suciedad rústica, en medio del perpetuo berrear de los chiquillos amontonados, que se despiertan todos en cuanto uno de ellos llora, y empiezan á chillar á coro, con la boquita abierta en demanda del pecho. Por eso prefieren el aire libre del jardinillo, por donde andan de un lado á otro durante todo el día, con aspecto de aburridas ó de locas, sin sentarse más que para coser un poco, para poner un remiendo más á alguna saya ya cien veces remendada, harapo de color especial, color de tierra ó gris, ó bien de esos colorines amarillos desteñidos, azules, apagados, que la moda de París toma por refinamiento á la miseria campesina.

Pero ya entra la señora en el salón con el traje de su oficio, coqueta y seria al mismo tiempo; una multitud de lazos flamantes sobre un cuerpo negro, con mirada severa y suave manera de hablar.

—¿Desea V. una nodriza?... ¿De sesenta francos al mes? Está bien.... Tenemos un completo surtido de ese precio....

Da una orden; la puerta se abre; las nodrizas llegan por grupos de ocho ó diez; se alinean, sumisas, con su hijo en brazos, haciendo ruido con los clavos de los zapatos y con torpes movimientos de reses de rebaño.... ¿No convienen éstas? Pronto, otras diez.... Y siempre los mismos ojos bajos, las mismas timideces miserables, las mismas mejillas secas y ajadas, color de corteza y color de tierra. La señora las presenta y alaba la mercancía.

—....Sana como una manzana.... muy lechera.... mire V. el niño.

Y el angelote, con efecto, es siempre muy hermoso. En el establecimiento hay siempre dos ó tres para figurar en lugar de los que estuvieran enfermos.

—¿De cuánto tiempo es la leche de V., ama?

—De tres meses, señor.

La leche es siempre de tres meses. Vedlo, si no; del corpiño entreabierto sale un abundante chorro blanco, rico de savia campesina. Pero no os fiéis; aquel es el pecho de reserva, del cual no mama nunca el chiquillo. Sería preciso ver el otro pecho, el que se esconde avergonzado y escuálido. Sin contar con que con unos cuantos días de reposo absoluto, se almacena siempre alguna cantidad de leche.

Y la señora enseña, la señora destapa, con la autoridad de la posesión y la impudencia de la costumbre, á esas pobres criaturas asustadas.

Al fin se escoge y se toma la nodriza; es preciso ajustarle la cuenta. La directora pasa al otro lado de la ventanilla y hace la cuenta. Cuenta que asusta. Primero el tanto por ciento de la casa, luego lo que debe la nodriza por manutención y cuarto. ¿Qué más? Los gastos de

viaje. ¿Está concluido? No; falta la mujer que se ha de llevar al pueblo al hijo verdadero.

¡Triste viaje ese! Se espera á que haya que llevarse cinco ó seis chiquillos, y la encargada de llevarlos los mete en una banasta y los ata con la cabeza fuera como si fuesen gallinas. Más de uno se muere con aquel zarrandeo por heladas salas de espera, sobre las durísimas banquetas de los coches de tercera clase, con la leche del biberón y un poco de agua azucarada en un trapo por todo alimento.

Y empiezan los encargos y las recomendaciones para la tía y para la abuela. El niño, brutalmente arrancado del pecho, se agita y chilla; la madre lo abraza por última vez, y llora. Se sabe, sin embargo, que esas lágrimas no son sinceras más que á medias, y que el dinero las secará bien pronto; ese terrible dinero que tan agarrado se halla á las entrañas de la gente del campo. Á pesar de todo, la escena es desgarradora y hace pensar dolorosamente en las separaciones de las familias de esclavos.

La nodriza coge sus harapos y los lía en un pañuelo.

—¡Cómo! ¿Es ese todo su equipaje de V.?

—¡Oh, señorito de mi alma! ¡Somos tan pobres en mi pueblo!.... No tenemos más que lo puesto.

Y el hecho es cierto. Ante todo, es necesario vestirla y arreglarla. La cosa estaba prevista. La primera costumbre tradicional de las nodrizas, como les sucede á los filibusteros cuando salen á robar, es llegar con las manos vacías, sin equipaje que estorbe; la segunda, es procurarse un baúl grande donde guardar la pacotilla. Porque por más que las cuidéis y las miméis, esa salvaje introducida así en vuestra casa, y que tanto desentona al principio ante las cosas elegantes de una habitación parisiense, con su voz bronca, su dialecto incomprensible, su fuerte olor á cuadra y á hierba; por más que la lavéis, que la enseñéis á hablar, á ser un poco limpia y á peinarse, siempre la nodriza más curiosa y mejor desbastada se mostrará bestia en el momento menos pensado, y por cualquier cosa. Allí, bajo vuestro techo, en vuestro

hogar, sigue siendo la campesina, la enemiga, transportada así desde su triste país, desde su horrible miseria á un medio lujo. Todo lo que la rodea le da envidia; se lo quisiera llevar todo á su agujero, donde viven los hombres y los animales reunidos.

Al fin y al cabo, no ha hecho el viaje para otra cosa. Su idea fija es la pacotilla. La pacotilla, palabra sorprendente, que en el vocabulario de las nodrizas toma elasticidades de garganta de serpiente boa.

Su pacotilla la forman los regalos y el salario; lo que se les da, lo que se recoge y se roba, las cosas y el dinero que se piensa en enseñar al regreso ante las miradas envidiosas de los vecinos. Para engordar y para hinchar esa santa pacotilla, son puestos á contribución vuestro buen corazón y vuestra bolsa. Y no tenéis que habéros las sólo con el ama, sino con el marido, con la madre, con la tía, que son sus cómplices, y allá en el fondo de una ignorada aldea, de la cual no conocéis ni siquiera el nombre, toda una familia, toda una tribu, urden planes astutos, como los de los Pieles Rojas, contra vosotros. Todas las semanas llega una carta, de letra ordinaria y basta, cerrada con un dado, á guisa de sello, sobre un poco de pan moreno mascado.

Al principio aquellas cartas cómicas y cándidas os enternecen con su complicada ortografía, las galas del estilo, las frases torcidas y retorcidas como la gorra de un tío del campo que quiere no aparecer con aire tímido, y con aquellos sobres que imaginaba Durandeu en sus fantasías militares:

*A la señora, señora Eufra-
sia Darnet, nodriza en casa
del Sr. *** calle de los Vosgos, 18.
3.^{er} distrito, París, Sena, Francia,
Europa, etc.*

Paciencia. Esos floreos de campesina sencillez no os enternecerán durante mucho tiempo. Todos van contra

vuestro bolsillo, todos respiran el mismo perfume de mezquindad rural y de idílica estafa. *Es para decírtelo, mi querida y digna compañera; pero no ables de hello á nuestros respetados amos y bienechores, porque tal vez quisieran darte más dinero, y no está bien que habu- ses tanto....* Y en seguida la noticia circunstanciada de una terrible tempestad que acaba de devastar toda la comarca. La cosecha perdida, los trigos destrozados, los prados perdidos. Cuando llueve, entra el agua en la casa como en mitad del campo, porque las granizadas han agujereado los techos; y el cerdo, un animal tan hermoso que debía haberse matado por Pascua, se murió de espanto al oír los truenos.

Otras veces es la vaca la que se ha muerto, el mayor de los chiquillos que se ha roto un brazo, las gallinas atacadas de pepita.

Bajo aquel techo, en la misma tierra, hay un inverosímil amontonamiento de catástrofes parecidas á las plagas de Egipto. Todo eso es grosero, estúpido, tan burdo, que la mentira salta á la vista. Pero no importa; es necesario hacer como que se creen esas invenciones, pagar otra vez, y si no, ¡cuidado con el ama! No se quejará, no pedirá nada, ¡oh!, no por cierto; pero gemirá, lloriqueará por los rincones, cuidando de que se la vea. Y cuando el ama llora, el niño llora, porque los disgustos *revuelven la sangre*, y la sangre revuelta agría la leche. Pronto, una libranza y que el ama ría.

Estos grandes golpes semanales no impiden que la nodriza trabaje diariamente en provecho de su pacotilla personal. Camisitas para su chiquillo, pobre desheredado, solo allí en el pueblo, mamando de la cabra; una falda para ella, un chaquetón para su hombre y el permiso para recoger lo que no sirve, las cosillas que han de ir á la basura. Ese permiso no siempre se pide, porque el ama ha traído de su pueblo ideas muy singulares sobre la propiedad de los buenos parisienses. La misma mujer que en su casa no se atrevería á coger una manzana del huerto de una vecina, saqueará toda vuestra

casa tranquilamente y sin escrúpulo de conciencia. Para el zuavo, despojar al árabe ó al colono no es robar ; es hacer su pacotilla. De la misma manera para la nodriza robar á su amo es hacer la pacotilla.

En mi casa hace algunos años (puedo dar esta conferencia sobre las nodrizas porque hablo por experiencia) desaparecieron unos cubiertos de plata. Podía sospechase de varios criados ; fué preciso registrar los baúles. Como yo ya tenía mis convicciones sobre la pacotilla, empecé por el baúl del ama. No: jamás el agujero de la urraca ladrona, jamás hueco de árbol donde el cuervo coleccionista amontona el fruto de sus rapiñas, presentó una tan disparatada amalgama de objetos brillantes é inútiles ; tapones de botella y tiradores de puerta, broches, pedazos de espejo, carretes sin hilo, clavos, retazos de seda, recortaduras, papeles de chocolate, cromos de almacenes de novedades ; y allá, en el fondo, debajo de todo, los dos cubiertos, convertidos á su vez en pacotilla.

Hasta el último momento, el ama se negó á confesar ; protestaba de su inocencia, y declaró al fin que había cogido los cubiertos sin mala intención, y para que le sirviesen de *calzadores*. Pero, sin embargo, no quiso esperar al día siguiente para marcharse. Temía que se diera parte, que se llamara á los gendarmes. Era de noche y llovía, y la vimos silenciosa, ceñuda, convertida de repente en una salvaje, desaparecer á paso de bestia bajo la bóveda de la escalera, y sin querer siquiera que la ayudasen á bajar el baúl, que arrastraba ella misma, á pesar de lo que pesaba su preciosa pacotilla.

Figuraos lo que puede ser de vuestros hijos entregados á semejantes brutos.... Así es que toda vigilancia es poca. Si dejarais hacer al ama lo que quisiera, jamás sacaría al niño á tomar el sol y á respirar el aire embalsamado de los jardines. Odia á París, y preferiría quedarse al amor de la lumbre, con el chiquillo en la falda, la nariz pegada á las cenizas como en su pueblo, durmiendo cuatro horas seguidas con el pesado sueño de la gente del campo.

También cuesta gran trabajo impedir que acueste al niño en su propia cama. ¿Para qué sirve la cuna? Estos señoritos tienen unas exigencias verdaderamente extrañas. ¿No sería mucho mejor tenerlo allí, al lado, y darle el pecho sin despertar ni tener frío cuando llora? Es verdad que á veces, al volverse, se le ahoga ; pero esos accidentes son raros.

Y además, que las tradiciones del campo afirman que á un niño de pecho se le puede impunemente atracar de peras agrias y de ciruelas verdes. Surge una inflamación, se acude al médico, y el niño muere.

Otras veces, por una caída, por un golpe no confesado, sobrevienen las convulsiones ó la meningitis.... ¡Ah! ¡Cuánto mejor harían nuestras mujeres, siguiendo los consejos de Juan Jacobo y amamantando á sus hijos ellas mismas! Cierto que no siempre es fácil, ni lo es para todas, en esta atmósfera de anemia que hay en las grandes ciudades y que hace que haya tantas madres sin leche.

Pero ¿qué pensar de los señores provincianos, que sin necesidad, por puro hábito de indiferencia y de pereza, mandan á sus hijos á criar, durante dos ó tres años, á casa de gentes de campo que no conocen ni de vista? La mayor parte de ellos mueren. Los que sobreviven vuelven hechos unos monstruos que sus padres desconocen, de modales rústicos, hombrecillos de voz bronca que hablan en dialecto bárbaro.

Recuerdo que un día, estando yo en provincias, en el Mediodía, unos amigos me propusieron una excursión al Puente de Gard. Se trataba de un almuerzo campestre, á la orilla del río, á la sombra de las ruinas. Precisamente el *chico* estaba criándose allí, y debíamos verlo al paso. Gran gira : invitan á varios amigos, se alquila un ómnibus y salimos fustigando los caballos, envueltos en polvareda que cegaba y quemaba.

Al cabo de una hora, en lo alto de una loma, vemos á lo lejos una mancha oscura. La mancha se agranda, se acerca. Era la nodriza, que, advertida con anticipación,

nos estaba esperando. El ómnibus se detuvo, y nos dieron por la ventanilla el chiquillo, que estaba llorando.

—¡Qué hermoso es!.... ¡Cómo se parece á Vds!....

—¡Vamos, está muy hermoso el chiquillo, ama!

Todos los del ómnibus le besan, se enternecen, vuelven á sacar por la ventanilla al chiquillo, que sigue llorando, y seguimos al galope, dejando al niño y á la nodriza plantados al sol y entre el ardiente polvo de aquella carretera.

Así es como los chiquillos se crían robustos....—diréis.

¡Ya lo creo! Los que resistan, hechos están á prueba de bomba.

ALFONSO DAUDET.

ALFONSO DAUDET



VIII.

A propósito del *Nabab*, voy á consignar claramente la evolución que se ha verificado en la novela moderna. Nunca encontraré ocasión más favorable para demostrar el amplio puesto que de día en día tiende á ocupar la historia en las obras de imaginación.

Ante todo necesito analizar el *Nabab* de una manera precisa y detallada. No se me comprenderá bien mientras no se tenga á la vista un resumen exacto de la novela.

Este famoso nabab, héroe del libro, es un tal Jansoulet, que ha ganado en Túnez una fortuna colosal, varios centenares de millones. Jansoulet, nacido en una aldea provenzal, en el villorrio de Saint-Andéol, ha empezado por ensayar todos los oficios; hijo de una familia pobre y humilde, ha tenido que luchar por espacio de mucho tiempo contra la miseria, ha aceptado los trabajos más rudos, y ha descendido á tráficos nada limpios. Ha ido á Túnez con buena estrella, y allí, en ese país de buenos negocios, ha empezado á embrollar, ha llegado á ser el favorito del bey, y ha concluido por ganar sus millones con una facilidad prodigiosa. Naturalmente, las fuentes de estas riquezas son algo turbias, y vale más no son-darlas. Pero, en fin, sean las que quieran las vilezas en que ha andado metido, helo ahí inmensamente rico. Siente

deseos de volver á Francia, de gozar de su fortuna en París, y procurarse honores y consideraciones con su dinero. Hasta soñó conquistar á París. Pero va á suceder lo que no ha previsto, y es que París, por pervertido y poco escrupuloso que sea, lo rechazará con todo su desprecio después de haberlo saqueado y engañado. París se lo tragará, en vez de dejarse tragar. No conozo asunto más amplio ni más original que esa batalla entre un hombre y una ciudad, ese hombre enriquecido por una civilización y arruinado por otra, que aprende á sus expensas que el dinero no puede darlo todo, aun empleado en medios sociales donde todo parece venderse.

He aquí, pues, á Jansoulet en pleno París, instalado en una habitación espléndida de la plaza Vendôme. El autor ha hecho de este tramoyista de negocios, de este aventurero del dinero, un ser bueno y sencillo, de carota ancha, labios gruesos y nariz chata: una de esas magníficas cabezas de perro que gusta acariciar con la mano. Esto es lo que hace simpático á Jansoulet en medio de sus millones mejor ó peor adquiridos. Hay en su casa una cómoda atestada de dinero, de donde saca á manos llenas para satisfacer los caprichos de cada instante. Y es cosa de asistir á uno de esos almuerzos famosos de la plaza Vendôme. Allí se ve al Paris hambriento que se abalanza sobre las fortunas complacientes: á Jenkins, un charlatán que se ha hecho una clientela muy aristocrática con la invención de sus famosas píldoras, píldoras que convierten en llamas á los temperamentos débiles; al apuesto Moessard, la pluma más venal de la prensa parisiense, cada uno de cuyos artículos es una letra de cambio girada á la vista sobre una vanidad; á Monpavon, todo un caballero con un pasado abominable, pero á quien su buen porte y la amistad del duque de Mora han salvado hasta allí de la policía; al marqués de Bois-Landry, otro tuno que todavía hace buen papel en la sociedad parisiense; á Paganetti, director de la *Caja territorial*, un bandido corso que ha ido á París á ejercitarse en los negocios, y que tiene toda la flexibilidad y

toda la imaginación del italiano ; á Schwalbach , un judío cuya especialidad consiste en vender supuestos cuadros de grandes maestros á los millonarios deseosos de darse un barniz de inteligentes , y otros más , en fin , cuya enumeración sería interminable. Toda esa gente adula á Jansoulet , devora á su mesa , se lo lleva después á los rincones para escamotearle préstamos , y lo roba impunemente , especulando con su ambición. Monpavon y Jenkins le prometen presentarlo al duque de Mora ; Moessard publica artículos sobre él en *El Mensajero* ; Paganetti lo induce á poner fondos en la *Caja territorial* ; los menos atrevidos sacan algunos luises á título de amigos de la casa. El cuadro de esos gitanos acampando en medio de París , y engulléndose á dos carrillos ese arca llena á palletadas en el país de los sultanes , es una de las páginas más curiosas que se puede leer.

Entretanto se empeña la acción. Jansoulet , en medio de sus deseos desordenados de consideración y de honores públicos , tiene dos ambiciones decididas. Se le ha hecho esperar la cinta de la Legión de Honor , y se le promete un puesto en la Cámara de diputados en cuanto haya una candidatura oficial disponible. El doctor Jenkins lo presenta en su casa al duque Mora , personaje histórico que todo el mundo ha reconocido fácilmente , un amable vividor que ha representado importante papel en el segundo Imperio. Ese aventurero político , tan fino y elegante , gastado por una vida de goces , se siente atraído por el corpachón vigoroso y la llaneza desenfadada de Jansoulet. Toma á su cargo su medro. Sin embargo , las aspiraciones de Jansoulet empiezan por sufrir un golpe regular ; por consejo de Jenkins , ha facilitado fondos á una pretendida obra filantrópica , la obra de Bethleem , una *crèche* , donde se cría á los niños pobres , según un nuevo sistema , con leche de cabras , sistema de cuyas resultas se mueren como moscas ; y cuando espera ver su nombramiento en *El Monitor* , lo que lee , entre los nombres de los nuevos condecorados , es el nombre del propio Jenkins. Como él dice , ha dado más de doscientos

mil francos para que se condecorase á Jenkins. Pero todo se reduce á una ligera mortificación de vanidad. Más rudamente lo hiere el terrible golpe que le asesta su antiguo amigo Hemerlingue, enriquecido como él, en Túnez, y hecho banquero, el cual sueña en su ruina. Jansoulet ha comprado á orillas del Ródano el magnífico palacio de Saint-Romans, en donde quiere recibir al Bey, de paso por Francia, prometiéndose asegurar su crédito con unas fiestas regias. Uno de sus familiares, á quien no he nombrado, Cardailhac, empresario de teatro que ha quebrado dos ó tres veces, se encarga de organizar una espléndida recepción. Todo se halla pronto, el país entero está en movimiento, Jansoulet espera al Bey en la estación; pero el tren llega, y pasa sin detenerse; Hemerlingue va en el mismo vagón del Bey, á quien ha conseguido malquistar con Jansoulet. Es una bofetada, de que difícilmente se repondría el último, si el duque de Mora no acudiese en su auxilio, dándole una candidatura oficial en Córcega. Nada más asombroso que esa elección comprada papeleta por papeleta, conquistada por todos los medios de que dispone un hombre rico. Jansoulet resulta finalmente elegido, y ese es el apogeo de su fortuna, el momento en que puede esperar que ha puesto el pie en París y va á dominarlo.

Dejo los hechos subalternos y los personajes de segundo orden para terminar en un momento el análisis del drama. Cuando Jansoulet es diputado, por todas partes se levantan contra él encarnizados enemigos. Los que lo han robado más descaradamente, los parásitos y gorriones de la plaza Vendôme, se quejan de que ahora cierra su caja. Ha cometido la imprudencia de negar una suma á Moessard, que escribe contra él un artículo infame, acusándolo de haber desempeñado los oficios más vergonzosos. No cosecha más que ingratitud; se ve casi arruinado por el cataclismo de la obra de Bethleem y de la *Caja territorial*, por los gastos de su elección, por el saqueo de su fortuna. Circulan acerca de su persona los peores rumores, y eso en el momento en que la Cámara, tan acomodaticia

comúnmente, habla de anular su elección para hacer un escarmiento. Todavía la anulación no sería nada, no sería más que una simple herida para su orgullo, si no debiese arrastrar en pos de sí su completa ruina. Todo lo que le queda, un centenar de millones—suma, como se ve, bien respetable,—lo tiene en propiedades y valores en Túnez, á merced del arbitrio del Bey, con quien está á partir un piñón su enemigo Hemerlingue. Ahora bien : si sigue siendo diputado, el Bey no se atreverá nunca á tocar á los bienes de un representante de Francia ; mientras que, si no llega á validarse su elección, es de creer que el Bey no tendrá ningún reparo en despojar á un particular, enriquecido por las liberalidades de su padre. De ahí el interés de Jansoulet de no ver anulada su acta. Tiene en su favor al duque de Mora, y está seguro de triunfar, gracias á ese apoyo omnipotente, cuando muere el duque á consecuencia de sus últimos excesos. Es un hundimiento. No le queda más que una esperanza: hacer las paces con Hemerlingue, cuya mano siente por doquiera en sus infortunios. Hemerlingue no tiene inconveniente en reconciliarse, pero ante todo hay que aplacar á su mujer. Su esposa es una antigua esclava de serrallo, que se ha convertido y dado á la devoción. Tiene ojeriza á los Jansoulet, porque la mujer del héroe, una levantina perteneciente á una rica familia, no ha querido visitarla nunca. Si la esposa de Jansoulet consiente en ir á verla, se firmarán las paces. Lo malo es que la tal esposa, una masa de grasa á quien París aturde y que tiene terquedades de niño, se niega obstinadamente á dar un paso que considera inconveniente. Jansoulet se propasa hasta el punto de levantarle la mano ; es muy hermosa esa escena de estúpida terquedad de parte de la mujer, y de rabia impotente de parte del marido. Desde entonces es irremisible la pérdida del nabab. En vano intenta un paso cerca del diputado encargado de informar sobre su acta, un abogado gazmoño, que lo coge en un lazo grosero. Pídese, y se vota la anulación ; y Jansoulet se queda cortado, al ver en una tribuna á su madre, una vieja aldeana de Provenza, en el momento en que va á

defenderse de las infames calumnias que corren, diciendo la verdad, explicando que se le ha confundido con su hermano mayor, un desgraciado que se ha arrastrado en otro tiempo por el arroyo de París. La idea de que avergonzaría á su madre le hace volver á ocupar su asiento después de un discurso muy interesante sobre el aniquilamiento de esa gran fortuna de que todo lo esperaba, y por la cual muere aplastado. Jansoulet ha concluido desde entonces. Verdad que un muchacho de corazón ha ido á Túnez á tratar de salvar los cien millones; pero Jansoulet, abofeteado una noche por el desprecio de todo un teatro, no puede soportar ese desdén que se le arroja al rostro, y muere en el almacén de accesorios de la escena, en el momento en que llega á anunciarle su emisario que ha salvado su fortuna.

Tal es el drama. Como ya ha podido comprenderse, vale sobre todo por los pormenores, por los grandes cuadros parisienses en que se desarrolla. Vuelvo sobre los personajes de segunda fila. No he nombrado aún á Felicia Ruys, una extraña figura de artista, nacida en el taller de su padre, escultor de genio, educada á la diablo como un muchacho, y resintiéndose toda la vida de esa educación demasiado libre. Ella, á su vez, llega á ser una escultora célebre, cuyas obras son ardientemente discutidas. Pero siente un *espleen* singular, una vaga aspiración á las virtudes sencillas, que la consume. El novelista ha querido pintar á la mujer sin puesto señalado en la sociedad más que á la artista. Encerrada con una antigua bailarina, la Crenmitz, pasa días terribles entre la pasión del arte y el enojo de su soledad. No se parece gran cosa por los galanteos. El doctor Jenkins, ese falso mosquito muerta, tan almibarado y tan doctoral, quiso violarla un día; ella conserva miedo y repugnancia de ese atentado. Con todo, se reconoce mala, y se inclina de todas suertes por la pendiente de la degradación. Después de haber soñado casarse con Jansoulet antes de saber que es casado, acaba por entregarse al duque de Mora. Su utilidad inmediata en la novela es ser el último deva-

:

neo del Duque, el que lo tiende en el lecho de donde no volverá á levantarse más. Á la postre, cae más abajo aún: acepta la pasión de ese mismo Jenkins, cuya infamia conoce. Pero es ocasión de episodios muy brillantes, de una descripción soberbia de la apertura del Salón anual de pintura y de escultura en el palacio de la Industria, y de páginas encantadoras sobre el interior de su taller y sobre la infancia que pasó al lado de su padre en medio de los bohemios del arte.

Me falta indicar otra parte del libro. Un excelente joven, Pablo de Géry, que desembarca en París con una carta de la madre de Jansoulet, llega á ser secretario de este último. Él es el que representa la honradez, el que se apercibe del saqueo de la fortuna, y el que irá más tarde á Túnez á salvar los cien millones. Pero, por más que se empeñe en abrir los ojos á Jansoulet, fuerza es que el destino de éste se cumpla. Así, Pablo no haría mucho papel en la historia, si no sirviese de lazo de unión entre los demás personajes y la familia Joyeuse, una digna y risueña familia, compuesta de un padre empleado y de cinco hijas jóvenes, la mayor de las cuales, Alina, es madre de toda aquella parentela. Es el rincón amable del libro, el retiro de inocencia y de virtud. M. Joyeuse, empleado en la casa Hemerlingue, pierde de repente su plaza, y durante meses oculta esa desgracia á sus hijas para evitarles una pena, saliendo diariamente como si fuese á su oficina, y pasando los días en correrías interminables. Es un santo varón curiosísimo, un soñador despierto, que se forja toda una historia á propósito de la circunstancia más insignificante. Por suerte, Pablo de Géry viene en su ayuda, y, fatalmente, se enamora de Alina. Un instante ha creído amar á Felicia Ruys, pero el pudoroso encanto de Alina le abre los ojos al momento. Hay que advertir que la segunda hija de M. Joyeuse se ve igualmente amada de un joven, Andrés Maranne, que vive en la misma casa, al extremo de un barrio apartado. Andrés es hijo de la supuesta esposa del doctor Jenkins, la cual no es, en suma, sino una concubina que él presenta á todo París

como su mujer. Andrés ha abandonado la morada del doctor, y se ha establecido como fotógrafo, esperando de un gran drama, en que trabaja, la fortuna y el éxito. Esos dos amores jóvenes y puros están destinados á compensar las otras pasiones abominables que llenan el volumen. El drama de Andrés, *Rebelión*, alcanza éxito completo, y al tiempo precisamente que se aplaude al principiante es cuando Jansoulet, herido de un ataque de apoplejía, agoniza en el almacén de accesorios.

No habré olvidado ninguna cosa, cuando diga cómo acaban dos figuras secundarias: la pretendida esposa de Jenkins y el conde de Monpavon. Jenkins se separa de su amante con una brutalidad repulsiva; se marcha, quiere vender el mobiliario, y se contenta con encargarse á un agente de negocios que anuncie á la pobre mujer la necesidad de que desaloje; verdad es que manda ofrecerle una suma. Ella rehusa, sale de la casa loca, y de pronto se encuentra en la calle, expulsada de la habitación donde ha vivido hasta allí, sin domicilio en adelante, más pobre y más abandonada que los miserables con que tropieza en las aceras. No tiene más que un pensamiento: ir á arrojarse al Sena. Pero quiere abrazar por última vez á su hijo; Andrés sospecha una desgracia, la detiene, y queda salvada. El fin de Monpavon es más trágico. Su protector ha muerto; se apoderará de él la policía. Entonces todo su orgullo de noble se despierta; prefiere acabar. Se viste tranquilamente con sumo esmero, queriendo conservar hasta lo último su apostura. Luego fuma el postrer cigarro en el *boulevard*, y se decide á entrar en un establecimiento de baños de un barrio apartado. Allí se abre las venas, y muere desfigurado hasta el punto de que nadie puede reconocerlo. Y esos dos desesperados del arroyo parisiense, Monpavon y madame Jenkins, se han cruzado en el *boulevard*, y han cambiado sonriendo un saludo, con el pensamiento de la muerte en el alma, algunos minutos antes de que esa mujer encontrase la salvación en un abrazo de su hijo, y ese hombre acabase su vida pulcramente, acogiéndose al suicidio.

En resumen, se podría decir que el *Nabab* es un cuadro de la corrupción parisiense, de la bohemia del segundo Imperio. La historia se transparenta en el libro al través de la fábula.

IX.

Estudio esta novela, más aún que para juzgarla, para levantar acta del punto á que han venido á parar los novelistas actuales. Se comprenderá sobre todo mi intención, cuando haya explicado la manera de trabajar de Alfonso Daudet.

Al estudiarlo, he hecho ver cómo había partido del cuento, del cuadro en algunas páginas, para ensanchar su molde, y llegar á las obras de gran empeño. Cuando se contentaba con escribir relatos cortos, era muy fácil de comprender el método que empleaba. Tomaba un hecho de la vida real, una historia que había pasado á su vista, ó un personaje que había podido observar por sí propio, y se ingeniaba simplemente para presentar ese personaje ó contar esa historia de la manera más agradable posible. Sabido es cuánta era su maestría para hacer así de la cosa menor una obrita maestra. Desplegaba un arte exquisito en el aderezo de la verdad.

Pues bien: cuando se ha convertido en novelista no ha cambiado de método. Salta á la vista. Se ha propuesto tan sólo unir, mediante un lazo común, todas las observaciones que ha podido hacer desde que mira en torno suyo. Se me va á comprender.

Supongo que Alfonso Daudet toma nota constantemente de lo que ha visto durante el día. Escribe ó no esas notas, importa poco. Basta que tenga en su memoria ó en sus cajones un almacén de documentos. Todos los sucesos de que haya sido testigo, todos los hombres á quienes se haya acercado, le dejarán de esa suerte impresiones muy vivas, que puede evocar á su albedrío. Naturalmente, esas notas permanecen dispersas, nada

las enlaza entre sí ; son collares en que faltan los hilos. Ahora sigo suponiendo que M. Daudet quiere escribir una novela. Empezará por herirlo profundamente uno de sus recuerdos, y verá en él el embrión de un libro. Sólo que la materia es todavía rudimentaria ; no tiene la carne suficiente. Y aquí empieza el verdadero trabajo de Alfonso Daudet. Registrará sus documentos, examinará todas las observaciones que posee, y verá las que pueden asociarse sin desentonar. Poco á poco tomará aquí un capítulo, allí un tipo, más lejos una escena, utilizándolo todo, hasta que tenga bastante materia para llenar un volumen. La cosa parece sencilla ; pero estad seguros de que no hay operación más delicada. No se trata de transportar bruscamente hechos históricos al dominio de lo novelesco ; hay que saber escoger los elementos suministrados por la realidad, y acomodarlos luego de modo que no rabien de verse juntos.

Para darse cuenta cumplidamente del nuevo método, lo mejor es recordar lo que era una novela de Alejandro Dumas, padre, por ejemplo. Tomo *Los Tres Mosqueteros*, la obra que ha adquirido más popularidad entre nosotros. El novelista no se preocupaba evidentemente más que de una cosa : de entretener á sus lectores, tenerlos siempre suspensos, depararles peripecias, de modo que su curiosidad no quedase satisfecha nunca. No entraba en sus miras colocar á los personajes en un medio contemporáneo, porque entonces hubiese debido tener más en cuenta la realidad. Retrocediendo dos ó tres siglos, colocando la acción bajo Luis XIII ó bajo Luis XIV, podía mentir á sus anchas ; no había temor de sublevar á los ignorantes, es decir, al mayor número. Nada más cómodo, en resumen. Algunas nociones históricas sobre la época y sobre las costumbres, las anécdotas corrientes, las tradiciones de la leyenda, bastaban al autor para sostenerlo durante quince y veinte volúmenes. Marchaba, y marchaba con el aplomo más maravilloso del mundo, amontonando aventuras prodigiosas y llegando á falsificar la historia de una manera tan completa, que, en sus

manos, las verdades acababan por convertirse en mentiras. ¡Bastante cuidado le daba á él en el fondo! Él no era más que un cuentista, y cuanto más mentía, más regocijaba á su público.

Acabo de pronunciar el verdadero nombre de los novelistas que han precedido á Balzac ó que han permanecido expuestos á su influjo. Eran simples cuentistas. Tenían por suyo el vasto dominio de la imaginación, y en él se movían libremente, conquistando el éxito con su fuerza inventiva. El mayor elogio que se hacía de un novelista entonces era decir que tenía una imaginación poderosa: lo cual significaba que creaba á todo pasto aventuras que jamás habían pasado, y personajes que jamás se habían visto. Se le apreciaba por el grado de mentira de sus obras, se le admiraba tanto más, cuanto más se apartaba de la realidad diaria y corriente. ¡Qué poco se parecía tal héroe á la gente que codeaba uno en las calles! ¡Cuánto distaba tal intriga de la vida vulgar que llevaba el lector! Se esperaban del novelista sensaciones nuevas, sobresaltos de sorpresa. En esa época, lo que se llamaba la novela de costumbres, ó, mejor, la novela de observación, ocupaba aún muy pequeño lugar; la moda era la novela de aventuras.

He elegido un ejemplo notable al hablar de las obras de Dumas, padre, que era un soñador despierto, un fumador de opio, que viajaba por el país de lo imposible como por su propia patria. Pero podría escoger ejemplos menos salientes, y, á pesar de eso, no menos característicos. Los novelistas, que hace veinticinco ó treinta años se preciaban de atender á la naturaleza, no la miraban todavía más que como una inspiradora, cuyos extravíos debía corregir el buen gusto. Sobre todo, forjaban tipos generales, trabajaban de memoria, según modelos que frecuentemente respetaban muy poco. Jamás les hubiese venido á las mientes la idea de coger á su tía ó á su suegra para trasladarlas en vivo á sus novelas. Les hubiera parecido demasiado crudo el procedimiento; tenían ideas decididas sobre la necesidad de idealizar los personajes y de

sacar un vaciado, castrando la realidad y no diciéndolo todo. Si no mentían con el desparpajo de los cuentistas, se mantenían nobles y discretos, pintando la naturaleza á condición de velarla y suavizarla según una fórmula corriente. El público, por su parte, era cómplice; los autores podían alegar en su defensa que no podían disgustar al público escandalizándolo, exhibiendo ante sus ojos espectáculos poco agradables. Parecía existir el convencimiento de que los lectores pedían ante todo lecturas que los sacasen de la vida ordinaria. Se decía: «He ahí un comerciante que está todo el día vendiendo paño ó velas detrás del mostrador; ¿creéis que vais á interesarlo mucho presentándole otro comerciante como él, entregado á las mismas preocupaciones del negocio? He aquí una mujer sumida en un adulterio ordinario, que se pasa bostezando de la mañana á la noche: tan vulgar le parece su amante, más vulgar aún que su marido; ¿creéis que se apasionará por vuestro libro, si le contáis con puntos y comas el mismo estúpido y repulsivo adulterio?» Y de ahí se partía para afirmar que era un principio fatal de la novela la idealización de los hechos y de los personajes. Los lectores exigían que se los sacase de la realidad, que se les ofreciesen fortunas realizadas en un día, príncipes paseándose de incógnito con los bolsillos repletos de diamantes, amores gloriosos que arrebataran á los amantes al adorable mundo de las sueños, todo lo más loco y rico, en fin, que cabe imaginar, todas las fantasías doradas de los poetas. Á ese precio se obtenía el éxito. Mentid, ó no tendréis salida.

Ved ahora el método de trabajo empleado por Alfonso Daudet en el *Nabab*. He dicho que no inventaba nada. No tiene una gota de imaginación en el sentido que acabo de indicar. Sería incapaz de inventar una de esas historias complicadas que han apasionado á nuestros padres, un Monte-Cristo, realizando prodigios, gracias á un inmenso tesoro descubierto en una isla, de donde saca oro á manos llenas. Hasta pierde el equilibrio si cambia el menor detalle de las cosas que ha visto. Opina que la aventura

acaecida es siempre más poderosa que la aventura inventada, y su gran pena es verse obligado á veces á no decirlo todo. Lleva tan lejos este respeto á la verdad, que acaba por identificar el nombre del tipo observado con el personaje de la novela, y, si ha de alterar el nombre, ya no le parece completo el personaje; por eso, cuando no puede conservar el nombre, procura crear uno que recuerde el verdadero por su estructura y consonancia. Y todo eso no es una teoría literaria; es una sensación de artista, una pendiente fatal que lo impulsa á dar decisiva importancia á lo que le ha sido lícito tocar con el dedo. Necesita tener delante de sí y copiar un modelo vivo, cuya vista estimule sus facultades de pintor. Si le falta ese modelo, le parece que tiene los dedos atados, no se atreve á trabajar, teme no hacer nada de provecho; al punto desaparece todo, porque el modelo no le proporciona sólo una figura; le ofrece además el aire de que está rodeado, el medio, el color y el sonido, todo lo que constituye la vida. De ahí esa comezón de poner en sus libros las personas de su intimidad. Cuando le ha llamado la atención un ser ó un hecho, asedian su cerebro hasta el punto de sugerirle la convicción de que tiene á mano la materia de una obra maestra; y desde entonces carece de fuerzas para resistir á la necesidad de pintar lo que ha visto y oído; ninguna consideración lo detiene, y en uno ú otro momento vence su pasión de artista contra viento y marea. Es lo que yo llamaré la fiebre de la realidad, enfermedad enteramente moderna en los artistas. Tienen el tormento de instruir sumarios públicamente, sin omitir ningún pormenor, á reserva de herir á los amigos, y hasta á los parientes, que les han servido de modelos sin saberlo. El día menos pensado se encuentra uno en sus obras, casi con su nombre, con sus ademanes, con su traje, con su historia, con sus verrugas. Bajo su escalpelo se ha convertido uno en documento humano; y sería poco juicioso guardarles rencor, porque han obrado sin maldad; se han limitado á obedecer á la necesidad de poner en sus libros el maximum posible de vida.

Alfonso Daudet, pues, tomó entre las notas que había acumulado todas las que le parecía que encajaban en el *Nabab*. Dentro de poco diré qué notas son esas, de dónde las ha sacado y qué suma de verdad contienen. Las notas están en su mesa. Entonces es cuando interviene como creador, porque allí no tiene, en resumen, más que la materia bruta, y necesita componer un todo con esos documentos esparcidos. Empieza el papel de su imaginación, una imaginación muy particular, humilde servidora que se contenta con quedar en segundo término. Hace falta una historia para enlazar los diferentes episodios, y esa historia será la más sencilla posible, la más ordinaria, para que no embarace el libro, y deje todo el puesto á los vastos cuadros que el autor quiere pintar. Por ejemplo, en el *Nabab* la imaginación se contentará con crear el tipo de Pablo de Géry, y pasearlo por casa de los Joyeuse y de Felicia Ruys para que sirva de lazo entre esos personajes; la imaginación inventará también ciertos detalles, como los amores de Felicia y del duque de Mora, la muerte fulminante de Jansoulet, herido por el desprecio del París de los estrenos; pero esos pormenores estarán indicados por la observación misma, y serán siempre la parte sacrificada de la novela. Lo que interesará más, ya lo he dicho, son los vastos cuadros de la vida que el novelista ha decidido reproducir. El resto no es más que lo accesorio; los cuadros son lo principal. ¡Qué importa en el fondo la intriga! Se trata de desarrollar con toda la amplitud necesaria aquellas escenas de tan maravillosa exactitud: un almuerzo en la plaza Vendôme, la visita á la obra de Bethlehem, las fiestas del Bey en el palacio de Saint-Romans, el Salón anual de pintura y escultura, la muerte y los funerales del duque de Mora. Son otras tantas páginas de historia que importaba eternizar, grabándolas con el sello de su verdad propia.

Cierto que no se circunscribe á eso el papel de la imaginación del novelista. Si no inventa las cosas de una pieza, inventa, sí, de continuo en el pormenor; pone todo

su conato en presentar las escenas verdaderas con una llama particular que las vivifica. Alfonso Daudet tiene principalmente esa imaginación de la composición y de la frase. De la menor escena hace una joya, gracias al arte que despliega en aderezarla. Se le niega la ciencia de la composición, como á los restantes novelistas naturalistas, por lo demás ; y no conozco crítica más injusta, porque las obras de esos novelistas se hallan, al contrario, compuestas con refinamientos infinitos, bien así como poemas melódicos que reproducen una y otra vez los mismos efectos, y que encierran la realidad en una caja simbólica y muy labrada. Mérito ó defecto, eso habrá de reconocerse á la postre. En fin, lo que acaba de dar á esa pintura de la verdad un carácter superior es la factura, el respeto de la lengua y la excelencia del estilo.

El autor copia sin duda la naturaleza, y lo tiene á gala, pero agregándole el interés de una interpretación personal. Pone toda su fantasía, toda su fuerza creadora, en la traducción, en esa sensación nerviosa suya que añade á la expresión de las cosas. No emplea su imaginación en contar en mal estilo aventuras grotescas á fuerza de imposibles; la utiliza en describir como poeta un punto de la inmensa naturaleza.

Y ved el milagro : no son ya las novelas de intriga las que apasionan al público; toda la corriente del éxito se dirige ahora hacia las novelas de observación como el *Nabab*. Ya no puede sacarse á relucir la famosa teoría de la exigencia de ideal que atormenta á la multitud. Al contrario, la multitud revela ávida curiosidad por todas las cosas que le tocan de cerca, por la pintura de la vida que hace, de los hombres que codea, de los sucesos que llenan los periódicos. Por otra parte, fácil sería la retorsión del argumento que hace poco indicaba. «¿En qué queréis que se interese un comerciante que está todo el día vendiendo paño ó velas, si no es en los dramas del negocio, en las historias de otros negociantes más ó menos afortunados que él? ¿Qué hay que pueda conmover más á una mujer culpable que el relato de un adulterio

semejante al suyo, con las mismas ansiedades y la misma abrumadora vulgaridad?»

Concluyo, pues, que la novela así entendida se ha convertido en historia, resumida en ejemplos llamativos, y escrita por artistas que tienen el don de la vida.

X.

La aparición del *Nabab* ha sido un verdadero acontecimiento. Pronto corrió el rumor de que el autor había pintado en esta novela un gran número de personalidades parisienses, y todo el mundo ha querido reconocer los originales. De ahí comentarios y bulla sin fin. El autor, aburrido con las reclamaciones y queriendo ponerse á salvo de las perfidias de cierta parte de la prensa, ha tenido que declarar en el *Fígaro*, que lo había atacado precisamente, que respondería á todas las acusaciones en un prefacio, cuya publicación anunciaba á la cabeza de una de las próximas ediciones de su libro.

Daré algunos extractos de ese prefacio:

«No hay una página de mi libro —dice Alfonso Daudet, —no hay uno de sus héroes, ni uno siquiera de los personajes presentados en silueta, que no haya sido objeto de alusiones y protestas. Ya puede el autor defenderse, ya puede jurar por todos los dioses que su obra no tiene clave; cada cual le forja una, por lo menos, con cuyo auxilio pretende abrir esa cerradura de combinación. Es menester que todos esos tipos hayan vivido, ¿qué digo vivido?, que vivan aún, idénticos de la cabeza á los piés.... Monpavon es fulano, ¿verdad?.... El parecido de Jenkins es asombroso.... Quién se incomoda por ser él el aludido, quién por no serlo.»

Y añade más adelante:

»Revolviendo sus recuerdos, —que es un derecho y un deber de todo novelista, —se ha acordado el autor de un extraño episodio del París cosmopolita de hace quince

años. Lo novelesco de una existencia deslumbradora y efímera que atravesó como un meteoro el cielo parisiense ha servido evidentemente de fondo al *Nabab*, á esa pintura de las costumbres de fines del segundo Imperio. Pero en torno de una situación, de una aventura harto conocidas, que todos tenían derecho á estudiar y recordar, ¡qué difusión de fantasía, qué de invenciones, qué de bordados, y, sobre todo, qué suma de esa observación continua, dispersa, casi inconsciente, sin la cual no podría haber escritores de imaginación! Por otra parte, para darse cuenta del trabajo de cristalización que transporta las circunstancias más sencillas del mundo de la realidad al de las ficciones, de la vida á la novela, bastaría abrir el *Monitor oficial* de Febrero de 1864, y comparar la verdadera sesión de la Cámara con el cuadro que se encontrará en mi libro.»

Citaré aún las líneas siguientes: «En cuanto á Mora, es otra cosa.... La historia se ocupará del hombre político. Yo he hecho ver, mezclándolo en una acción imaginaria, al hombre de mundo, según era y quería ser, seguro de que, en vida, no le hubiese desagradado verse retratado así».

Sería imposible responder de una manera más digna y más sincera á la par á acusaciones que carecen de todo fundamento serio. Alfonso Daudet tenía derecho absoluto á emplear los materiales que la realidad le ofrecía. Pero, para comprender la verdadera discreción de que ha usado, hay que insistir más de lo que él ha podido hacerlo, y hablar de los originales que ha tenido presentes.

Jansoulet no es otro que un millonario de que se ocupó todo París hacia 1864. Ese millonario había adquirido su inmensa fortuna, no en Túnez, sino en Egipto, donde había sido por espacio de largo tiempo favorito y familiar del jetife. Más tarde, queriendo labrarse una posición seria y distinguida, presentó su candidatura para la diputación. Tres veces fué elegido, en el Gard, me parece, gracias al dinero que derramaba á manos llenas, y tres veces anuló su elección la Cámara. Los legisladores

rechazaban esa manzana podrida, haciéndole pagar los crímenes de todos los miembros gangrenados que ya habían tenido que admitir. También está tomada de la realidad la lucha de Hemerlingue contra Jansoulet. Un banquero, que vive todavía, persiguió á Jansoulet con su odio efectivamente, hasta que consiguió arruinarlo. Donde la novela se aparta de la historia es en el desenlace, porque el millonario no tuvo la muerte feliz de Jansoulet; no sucumbió de golpe, herido por el menosprecio, sino que arrastró una existencia cruel, arruinado en absoluto, caído de su antiguo esplendor, y aplastado bajo el peso de todas las historias que habían corrido acerca de él.

Como dice M. Daudet, es pasmoso que se le tilde hoy de ingratitud hacia el hombre que ha estudiado. Pongamos que lo haya conocido mucho. ¿Por ventura no es todo el *Nabab* una defensa, un panegírico del héroe? Habría que conocer las calumnias propaladas sobre ese desgraciado para apreciar el inmenso servicio que ha hecho M. Daudet á su memoria. Todavía en las últimas líneas parece no haber escrito la obra más que para sincerar á un hombre honrado desconocido.

«Se agitaron sus labios, y sus ojos dilatados, vueltos hacia de Géry, acertaron á adquirir, antes de la muerte, una expresión dolorosa, implorante y de protesta, como para tomarlo por testigo de una de las más grandes, de las más crueles injusticias que París ha cometido.»

¿Lo diré? M. Daudet ha sido un pintor tan cariñoso para su modelo, que hasta me ha estropeado un poco la novela. Yo hubiese preferido un Jansoulet enfangado resueltamente en los negocios más dudosos, con las manos llenas de un oro ganado en tratos sucios, empeñando un duelo formidable con París, en que París, poniendo en contribución todos sus vicios, lo hubiera barrido bonitamente en unos cuantos años. Eso no se hubiese opuesto á conceder á Jansoulet una gran bondad, porque yo conozco más de un pícaro de corazón inmenso; habríase manifestado, pues, á pesar de los pesares, rudamente

bonachón, riéndose á carcajadas, accesible á todo el mundo; pero hubiera conservado buenos riñones, y no se hubiese dejado zarandear como un chiquillo. Por empeñarse en disculpar á ese millonario, á ese aventurero que viene á París á comprar honores, me temo si el novelista no lo habrá achicado fatalmente.

De aquí resulta que M. Daudet, lejos de mostrarse ingrato, ha cedido á la simpatía. Se ha privado del placer de elevar su drama á las notas intensas por un escrúpulo que no puede menos de alabarse. Los interesados deben darle las gracias.

En cuanto al duque de Morny, cuya silueta se reconoce tan bien en el duque de Mora, á él mismo le hubiera hecho sonreír ese retrato, como dice el autor, si hubiese podido leerlo. Los bonapartistas han afectado una severidad sin ejemplo contra M. Daudet, acusándolo también de ingratitud, casi de traición política. No hay más que encogerse de hombros. El novelista dista mucho de haber pintado de cuerpo entero al duque de Morny, como lo pintará un día la historia. Ha dejado á un lado los rasgos salientes de la figura, la fría voluntad, el tranquilo cinismo, la falta absoluta de sentido moral, la necesidad de gozar á todo trance, todo el conjunto de energía y de escepticismo que hizo de ese político ya gastado instrumento á propósito de un golpe político.

Hubiera sido menester presentarlo con las manos en la masa, estrangulando al país, y haciendo luego mangas y capirotos con el dinero y los honores; y entonces, en efecto, á hacer tal cosa M. Daudet, hubiera podido echársele en cara haber olvidado que el duque de Morny le tendió la mano desde el punto y hora de su llegada á París. Pero no ha tocado al hombre político, ni al manipulador de negocios que exigía su alboroque á todos los hombres de dinero á quienes patrocinaba, ni al personaje complaciente que andaba envuelto en las bajezas del reinado. Apenas si indica con una ligera y encantadora pincelada el perfil del hombre exterior, las manías amables de ese ministro que se ocupaba de futilidades y de vaude-

viles entre dos graves reuniones de Consejo. No se ocultaba ciertamente el duque de Morny de lo que él llamaba sus gustos artísticos ; prohijaba en vida una pieza bufa que todavía se representa ; y es cosa evidente para mí que el mayor gusto que podía dársele era alabar las coplas cuyas rimas buscaba al salir de las sesiones. Es verdad que M. Daudet ha añadido que tenía la pasión de las mujeres, y que cerca de Neuilly sostenía una casa, donde acabó de matarse ; pero pasiones no son crímenes. Nada de eso es un cargo terrible contra el Duque. Más aún : yo sé, y de buena tinta, que el novelista ha dado pruebas de una rara discreción. Sin ocuparse del hombre político, hubiese podido completar esa figura de hombre de mundo absolutamente superficial, de una vida increíble, que extremaba el enojo de sí mismo hasta el punto de no querer permanecer solo, y se dejaba dominar por las preocupaciones más fútiles y más ridículas. Muchos de los que se acercaron al duque de Morny, después de sentirse seducidos por su elevado porte y su afabilidad aristocrática, acabaron por asombrarse de su insuficiencia intelectual y moral, y por preguntarse qué golpe de audacia pudo elevar tan alto á semejante hombre. Por lo demás, el duque de Mora es un Morny adornado de todos los atractivos novelescos, y presentado bajo su aspecto más favorable, para recrear los ojos del público.

Claro es que, al decir esto, no trato de disminuir el valor de las notas utilizadas por M. Daudet. Así, su capítulo sobre la muerte del Duque es una de las páginas más grandes que ha escrito jamás. Ese fragmento tiene la intensidad de vida, la profundidad de observación, la asombrosa verdad de un pasaje de Saint Simon. La agonía, tan animosa y tan correcta, de ese vividor que quiera salir de la vida como se sale de un salón ; el aturdimiento de los allegados en torno suyo, comprendiendo que pierden un protector omnipotente, y aferrándose á aquella vida que se va ; la baja codicia de la servidumbre entrando á saco el oro desperdigado ; la solicitud de los amigos que sacan los papeles comprometedores, las car-

tas de amor y las cartas de negocios, que quieren destruirlos, y, no pudiendo quemarlos, los tiran por los retretes; el runrún confuso, en fin, y luego el palacio sumido en gran silencio: toda esa pintura es de un poder que delata la verdad sorprendida en vivo, y traducida con el mismo estremecimiento de la sensación inmediata.

Me gusta menos el capítulo de los funerales, también de gran exactitud en los pormenores, pero de menor empuje y con alguna tendencia á la enumeración.

Y ahora, si el novelista declara los originales que ha tenido presentes para Mora y Jansoulet, nosotros podemos ser más indiscretos, y reconocer algunas otras figuras. Lo que ha hecho con el duque de Morny y con el millonario lo ha hecho con otras fisonomías, apoderándose de su característica general, dejando á un lado lo que no le convenía, utilizando, en fin, los modelos según las necesidades de su relato. Así, el conde de Monpavon y el marqués de Bois-Landry son dos tipos que todo París ha conocido; hasta los nombres se hallan poco modificados; uno de los dos personajes ha muerto, el otro vive aún, y me aseguran que no le disgusta verse en el *Nabab*. Moessard, el periodista á quien apalea Jansoulet en la calle Real, ha muerto últimamente. También existen Paganetti, Hemerlingue y Le Merquier; y aún creo haberme codeado con papá Joyeuse, ese excelente hombre que sueña despierto las aventuras más atroces. En cuanto á Cardailhac, el empresario sonriente en medio de sus quiebras, ha muerto, y puede nombrársele con tanta más razón, cuanto que muchas personas, engañadas por un parecido de nombres, han querido ver en él á M. Carvalho, al empresario actual de la Ópera Cómica; Cardailhac no es otro que Nestor Roqueplan, ese hombre amable cuyas frases se citan hoy aún. Ha reservado el Dr. Jenkins, indudablemente formado de varios tipos fundidos; juraría que el autor ha tomado de una parte el retrato físico, de otra la invención de las famosas píldoras, y de una tercera el egoismo y la fingida lealtad del personaje. Los periódicos ingleses han estado

muy severos con M. Daudet, porque han pretendido reconocer en Jenkins un médico de Londres que fué en otro tiempo á asistir al duque de Morny; no cito el hecho más que para que se vea qué reclamaciones tan extrañas han abrumado al autor.

Más delicado es poner un nombre debajo de los retratos de mujeres. Me contentaré con decir una palabra sobre Felicia Ruys. Se ha citado á varias personas, y, entre otras, á Sarah Bernardt, la socia de la Comedia Francesa, que entiende también de escultura. Pero el retrato físico es bien poco semejante, sobre que los antecedentes, la biografía y el género de vida difieren en absoluto. Felicia Ruys sería más bien hija de uno de nuestros poetas, y escritora de talento á su vez; pero bien entendido por de contado, que todo el drama que gira alrededor de ella es pura invención; ahora, eso sí, el modo de ser es el mismo, igual la educación en un medio de artistas, idéntica la falta de equilibrio en la vida ordinaria.

Un último punto. La explotación que M. Daudet designa con el nombre de obra de Bethleem, y de que ha sacado un capítulo tan acerbo, ha existido realmente y quizá exista aún bajo el nombre de *La Pouponnière*. Los fundadores metían mucha bulla con sus sentimientos filantrópicos; decían que querían asegurar á los pobres chiquitines, á quienes no pueden criar sus madres, una abundante alimentación, un aire sano, todos los cuidados imaginables; y crearon á las puertas de París un establecimiento en que las nodrizas se sustituían con cabras, hermosas cabras que se veían brincar por el jardín. La casa se había instalado en grande: dormitorios, refectorios, enfermería, sala de paseo, sala de baño, ropero, lavadero, etc., etc. Lo malo es que todos los infelices niños se morían. En su tiempo se visitaba por curiosidad la *Pouponnière*. Creo que todo el beneficio de esa supuesta obra humanitaria se reducirá á haber depurado al novelista uno de esos capítulos llenos de emoción y de ironía, como él solo sabe escribirlos.

:

XI

Fáltame juzgar el *Nabab*. Empezaré por poner los pocos reparos que me inspira mi propio temperamento de escritor.

Hay una figura que me ha impresionado penosamente en la novela : la de Felicia Ruys. Todo se lo ha concedido el autor á esa joven : belleza , inteligencia , hasta genio , y , por una pendiente lamentable , ha llegado á hacer de ella uno de los personajes más ennegrecidos de la obra. Cuando nos la presenta , la corona de rayos aparece delicada y altiva , sublevándose ante el insulto , ambicionando todo lo bello ; después le atribuye una serie de acciones á cual más viles : por el pronto , sueña en casarse con Jansoulet , ella , que es la gloria , con él , que no es más que el dinero ; después se entrega al duque de Mora por latitud , por necia variedad ; en fin , cae más bajo , acaba por ceder á Jenkins , á quien ha anonadado hasta allí con su desprecio. Tampoco me gusta mucho la desesperación que el atentado de Jenkins le produce , hasta el punto de disgustarla para siempre del amor y hacerle mirar la vida con los colores más sombríos. Eso me parece bastante melodramático. La joven más casta puede verse expuesta á semejante violencia ; pero cuando se defiende y salva , como Felicia , con tan hermosa sublevación del pudor , no queda mancillada , y tiene ante sí amplia y alegre toda la vida. Sin duda el novelista ha querido estudiar los efectos de la mala educación , la fatal caída que espera á todas las jóvenes educadas en la bohemia artística. Cierto que una muchacha crecida , como Felicia , en el taller de su padre , poco vigilada por él , que todo lo sabe desde temprano , y que queda más tarde sin sostén , con sólo la pasión del arte , no podría seguir el camino derecho de una joven ordinaria y sencilla. El mal está , en mi sentir , en querer juzgar

á semejante mujer por el patrón de las otras. No es ya una mujer ; es una artista, sobre todo cuando se llevan las cosas hasta el extremo de otorgarle genio. Desde ese instante se le pide menos y más juntamente. Importa bien poco que tenga amantes ; lo que es menester es que produzca obras maestras. No necesito citar ejemplos ; todo el mundo debe tener presentes en su memoria grandes figuras de mujeres, cuyas obras se admiran, sin pensar en juzgar su conducta. Son cosas delicadas, y no insisto. Yo hubiera deseado que M. Daudet demostrase más ternura á Felicia, que tuviese para ella un corazón de artista, que no la sacrificase, en una palabra, á esas niñas de la familia Joyeuse, que no son más que muñecas.

Cabalmente esa familia Joyeuse es lo menos afortunado de la novela. Como ya he dado á entender, el autor ha retrocedido ante la idea de un cuadro en que todo lo llenase la corrupción parisiense. Es de temperamento tierno y equilibrado, y ha querido una oposición, un trocito de lienzo donde poder poner algo de candor, de pureza, de cosas frescas, que reposasen el ánimo de los lectores. Por principio, nunca deja de reservar un puesto para la virtud en todo lo que escribe. Le ha salido bien otras veces, y cree en la necesidad de echar al público ese panal de miel. Sólo que, por esta vez, sus notas sobre el vicio parisiense eran tan numerosas y tan completas, que fatalmente se han desbordado ; y la pobre familia Joyeuse desaparece casi por completo bajo la abundancia y la magnitud de las terribles pinturas que la rodean. Al lado del relieve poderoso de las cosas vistas, la buena familia palidece totalmente, y trasciende demasiado á honradez convencional. En cuanto á mí, es querer muy mal á la honradez hacerla representar un papel tan pobre. Así, cuando, al desenlace, Jansoulet recibe en el rostro el desprecio de todo un teatro, sólo la familia Joyeuse está encargada de representar la virtud en esa sala atestada de todo el París artista y mundano. ¡ Dios mío ! Bien sé yo que está muy gangrenado ese París ; pero, francamente, es una broma querer aplastarlo bajo

los méritos de la familia Joyeuse. Es empequeñar algo las cosas. Las señoritas Joyeuse tienen tanto mérito en ser horadas como en oler bien las flores.

Lo mismo sucede con otra parte del *Nabab*, de que no he hablado todavía. M. Daudet había tenido una idea ingeniosa; quería exponer el anverso de ciertos hechos, haciéndoselos contar á los servidores de sus personajes; es decir, se trataba de pintar á los amos al través de las observaciones de los criados. Desgraciadamente, la idea era bastante difícil de poner en práctica, y M. Daudet ha tenido que inventar un criado particular, Passajon, que ha sido bedel en una facultad de provincias, y que, después de haber ahorrado algunos sueldos, ha sentido el deseo deplorable de aumentar su fortuna entrando de mozo en París en las oficinas de la *Caja territorial*. Ese buen hombre, con su tinte de literatura, puede escribir sus memorias. M. Daudet da algunos fragmentos de vez en cuando; y, por un capricho de escritor, se ha entretenido en remedar el estilo enfático y cuajado de frases hechas de un ignorante que se ha rozado con profesores de literatura. Pero es un estilo inevitablemente enojoso, que no puede hacer reír más que á los literatos, y cuya ironía pasa inadvertida para el mayor número. El autor lo ha comprendido, y no ha insistido demasiado. Con todo, la forma que da á esta parte del libro, esos fragmentos de memorias que vuelven una y otra vez, han bastado para echar á perder la idea. Y cuenta que hay allí cosas excelentes, de una observación muy verdadera y muy profunda, sobre todo en los últimos fragmentos. Cinismo de los criados, esa gente de la antecámara y de la cocina que reproduce con mayor grosería los vicios del salón, pedían ser tratados con más fuerza y crudeza.

Se puede decir, en resumen, que las partes superiores del *Nabab* son las partes vistas y observadas. Todo lo que ha tomado de la realidad M. Daudet le ha servido para escribir páginas magistrales, de un valor excepcional; mientras que desmerece, con mucho, todo lo que ha tenido que inventar por las exigencias de su relato. Esto,

en mi pluma, es un elogio para M. Daudet. Como ya he dicho, necesita sentirse estimulado por una escena real, por un personaje vivo, para dar la medida de su talento. Cuando tiene que ponerlo todo de su cosecha, permanece frío. Y esto era más sensible aún en sus otras novelas, de pensamiento menos amplio que el del *Nabab*. Esta vez no ha tratado de inventar una historia; ha dejado que las páginas se desarrollen como se desarrollan los hechos en la vida. Apenas hay que lamentar más que la creación de su Pablo de Géry, el único mozo honrado del libro, y de su familia Joyeuse, á propósito de la cual acabo de explicarme. Unos y otros hacen un papel desairado de verdad, y la novela hubiese ganado mucho en amplitud sin ese elemento convencional. Ya sé que á estas horas M. Daudet está convencido todavía de que ese elemento le ha atraído la simpatía de muchos lectores y protegido contra muchos ataques. Es, á mi juicio, una opinión equivocada. Posible es que algunos lectores sensibles no puedan pasarse sin la familia Joyeuse; pero á la gran mayoría, dése ó no cuenta de ello, la domina el mayor ó menor poder de las obras, y ese poder es el que acaba por imponerlas á la multitud. Hay que segregar, pues, sin compasión todo lo que quita poder á una novela, así sean episodios agradables. Por eso condeno yo en todos sentidos la familia Joyeuse.

Hechas mis restricciones, ya no tengo más que admirar. M. Alfonso Daudet ha conquistado definitivamente con el *Nabab* un alto puesto de novelista. Á pesar de sus grandes éxitos de *Fromont menor* y *Risler mayor* y de *Jack*, muchas gentes le negaban fuerza todavía. Le reconocían todo linaje de cualidades encantadoras, un arte inimitable de contar las cosas pequeñas; pero se obstinaban en ver en él un poeta, que se perjudicaba no encerrándose en cuadros más estrechos. Hoy nadie se atrevería á recluirlo en sus cuentos. Ha probado que tenía mano bastante poderosa para mover multitudes de personajes y distribuir las grandes masas de pormenores. En fin: se ha ratificado como un analista que no teme ahondar cuanto

sea preciso en la naturaleza humana para verlo y decirlo todo. Así, su perfil de Morny sobrevivirá, y se buscará siempre su libro para encontrar en él el genuino sabor de la sociedad del segundo Imperio en el momento de descomponerse.

Lo he alabado ya por no haber inventado un drama á guisa de armazón de su obra. Se ha contentado con tomar vastos cuadros, uniéndolos mediante la acción estrictamente precisa. Es un sacrificio de interés para el público, que no se le agradecerá bastante. Arriesgaba una jugada comprometida, porque sacaba á sus lectores del terreno habitual. Gracias á que el asunto lo llevaba y á que él lo había vivido bastante, para animarlo con una llama extraordinaria de vida. La vida : he ahí donde reside hoy la emoción poderosa. ¿Cómo explicar que ese *Nabab*, sin intriga, sin ninguna de las ficciones manoseadas que seducen de ordinario al público, logre un éxito tan grande como las antiguas novelas de aventuras de Dumas, padre? Noe cab más que una respuesta: que se ha operado una revolución, que ahora se apoderan del alma de los lectores las obras vivas. La gente ha llegado á apasionarse por esos libros, que no son más que sumarias. Y ha obrado ese milagro el talento de algunos escritores que han sabido traducir la vida con su misma palpitación en un estilo de imágenes deslumbradoras. El movimiento no ha hecho más que empezar ; no es posible prever hasta dónde puede ir.

He querido aprovechar el gran éxito del *Nabab* para apoyar estas ideas con un ejemplo. Evidentemente, la novela ha entrado entre nosotros en un período de triunfo que jamás había conocido, ni aun en tiempo de Balzac. Puede decirse que las dos grandes corrientes del siglo— la corriente de observación, que parte de Balzac, y la corriente de alta retórica, que parte de Hugo — se han unido, y que nuestros novelistas actuales se hallan en la confluencia, en el nacimiento de ese río único del naturalismo practicado por estilistas, que en adelante parece querer correr á oleadas. Lo novelesco ha vivido; empieza

la historia : quiero decir, ese cúmulo de documentos humanos que hoy día se aglomera en las obras de observación. Parecería increíble, por ejemplo, la enorme cantidad de hechos, de observaciones y documentos de todas clases, el desbordamiento de vida que hay en el *Nabab*. Léase la obra con este pensamiento, y todo el mundo se quedará maravillado del carácter de universalidad que ha dado nuestra época á la novela. La novela ha venido á ser hoy el instrumento del siglo, la gran información sobre el hombre y la naturaleza.

EMILIO ZOLA.

EN EL JARDÍN

—
POESÍA TRADUCIDA POR TEODORO LLORENTE.

Las cinco. Salto del lecho
Y al jardín salgo en seguida.
¡Oh soledad! ¡Oh silencio!
¡Dulce Edén de breves dichas!
Fresco, sereno, radiante,
Amanece el nuevo día.
Aún no abrieron las ventanas
Madrugadoras vecinas;
Y los primeros destellos
Del sol, con ardientes chispas,
El follaje humedecido
De carmín y de oro pintan.
¡Todo es delicioso y puro!
Embelesado, la vista
Clavo en una tierna rosa
Ingenua y provocativa,
Que sus labios purpurinos
Recién abiertos me brinda.
Del fondo de su corola,
Cual ave que en ella anida,
Vuela, cuando me aproximo,
Una fragancia exquisita.
Confuso ante aquesta ofrenda
De virginales primicias,
Juzgo mi modesto celo
Pagado con demasía,
Y sonrojándome exclamo:
—«Perdone usted, señorita».

ERNESTO D'HERVILLY.

Sección Española.

CONGRESO INTERNACIONAL

PARA EL ESTUDIO DE LAS CUESTIONES RELATIVAS AL PATRONATO DE LOS RECLUSOS Y PROTECCIÓN DE LOS NIÑOS MORALMENTE ABANDONADOS. — AMBERES, 1890.

CUESTIONES SOMETIDAS AL CONGRESO

SECCIÓN PRIMERA.

Protección de la infancia.

Primera cuestión.—Con qué régimen puede asegurarse mejor el desarrollo físico, intelectual y moral de los niños, que por diferentes conceptos deben ponerse bajo la tutela de la autoridad pública, y especialmente

De los niños delincuentes, ó autores de un hecho que la ley califica de delito.

De los niños vagabundos.

De los niños moralmente abandonados.

Segunda cuestión.—El sistema de agregarlos á una familia, ¿ofrece ventajas para los niños?

¿Cómo debe organizarse este sistema?

Tercera cuestión.—¿En qué casos debe privarse á los padres de la patria potestad?

Cuando así se determine, ¿qué regla se dará para la guarda del niño?

Cuarta cuestión.—¿Qué reglas deben seguirse para la reclusión de los niños por corrección paterna?

Resoluciones que han recaído.

1.^a En principio, y si la situación del niño lo consiente, el mejor sistema es agregar á los expósitos abandonados ó huérfanos á una familia, si puede ser, en el campo.

2.^a Se entiende por *niños moralmente abandonados*, los que á consecuencia de dolencias, negligencia, vicios de sus padres, ú otras causas, se hallan sin apoyo y privados de educación.

3.^a Antes de hacerse cargo de los niños moralmente abandonados, y como regla general, se procederá á una investigación respecto á la conducta y carácter del niño, situación y moralidad de sus padres; y si es posible, se le someterá por algún tiempo á observación y estudio especial.

4.^a Los medios de educación que deben aplicarse á los niños moralmente abandonados, según su edad cuando se los admite, y sus circunstancias, son :

Agregarlos á una familia, con preferencia en el campo, que entren en un establecimiento de enseñanza, de internos ó á media pensión.

Colocarlos uno á uno ó por grupos.

Agregarlos á una familia es en principio el sistema reconocido como mejor.

5.^a La comprobación de discernimiento conforme á

las legislaciones positivas, en caso de procedimiento contra niños menores de diez y seis años, no puede servir de base legal para clasificarlos; esta clasificación debe hacerse por la Administración.

6.^a El Congreso opina que debe privarse de la patria potestad á los padres ó ascendientes condenados por crímenes ó delitos que puedan comprometer la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

La privación de la patria potestad será obligatoria ó facultativa, según la naturaleza ó la gravedad de los crímenes ó delitos, y podrá pronunciarse también contra los padres y ascendientes notoriamente viciosos, y que con su embriaguez habitual, malos tratamientos y abusos de autoridad, pueden comprometer la moralidad, la seguridad ó la salud del niño.

7.^a Los hijos privados de la patria potestad estarán bajo la tutela de la autoridad pública, siempre que los tribunales no dispongan otra cosa.

8.^a Es de desear que la privación de la patria potestad no se pronuncie *nunca* de un modo absoluto, definitivo é irrevocable, sino que *en todos los casos* el que ha sido objeto de ella pueda ser rehabilitado jurídicamente, y volver al ejercicio de los derechos indispensables para cumplir, respecto á sus hijos, el deber de educarlos que le impone la naturaleza y la ley.

9.^a Debe suprimirse la prisión con carácter de corrección paternal.

10. La reclusión del niño, por vía de corrección paternal, no puede mandarse más que por el juez, que tiene siempre el derecho de disponer que cese.

Los niños reclusos quedarán bajo la tutela de la autoridad pública.

SEGUNDA SECCIÓN.

Patronato de los reclusos y libertos.

Primera cuestión.—¿Cuál es el mejor sistema para el patronato de los reclusos y libertos?

Segunda cuestión.—¿La institución de los asilos provisionales debe recomendarse?

¿Cómo se deberían organizar?

Tercera cuestión.—¿La vigilancia especial de la policía puede conciliarse con la obra del patronato?

¿Puede reemplazarse la vigilancia de la policía? ¿Cómo?

Si debe conservarse, ¿cómo se ha de organizar?

Resoluciones que han recaído.

1.^a El patronato de los libertos es el complemento indispensable de todo sistema penitenciario normal.

2.^a Debe adaptarse á la forma que esté más en armonía con las tradiciones, las costumbres y la legislación de cada país.

Sin proscribir ninguna el Congreso, considera que, para producir todos sus efectos, el patronato debe ser obra de la iniciativa privada, estimulada y sostenida con el apoyo moral de los Gobiernos, y, en caso necesario, auxiliada con fondos del tesoro público.

3.^a El Congreso desea que se creen asociaciones de patronato dondequiera que haya una penitenciaría, y que se organicen de modo que permita proteger á los libertos dondequiera que vayan.

4.^a El Congreso desea que formen parte del personal personas de todas clases y condiciones, asegurándose, no

sólo de la cooperación de los directores de las industrias, sino también de los contramaestres y obreros ó gremios.

5.^a Recomienda que se enlacen entre sí las instituciones de todos los países por medio de una organización central, de modo que, conservando cada una su carácter propio y su autonomía, multiplique sus medios de acción con la comunicación de ideas, el conocimiento de los hechos y la combinación de los esfuerzos.

6.^a Es, además, de desear que se establezcan relaciones entre las instituciones del país para favorecer la acción común en los términos expresados en el reciente Congreso de San Petersburgo.

7.^a El patronato debe prepararse antes de la libertad. Con este objeto se visitarán las prisiones por miembros de las sociedades autorizadas por el Gobierno, que respetarán los reglamentos y no usurparán así atribuciones que corresponden al servicio penitenciario.

8.^a El patronato consiste ante todo en proporcionar trabajo, y, si es posible, organizarle.

La reconciliación con las familias ó los antiguos patronos, la vuelta á la patria ó la expatriación, y, para los jóvenes, el aprendizaje de un oficio ó el servicio militar, se recomiendan igualmente, según las circunstancias y usos de diferentes países.

9.^a Los socorros en dinero no deben darse sino por excepción, para una necesidad determinada y más bien en calidad de préstamo.

10. El patronato, en cuanto sea posible, debe extender su protección á la familia que depende del recluso ó del liberto.

11. Convendrá que el peculio del liberto se confíe á sociedades de patronato, para que se lo vayan dando poco á poco y según sus necesidades.

12. El Congreso considera, conforme á lo expresado por el Congreso de San Petersburgo, como una dificultad real para el patronato, como un obstáculo para volver al trabajo el liberto, y por consiguiente como una causa fatal de reincidencia, el divulgar fácilmente entre los particulares los datos del casillero judicial, ó los que tenga la policía.

13. Los refugios ó asilos cuyo objeto es recoger, precisamente en calidad de provisionales, á los libertos sin recursos, y darles trabajo si no le hallan fuera, son un medio de acción necesario para las sociedades que tienen que auxiliar á gran número de patrocinados.

La división de los libertos en grupos poco numerosos debe recomendarse dondequiera que pueda establecerse sin grandes gastos.

Los principios esenciales para la organización de estos asilos son: la libertad de entrar y salir de ellos; un reglamento que fije la duración de la permanencia y los motivos de prolongarla; un régimen sencillo, una disciplina en armonía con el fin moral que se intenta, y el crear medios de procurar trabajo á los refugiados.

14. La vigilancia de la policía es un grave obstáculo para la obra del patronato.

En el estado presente de la legislación penal, sería de desear que el individuo sujeto á la vigilancia especial de la policía quedara exento de ella en tanto que estuviese bajo la protección del patronato, ya hubiera sido indultado ó estuviera con libertad condicional.

TERCERA SECCIÓN.

Mendicidad y vagancia.

Primera cuestión.—¿Cuáles son los medios preventivos que deben emplearse contra la mendicidad y la vagancia?

Segunda cuestión.—Bajo este punto de vista, qué relaciones deben establecerse entre las instituciones benéficas y el patronato.

Resoluciones adoptadas.

- 1.^a a) Todo individuo que resulte absolutamente imposibilitado para ganarse la vida, tiene derecho á la asistencia pública, y no puede ser considerado como mendigo y vagabundo, ni incurrir en este concepto en pena alguna.
- b) La beneficencia pública debe acoger y auxiliar á los convalecientes, hasta que hayan adquirido la fuerza necesaria para ejercer su oficio ó profesión.
- c) Los establecimientos y asociaciones de beneficencia pública y privada deben completar su obra procurando trabajo á los indigentes que socorren, y mientras lo hallan, dedicándolos á alguna labor que cubra una parte de los gastos que originan.

Se invita á la administración de las poblaciones á emplear en lo posible los socorridos en los servicios públicos.

- d) Los establecimientos y asociaciones benéficas deben favorecer la vuelta á la patria de

los extranjeros, y al campo, cuando de él proceden, á los indigentes de las grandes ciudades.

2.^a Como remedio á la vagancia y á la mendicidad, conviene generalizar las instituciones de previsión y asistencia, no solamente de orden privado, sino también de carácter público, como cajas de seguros, ó establecimientos para los inválidos del trabajo, etc.

3.^a Una vez que un sujeto sea calificado de vagabundo reincidente, según las leyes de su país, debe permanecer todo el tiempo posible bajo la tutela del Estado, sometido á un régimen más severo, y la autoridad podrá concederle la libertad condicional.

4.^a Conviene, para contener los progresos de la vagancia y de la mendicidad, estimular la organización de instituciones, y promover medidas legislativas propias para combatir el alcoholismo.

Aspiración general.

El Congreso hace votos por que los poderes públicos favorezcan en tan grande escala como les sea posible la acción de la iniciativa individual en favor de todas las obras benéficas.

Tales son las cuestiones propuestas y las resoluciones adoptadas por el Congreso internacional de Amberes.

Los Congresos internacionales que nacieron ayer, pueden llamarse hoy una institución, no consignada en ninguna ley de esas que se escriben y muchas veces no se

cumplen ó se atropellan, sino sentida y pensada según las aspiraciones y necesidades intelectuales y afectivas del mundo civilizado. Caerán imperios ; se transformarán las instituciones políticas ; los formidables aparatos homicidas inmolarán víctimas sin cuento ; se luchará por una provincia, por una idea, por lo justo, por lo imposible ; pero después del fragor, y del estrago, y de la horrenda carnicería, vencedores y vencidos enviarán sus representantes á los Congresos internacionales, donde unirán sus votos los que cruzaban sus armas ; donde no hay naciones de primero y segundo orden, sino razones atendibles ó no, ni más categorías que las intelectuales y afectivas, donde tiene entrada el pensador oscuro del último rincón de la tierra que ofrece el concurso de su inteligencia y de su buena voluntad.

¿Qué hay en estas reuniones que así las vivifica, que las ha hecho, las hace, las hará invulnerables á los odios que envenenan y á las luchas que desgarran? ¿Qué talismán poseen para ser consideradas y agasajadas con especial benevolencia por los reyes constitucionales, por los déspotas y por los magistrados de las repúblicas? Es que allí está lo universal, lo humano, ante lo cual se sienten pequeños, razónenlo ó no, los que no son más que una parte, y acaso no la mejor, de la humanidad ; allí está la verdad, que quiere convertirse en justicia ; el sentimiento que inspira ese amor, para el que no hay fronteras ni extranjeros, y quién sabe si hay allí también invisibles y potentes gérmenes del porvenir, y si aquellos hombres venidos de toda la tierra son los precursores del gran jurado universal que resolverá, conforme á derecho, las cuestiones que son ventiladas hoy á cañonazos. Aun los que consideren esto como un sueño, tienen que reconocer la realidad de que no hay cuestión importante que

:

directa ó indirectamente no sea tratada en asambleas internacionales. En la reunida en Stockolmo hace pocos meses, decía J. Stuart : «Creo que los principales miembros de la *Federación* convendrán conmigo en que ninguna gran cuestión moral ó social puede tratarse bien por una Nación aislada, y que, para resolverla con prudencia, en justicia, y de un modo durable, debe tratarse como cuestión europea y aun como asunto que interesa al mundo entero (¹).»

En algunas de estas asambleas no se excluye á las mujeres, antes se las invita y considera ; otro indicio de que hay en tales reuniones poderosos gérmenes del porvenir.

La mayor importancia, aunque no la más ostensible de estos Congresos, es la de ser universales ; tienen después la de ilustrar la cuestión concreta que se proponen discutir, y, por último, ser estímulo, ilustrar y animar (cuando se trata de ciencias sociales) al pueblo en que se reúnen, ya por el deseo de parecer culto y humano, ya por la influencia vivificadora que recibe de los representantes de la humanidad.

El Congreso de Amberes, como todos los internacionales, tiene estas tres fases ; pero la última está más determinada que en otro alguno. En el preámbulo del decreto que la convoca se dice : «Durante mucho tiempo, la obra del patronato de los libertos no ha prosperado en Bélgica.... Naciones vecinas han obtenido, en este orden de ideas, triunfos propios para animar nuestros esfuerzos naciescentes.... ; el comité de Amberes ha tenido la idea de hacer un llamamiento á las inteligencias y á las abnegaciones de todo el mundo, convocando en el suelo belga un Congreso internacional, en que todas las cuestiones

¹ Conferencia internacional de Stockolmo de la *Federación Británica Continental y General* contra la reglamentación oficial de la prostitución.

teóricas y prácticas relativas á las obras de patronato puedan discutirse y resolverse.

»Este pensamiento ha obtenido desde luego importantes adhesiones; responde á la necesidad que sentimos en Bélgica de animar nuestras tentativas, con el ejemplo y la autoridad de los hombres eminentes que ha mucho tiempo se consagran á los estudios sociales, ejerciendo la más benéfica influencia en las instituciones caritativas y penitenciarias. Los trabajos del Congreso nos pondrán de manifiesto la experiencia que otros tienen y nos falta.

»Entre los comités de patronato belgas, el de Amberes ha emprendido su obra con una abnegación, una actividad y un éxito.... que desde luego le han dado el primer lugar: la elección de Amberes, como punto de reunión del Congreso, se justifica, casi se impone.»

Como se ve, la tercera fase, que puede considerarse en los Congresos internacionales, se percibe mejor en el de Amberes, determinándola aún más algunas circunstancias de sus sesiones. Asistía á ellos el ministro de Gracia y Justicia, que siguió con gran interés la discusión, y parecía resuelto á tener en cuenta las resoluciones que se adoptasen al proponer á la Cámara un proyecto de ley relativo á las cuestiones que se discutían. Al tratarse la de la patria potestad, la sección hizo suyo el proyecto de ley presentado por el Ministro á la Cámara. Aquí debe notarse, no sólo el auxilio intelectual y moral que respecto á asuntos graves pide un pueblo á los demás pueblos, sino también un principio de cooperación mutua, inmediata, y de inteligencia práctica entre los pensadores y los legisladores y hombres de gobierno: el Ministro se inspira en el parecer del Congreso; una sección del Congreso hace suyo un proyecto de ley del Ministro.

Este hecho (sin precedente, que sepamos, en una Asamblea de esta índole) es, si no lo más notado, lo más notable de la reunión de Amberes. Á la larga, ya se sabe que estas manifestaciones repetidas de lo que piensan y sienten todos los pueblos han de influir en las determinaciones de cada uno; pero el hecho á que nos referimos revela la eficacia de esa influencia, y hace esperar como más próxima la armonía entre la teoría y la práctica, ó, para hablar con más propiedad, el convencimiento de que no son cosas diferentes cuando á la razón se ajustan.

Hay otra circunstancia digna de mencionarse: el rey de Bélgica convoca el Congreso internacional, no para la capital del reino, donde están los legisladores, el monarca, los altos funcionarios, el gobierno, los grandes dignatarios, etc., sino para la ciudad donde hombres caritativos, enérgicos y perseverantes emprendieron con éxito la ardua empresa de sacar del abismo penal á los que han caído en él. Convendrá que estos ejemplos se repitan y se sigan, y que las *Capitales* para las grandes cuestiones estén donde puedan tratarse mejor y con más resultado, marcadas por la ciencia y la caridad, no designadas por la política, que para todo quiere convertirse en cabeza, y suele presentar cerebros monstruosos por su tamaño y enfermizos por sus elementos y estructura.

Debe notarse también que en el Congreso de Amberes, habiendo sido convocado para *el estudio de las cuestiones relativas al patronato de los reclusos y á la protección de los niños moralmente abandonados*, se forma una sección para tratar de la mendicidad y la vagancia, y en ella se opina que los inválidos tienen derecho á la asistencia pública, y que deben generalizarse las instituciones de previsión y asistencia, no solamente de orden

privado, sino también de carácter *público*, como cajas de seguros ó establecimientos para los inválidos del trabajo. Es decir, que dondequiera que hay una reunión universal de hombres pensadores y benéficos, repercuten los latidos de la humanidad, y hallan patronos los que tienen hambre de pan y sed de justicia.

Estas resoluciones parecerán contaminadas de socialismo á los que no están dispuestos á conceder derechos que no se armonicen con sus ideas y sus intereses. Y les preguntaremos: ¿qué se hace con los inválidos indigentes? ¿Matarlos? Suponemos que la respuesta será negativa. Y si no se matan, ¿cuál será mejor? ¿Mantenerlos mendigos, andrajosos, degradados, corrompidos y corruptores, hambrientos unos días, ahitos y embriagados otros, ó sustentarlos ordenada y decorosamente, haciéndoles comprender que su derecho á la vida implica el deber de arreglarla á razón y justicia, y de trabajar según sus fuerzas, porque hay pocos absolutamente inválidos? Parece claro que la segunda solución es la mejor y la *más barata*, si no para tal cuál individuo que no da limosna ni quiere pagar unos céntimos más de contribución, para la sociedad.

Lo que erróneamente se calificaba de socialismo se va llamando justicia; y se lo llaman, no los obreros anarquistas influidos por odios seculares y agudos dolores, sino las personas principales que acuden de todas las Naciones convocadas por los reyes para Congresos en que los Gobiernos están representados. Lo que hace años llamábamos la Internacional de *arriba* y la Internacional de *abajo* (1), es decir, las asambleas internacionales para discutir en la esfera serena de la razón los grandes pro-

(1) *Ensayo sobre el Derecho de gentes.*

blemas de la humanidad, y las que, al tratar estos problemas, se hallaban perturbadas por rencores, hijos del dolor, por errores, consecuencia de la ignorancia, estas internacionales que parecían separadas por un abismo, se van acercando: la una ha depuesto muchos odios y limitado muchas aspiraciones, la otra concede más y no escucha los oráculos del egoísmo.

Respecto á su importancia internacional, el Congreso de Amberes ha tenido que luchar con dos inconvenientes graves: la proximidad del de San Petersburgo, y el poco tiempo que ha mediado entre la convocatoria y la apertura. Los que habían acudido á la capital de Rusia, de España y de Turquía, de los Estados Unidos, de América y del Japón, no era probable que, apenas llegados á su país, emprendieran un viaje á Bélgica: á pesar de este grave inconveniente, y en prueba del poder de vida y de atracción que tienen esas asambleas universales, puede citarse el hecho de ciento doce adhesiones de extranjeros, la mayor parte presentes en la de Amberes. No tenemos aún conocimiento (1) de las discusiones ni de los trabajos escritos, que son el *nervio* de los Congresos internacionales, porque es lo *más pensado* y lo que *queda*.

Las conclusiones, en general, aceptables muchas, recomendables en conjunto, se inspiran en las ideas y sentimientos de las personas que son autoridad en los asuntos á que se refieren. En alguna, como la relativa á Asilos para libertos, difiere del Congreso de Roma el de Amberes, y á nuestro parecer, la razón está de parte de este último. Estas divergencias no deben redundar en descrédito de los Congresos internacionales, y consisten, no en que no sean capaces de dar grandes frutos,

(1) Esto se escribía en Octubre del año pasado.

sino en que á veces quieren recogerse antes de que estén sazonados, y se nota como cierta impaciencia de dar por resueltas cuestiones que no lo están, y en algunos casos se hacen transacciones que en la práctica se comprenden, pero que razonablemente no nos explicamos en teoría. Tal vez fuera mejor, en vez de resoluciones, resultado á veces de conciliadores términos medios, publicar las cuestiones, según se votaron en pro y en contra, con los nombres de los votantes. Debe tenerse presente que las mayorías *acaban*, pero no *empiezan* por tener razón.

CONCEPCIÓN ARENAL.

JOSÉ VALERO



Sr. Director de LA ESPAÑA MODERNA.

MUY señor mío y de mi consideración: Invitado por V. en los últimos días del año de 1890 á colaborar en esta Revista, acepté sin vacilar y sin imponer condición alguna, dándome por muy honrado en que en sus números del 1891 aparecieran impresos mis ya maduros y casi pasados versos, y mi ya no muy bien pergeñada prosa al lado de los trabajos literarios de Castelar, Valera, Menéndez y Pelayo, y otros, á quienes estoy acostumbrado á admirar ó á respetar, y de quienes siempre que leo escritos tengo en ellos algo que aprender.

Pero no fué esto decirle á V. que me sometía tan completamente á la voluntad de la dirección de esta Revista, que aceptara de antemano, y asimismo sin condición ni vacilación alguna, la imposición absoluta de los asuntos de mis artículos; que es lo que con asombro veo anunciado en la nota puesta á la introducción de mi cuento *Averigua quién te dió*, publicado en la pág. 120 del número del corriente Enero.

¿Por dónde le ha podido venir á V. la idea de que yo me considerara capaz de apechar con una serie de sem-

blanzas de personajes, tales como los que en la citada nota se señalan? ¡Pues á fe que son el puñado de las tres moscas las tales damas y los caballeros tales!

La emperatriz Eugenia, con quien no he tenido ocasión de hablar más que una vez, á pesar de la famosa serenata que por encargo ajeno la dirigí en París cuando se casó, y de cuya señora no sé todavía qué opinión ni en qué estima tiene mi morisca cantilena.

La señora (puesto que lo era) Fernán Caballero, cuyos libros leía con fruición en Méjico, pero con quien nunca llegué á encontrarme sobre la tierra.

La Gertrudis Avellaneda, alma macho metida por Dios en un cuerpo hembra: Él sabría cómo y porqué, pero de cuya unión y marcha por el camino del viaje de la vida no me ha ocurrido pedir ni darme razón.

Larra, á cuya sepultura me guardaré bien de asomarme segunda vez; puesto que de su sombrío ataúd arranca el enigma de mi inútil vida, de mi inconcebible fama y de mi inverosímil coronación, *et sic de cæteris*.

Es verdad que V. me propuso el trabajo de estas semblanzas; pero también lo es que me negué rotundamente á aceptarle. Algo podría decir, v. gr., del duque de Rivas, cuando era para mí Ángel de Saavedra, y alegre, decidor, franco, leal y cariñoso compañero y hermano en Apolo para los que le estimábamos en lo mucho que valía; de García Gutiérrez, con quien solía yo andar á solas días enteros por solitarios y extraviados sitios, y por hosterías y merenderos, á los cuales no hubieran sabido ir á buscarnos nuestros más amigos y allegados; pero todo esto, que sería tal vez muy curioso, muy característico y muy singularmente á propósito para individualizar, perfilar y miniar sus semblanzas, serían sólo por menores filigranados de la vida privada, que, además de

no añadir una chispa de luz á sus figuras luminosas , me expondría á vulgarizarlos, á oscurecer ó amenguar la grande silueta que trazan ya en el todavía un poco revuelto cuadro de la historia de nuestra revolución literaria y política del segundo tercio de nuestra centuria.

Conste, pues, que yo no me supe explicar ó V. no me supo comprender, ó se ha arriesgado V. demasiado al fiarse en que la nota en cuestión concluiría por comprometerme á aceptar la carga y á emprender el trabajo de las anunciadas semblanzas ; demasiado pesada aquélla para mis viejos hombros, y evidentemente incompatible ésta con mis antecedentes literarios. No podrán, por consiguiente, los lectores de LA ESPAÑA MODERNA encontrar en sus páginas mis por V. imaginadas y prometidas semblanzas ; porque ni yo soy hombre de dar grandes lanzadas á moros muertos, como hoy veo que hacen algunos , ni de echármelas de dómine corrector, convirtiéndome en rata roedora de los zancajos de los que han ido delante de mí y supieron más que yo : como veo que hacen hoy algunos que se titulan críticos y filósofos. Yo no tengo, á Dios gracias, ni vanidad, ni envidia ; ni me he sentido nunca con pujos de maestro, ni me ha empequeñecido jamás la pesadumbre del bien ajeno. Conque quedamos en que no habrá semblanzas, por considerarme yo muy poco hombre para aplicar mis juicios ni levantar figuras á nadie.

Recuerdos leves, datos efímeros y poco trascendentales sobre personas y cosas por mí conocidas y presenciadas, sí que me atreveré á consignar en mis artículos: bocetos borrosos sin aspiraciones á cuadros bien estudiados y á conciencia concluidos, y sin meterme en críticas ni filosofías de naturalista modernismo ; que ya á muchos aburren y á nadie enseñan, y que barrunto que ya co-

mienzan á trascender desde muy lejos á pedantería pretenciosa de enmarañada metafísica, y á palabrería de ciencia tan indigesta como mal digerida por los que ya alardean de profesores en ella. Estas mis superficiales memorias y deshilvanadas narraciones no pasarán, pues, de recuerdos de viejo que se complace, como todos los viejos, en volver alguna vez sus ojos al oriente juvenil de la candidez y de las esperanzas, desde el occidente de la experiencia y de los desengaños ; porque por más que los filósofos del realismo nieguen hoy hasta el sentido común á la poesía, alcanza á veces ésta y encierra en veinte versos más filosofía que ciento de las enrevesadas y laberínticas conferencias en que se empeñan en explicarnos sus tan inexplicables como incomprensibles filosofías ; porque

Nuestra memoria es un mar
Que á sus playas solitarias,
En sus olas siempre varias
Trae las mismas sin cesar.
Los viejos se tornan niños,
Su memoria hácia atrás vuela,
Y el ayer se les revela
Entre luz, oro y armiños:
Y á los viejos nos consuela
Ver el arcón do en escriños
Guardaba el pan nuestra abuela ;
Pasar por la callejuela
Por do á rastra ó con cariños
Nos llevaron á la escuela,
Y vagar por la plazuela
Donde los primeros guiños
Hicimos á una chicuela,
Aún impúberos lampiños.
Es una segunda vida
Reflejo de la pasada ;

De la cual no queda nada,
 De la cual nada se olvida.
 Mutua compenetración
 De niñez y senectud,
 Es lampo de juventud
 Que nos alumbró el panteón;
 Es la fiel reproducción
 Del panorama vital,
 Donde á la luz celestial
 De la antorcha de la fe,
 Toda la vida se ve
 De una ojeada final.

Por las razones algo filosóficas de esta poesía, y para probar á V., Sr. Director de LA ESPAÑA MODERNA, mi buena voluntad y deseo de complacerle, asimilando este artículo á las por V. anunciadas y por mí rechazadas semblanzas, en él va una lejana reminiscencia de Valero, fallecido ha pocos días en Barcelona. Él ha ignorado siempre que yo le conocía y le estimaba tan de tiempo atrás, y que su imagen ha vivido mezclada en mi imaginación con las más halagüeñas de mi adolescencia; conservándola yo en ella desde la noche de su presentación en el teatro del Príncipe con el papel de Don Agapito en la *Marcela* de Bretón. ¡Friolera si ha llovido desde entonces! Y á consecuencia de tan dilatado trascurso de tiempo, me veo aquí forzado á dar á V. algunos pormenores retrospectivos, para fijar la época y abrir la escena de este recuerdo del tiempo viejo que voy á evocar.

II.

Mientras por los años del 1826 al 31 fundaban el Parnasillo D. Juan Bautista Arriaza, Gil y Zárate, Carnerero, Serafín Calderón, Bretón, Grimaldi y otros que se

atrevían á pensar y entender en literatura y artes en los últimos años del reinado del iliterato Fernando VII, en aquel bodegón con rótulo de café, que hoy es contaduría del Teatro Español ; y mientras fermentaban los gérmenes de la triple revolución política , literaria y artística que debían de estallar el 33 á la muerte de aquel mal aconsejado monarca, cambiando completamente la faz de nuestra revuelta España, crecía yo encerrado en el Real Seminario de Nobles, restablecido, instalado y dirigido por los Jesuítas, en el edificio varias veces incendiado que es hoy Hospital militar. Allí estudiaba yo á revientacinchas el griego, las matemáticas, el dibujo, la música, y otras asignaturas, que, como mal aprendidas, para poco me sirvieron, y la retórica, la poética y las humanidades, que me sirvieron después para meter mucho ruido y llenar muchos libros de desatinos en verso, que me dieron tanta fama como lucro á los que me los dieron viento. Era yo un chicuelo flacucho y enclenque, con tan poca fuerza en los brazos como ánimo en el corazón, y un aire, que cogí al salir sudando de la sala de esgrima, me produjo primero unos dolores lumbales que me tuvieron bismado muchas semanas, después una otorrea acompañada de anginas, y, por fin, una pertinaz oftalmía que obligó á mi padre á sacarme del Seminario para curarme en casa ; teniendo que andar varios meses con una visera verde, que debía darme, sin duda, cierta fantástica analogía con los quinqués de barra y los velones de bronce.

Era mi padre por entonces Alcalde de casa y corte y Superintendente general de policía, por cuyo cargo habitaba el piso bajo del palacio que hoy es de los duques de Santoña, en cuyo principal tenía las oficinas de la Superintendencia. La inmediación de nuestra morada al tea-

tro del Príncipe, la circunstancia de no tener hijos ninguno de los magistrados que componían la sala de alcaldes, á que mi padre pertenecía, y la de estar á éstos encomendada la presidencia de los teatros, hizo que mi padre me enviara todas las noches al palco del magistrado que presidía; y todos sus compañeros aceptaron la presencia de aquel chico callado é inmóvil, que, acodado en la esquina del antepecho del palco-presidencial, no chistaba en toda la noche, atento siempre á la representación, ocultando sus pitarrosos ojuelos bajo la visera-pantalla con que por prescripción absoluta facultativa los conservaba resguardados.

Y he aquí el origen de mi afición al teatro y la razón de poder hoy hablar de representantes, actores y obras presentadas estrenadas en el del Príncipe, nueve, diez y más años antes de mi aparición en el mundo literario en 1837.

D. Juan Grimaldi, de raza italiana, de nacionalidad francesa y naturalizado español, hombre de perspicacia y talento privilegiados y de *savoir-faire*, oportunísimo en los negocios, se había ingerido entre los fundadores del Parnasillo, y ganado de todos la voluntad, concluyó por imponerse á todos y apoderarse del teatro que se propuso regenerar.—Entre sus viejos bastidores se encontró con Guzmán, Latorre, Luna, Caprara, Silvostrí, Azcona, Fabiani, la Martín, la Llorente y la Concha Rodríguez, con quien más tarde se casó; actores todos que, encastillados en las tradiciones de la vieja escuela de Maiquez y de la Rita Luna, formaban un núcleo de compañía, de la cual vió al vuelo Grimaldi el partido que podían sacar una inteligencia y una voluntad de hierro como las suyas.—Tradujo y ensayó *La Huérfana de Bruselas*, *Roberto Dillón* y *El Jugador*, y otros espe-

luznadores dramas de aquel entonces, en cuya representación obligó á Carlos Latorre, como quien doma á un león, á deponer el coturno de la tragedia de *Edipo, Fingal*, etc., de cuyo clásico carácter no había querido salir. Grimaldi, en el otoño del 28, dió con el filón de *La pata de cabra*; cuyos pingües rendimientos le permitieron empezar á presentar, primero con más decoro y al fin con lujo, *La Conjuración de Venecia, El Marino Faliero* y los otros dramas que sirvieron de puente para pasar de aquella escuela de Casimir-Delavigne, todavía un tanto respetuosa con el clasicismo académico á la atrevida, innovadora y revolucionaria de Dumas y de Víctor Hugo. Mientras Grimaldi la preparaba y realizaba esta evolución, educando y transformando para ella á sus actores, pasaron seis años; en ellos Bretón y Gil y Zárate habían representado algunos dramas y comedias, de los cuales no se preocupó mucho aquel público, no interesado aún en conocer á los autores de las comedias, que sólo iba á ver como mero pasatiempo; ni á los cómicos, á quienes tenía en poco en general la gente de aquella época: pero en el 1831 logró Bretón un éxito ruidosísimo con la *Marcela*, ensayada cuidadosamente por Grimaldi, que quería bien á Bretón, y en cuya comedia, y en el papel de D. Agapito, presentó por primera vez en el teatro de Madrid á Valero, que era un muchacho de veinte á veintiún años, que andaba por los teatros desde los siete, y que contribuyó más que nadie á la primera ovación de Bretón de los Herreros. Su *Marcela* contó por cientos las representaciones, y en ellas quedaron aceptados Bretón como el primer autor de comedias, y Valero como el cómico de más porvenir y de mayores esperanzas.

Bajo la empresa, administración y dirección de Grimaldi, y diciéndolo más gráficamente, *bajo su domina-*

ción, alcanzó el teatro sus mejores años, desventuradamente pocos: en ellos puso Grimaldi *Lucrecia Borgia*, *Margarita de Borgoña*, todos, en fin, los atrevidos engendros de la escuela romántica; y como había contribuido no poco á que María Cristina crease el Conservatorio, se propuso reforzar, inoculando la sangre joven en su compañía de actores ya algo machuchos, y sacó de él á Julián Romea, á Matilde, presentándoles en la escena, con otros cuyos nombres mi ya casi perdida memoria se resiste á recordar. Todos ellos en manos de Grimaldi fueron materia dúctil y legión obediente, que riñeron recias batallas por el arte teatral, y le elevaron en Madrid á la altura que ya iba exigiendo la cultura é ilustración que se infiltraba en nuestra educación y ensanchaba nuestros instintos, modificando nuestras costumbres. Pero Grimaldi, hartó sin duda del teatro y seguro de posición más digna con la protección de la reina Cristina, enamorado además de la Concha Rodríguez, abandonó el teatro, casándose con ella y privándonos de los dos más valiosos elementos del arte.

Emancipados los cómicos de la intransigente y sultánica, pero insustituible dirección de Grimaldi, cada cual aspiró á la supremacía artística y á sobreponerse ó á desprenderse de los demás. Julián había alcanzado con el *Glocester* de *Los Hijos de Eduardo* una ya preeminente posición: Carlos Latorre, profesor y maestro de Julián en el Conservatorio, gozaba de la categoría profesoral, y Valero, incapaz de refrenar su genial inquieto, y mal dispuesto á someter la conciencia de su valía y de su mérito individual á quien no fuera un genio superior é indiscutible, se lanzó audazmente y con el éxito más inesperado á abordar los papeles más excéntricos y arriesgados del nuevo repertorio; imponiéndose á viva fuerza

al público asombrado con el tremendo papel de Ricardo D'Arlington.

En vano aquel público, inconsciente todavía de su poder, intentó revelársele en una de sus últimas y más repugnantes escenas: Valero llevó hasta la más inadmisiblemente exageración su trabajo escénico; hasta que, espantados, dominados y avasallados los estupefactos espectadores, se postraron vencidos: Valero salió de aquella desesperada lucha vencedor engreído y resuelto á osar á todo, saltando todas las vallas que á sus atrevimientos se le opusieran, y abordando las representaciones de caracteres y personajes más excéntricos é inverosímiles, creaciones absurdas de los cerebros calenturientos de ingenios exaltados por el frenesí del epiléptico Romanticismo. Separado ya de Latorre y de Romea, y desbordándose en todos los excesos y arrebatos del genio, hizo la tragedia, el drama, la comedia y el sainete, alardeando en todos los géneros de sus facultades excepcionales, de sus inagotables recursos, y haciendo en todos maravillas de ejecución arrebatadoras, con un aplomo, con una constancia, con una tenacidad, que alucinaron y avasallaron á sus pies á todos los públicos de provincias, y al de Madrid cuando de ellas volvió triunfante al teatro de Novedades.—Yo no le vi en él.

El Valero de aquella temporada me es totalmente desconocido; yo me había expatriado voluntariamente huyendo de mí mismo el 47, y no volví hasta el 66; pero si solo, ó con empresas de un escaso capital, hizo lo que hizo, supongo é imagino fácilmente lo que haría, en las favorables circunstancias en que se halló colocado en Novedades, en *Baltasar*, *El Payaso* y en las demás obras características por él escogidas ó para él preparadas.

Yo le encontré en Sevilla en Abril del 42, y en Gra-

:

nada en Mayo del 46, y allí me hizo ver su repertorio de entonces; en el Luis XI estaba inimitable; Ligier, el actor francés para quien se escribió, le era inferior. Aquel rey viejo, suspicaz y supersticioso era por Valero caracterizado con una filigrana de pormenores en traje, movimientos, acción y fisonomía, y con una atención y cuidado tan sin distracción, que no dejaba distraerse un instante la atención del espectador; en *Los dos preceptores*, y en *Un viejo riendo y otro llorando*, hechos con Pepe Calvo (el padre de Rafael), no había medio de contenerse, era forzoso desternillarse de risa. Á mi vuelta de América le volví á hallar sumido noche y día en un teatro de segundo orden de Barcelona, con su misma adhesión al arte y el mismo entusiasmo, representando los mismos papeles en que había derrochado su colosal ingenio, su atlético vigor y su indomable osadía; vistiéndose y desnudándose con las ventanas abiertas, lavándose con agua fría tras el calor de la representación, y exhibiéndose como en *Baltasar* con el cuello, el pecho y los brazos completamente desnudos.

Valero fué un actor que no puede ser juzgado por reglas ni medido por compás; tuvo la ventaja de tener un carácter, una figura, una manera de ejecución, propios suyos; todo era en él peculiar é individual: excéntrico, exaltado, desordenado, falto de método, pero no de observación ni de estudio; en todos sus papeles había algo culminante, siquiera fuese disparatado; y en aquellos de verdadero galán, en *Don Alfonso el Casto*, en *Guzmán el Bueno*, y en otras obras del género que se llamó heroico, con el cual estaban en desacuerdo su fisonomía aborbonada, su cuello corto, su voz á veces insegura y falsa, y los desplantes á que le habían inclinado *La Carcajada* y otros dramas de su calibre, siempre se hacía

tolerar, escuchar, y en todos encontraba él una situación en que dominar y hacerse aplaudir.

Valero fué actor por naturaleza, por instinto, por vocación, por convicción y por necesidad; no pudo ser otra cosa, ni vivir en otra atmósfera que en la del teatro: necesitó su lucha diaria, su afán continuo, su perpetua exaltación y su incesante trabajo; pensó y vivió persuadido de ello, que el del teatro es un arte absolutamente convencional; y que estando todo en el teatro prevenido y previsto de antemano, desde la hora justa de abrir sus puertas y levantar su telón, y convenido y aceptado que la batería y los fanales son la luz del sol, que los bastidores son los muros de un palacio ó los tabiques de una casa, las bambalinas la bóveda del cielo ó de un edificio, y el traje, el calzado, la fisonomía y hasta la camisa del actor la de un rey de Francia ó de Aragón, ó del verdugo de Pekin, sobre aquel tablado que se supone embaldosado de mármol ó alfombrado de césped, dentro de aquellas prendas de vestuario y de aquella camisa, no cabe ni puede caber nunca un ser real, sino un actor; no una persona, sino un personaje, tan convencional é imaginario como todo lo que compone una representación teatral; y que en la única región del arte, en el único sitio del mundo en donde no cabe, y con quien jura, y con quien está en completa incompatibilidad el naturalismo, es en el teatro. Por eso fué Valero un grande artista, y no renegó jamás de las convicciones que la práctica de su arte le había inspirado.

¿Quién fué Valero? ¿Con qué carácter, con qué profesión se presentó en el mundo y cruzó por él desde la cuna al sepulcro? Con la de cómico; y no habiendo sido más, y habiéndose mantenido hasta la muerte fiel á su condición en el papel que le tocaba y se había obligado

á representar, cumplió como bueno, y valió tanto como César Augusto. Conque, ¡*plaudite, cives!*

Solos su confesor y Dios tienen derecho á juzgarle por su vida privada.

III.

Antes de emprender su último viaje á América, dió Valero unas cuantas representaciones en el teatro de Jovellanos para despedirse, probablemente con la esperanza de allegar unas pesetas para el viaje. Allí me asombró y me entristeció haciendo aún el *Luis XI* y *La Carcajada*.

En el segundo entreacto entré á verle : se vestía solo, no tenía fuego en su cuarto ; se vestía con tanta prisa y destreza como cuando tenía treinta años ; no quería hacer esperar el escaso público que tenía ; y yo le contemplaba, imaginándome ver, á través de su rostro arrugado, su casi desdentada boca y sus ojos casi despestañados, al D. Agapito de la *Marcela* del 1831, con su piel estirada, su boca desdeñosa y los vivarachos é inquietos ojos. Los míos se arrasaron con dos lágrimas, que me esforcé en vano en ocultarle ; y él me dijo, sin levantar los suyos de las calzas de seda que se estaba poniendo :

—No hagas caso, Pepe : tal es la vida.

Y añadió, tras una pausa que ambos necesitábamos para no llorar :

—Quiero despedirme con unos versos de los pocos morenos que me quedan fieles, y tú solo debes escribirme los.

—¿Esta noche?—le pregunté.

—No, mañana : tú no improvisas.

—Los tendrás.

Y le mandé al día siguiente unas quintillas, no buenas, pero sentidas; cuyo borrador siento no hallar, para concluir con ellas esta carta-artículo.

Al fin de la representación de la siguiente noche las dijo con apuntador; pero no pudo concluir las: las lágrimas sofocaron la voz en su garganta, mientras á mí me ahogaban las mías en el palco proscenio de la derecha. Volvió á mí sus nublados ojos, y yo le saludé con el pañuelo: me sonrió al retirarse; no me atreví á bajar á despedirme de él, y.... no nos volvimos á ver.

Y sin más, señor director de LA ESPAÑA MODERNA, queda de V. hasta el mes próximo, amigo y servidor,
q. b. s. m.,

JOSÉ ZORRILLA.

LA FILOSOFÍA ALEMANA

Y LA CULTURA FILOSOFICA MODERNA

CONSIDERACIÓN GENERAL.

No se designa, como pudiera creerse, con el nombre de Filosofía alemana, la historia de todos los pensadores de aquel país; sino el gigantesco desarrollo de la filosofía crítica y especulativa, que comienza á fines del siglo pasado con Kant y que comprende toda la evolución idealista de los más geniales sistemas filosóficos que pueda concebir el espíritu humano, para terminar á la hora presente en una situación general de las inteligencias, que, si parece á primera vista caótica, sirve, sin embargo, de base á todo pensamiento especulativo y á toda construcción científica. Cuna la filosofía alemana á fines del siglo pasado del pensamiento moderno, continúa aquel maravilloso desarrollo y florecimiento de la idea especulativa, siendo á la hora presente el germen fecundo del cual se nutre toda la cultura novísima.

Sea para aceptar sus conclusiones ó seguir sus cauces, bien sea para refutarla y afirmar el derecho á la existencia de su pensamiento, que invoca como título de su valor y cualidad la tradición, sea, finalmente, para rec-

tificarla y continuarla, siempre resulta hecho indudable que el pensamiento filosófico y la investigación científica no pueden prescindir de la filosofía alemana, que ha renovado los problemas ya puestos, que ha iniciado otros nuevos y que ha penetrado en las brumas del ser y de la vida con intentos, si siempre audaces, en ocasiones certeros.

Es digno de meditación el espectáculo que ofrece Alemania á fines del siglo pasado y comienzos del presente. Considerada desde el punto de vista político, la Alemania era una parodia de Estado. Después de la marcha victoriosa de Napoleón I, no quedaba vestigio de la antigua unión nacional, y la palabra «Alemania» se convertía en manzana de discordia para el Diccionario y para la Geografía. Á un pasado tan glorioso como lejano, y por lo mismo casi olvidado, «el del santo Imperio Romano-germánico» había sustituido un presente incierto y sombrío, en el cual irónicamente se preguntaba: ¿Dónde está el país de los alemanes?

En el fondo de este organismo social disperso germi- naba un gran movimiento intelectual, precursor de un poder político, que no tardó en consagrar la fuerza, cuyas obras, aunque á veces deleznable, persisten cuando sirven á fines más altos. No llamaba la atención de los poderosos este hervor de vida interior, porque coincidía con una decadencia siempre creciente del poder político. Y, sin embargo, preparaba aquella *ciudad ideal*, que en su tiempo soñaran Goethe y Schiller como base de la regeneración futura de la Nación alemana. El despertar del genio literario á mitad del siglo pasado, en lo que se llamó *Sturm und Drangperiode*, preparó el de la filosofía y comenzó por poner en tela de juicio las nociones tradicionales y las antiguas fórmulas escolásticas, creó nue-

vos sistemas y se dejó llevar por los excesos de la especulación idealista á audacias que apenas se conciben, á no considerarlas en el engrane sucesivo de la evolución lógica del pensamiento.

Al presente, en el momento que corre, el pensamiento filosófico y el científico, si necesitados de una reconstrucción ideal, se hallan dominados por una tendencia absorbente del empirismo, recogiendo hechos y organizándolos en series. Pero el desvío que filósofos y científicos muestran de la especulación no es capaz de borrar el abolengo glorioso, que deben á lo que ha sido y seguirá siendo el *pan espiritual* de todas las inteligencias, la filosofía alemana, de la cual han tomado (claro está que para confirmarlas y enriquecerlas) las teorías modernas, la de la posición crítica del pensamiento, la de la evolución (que es el devenir hegeliano), la del transformismo (que es la fuerza ó energía dinámica de la idea) y tantas otras. Tiene, pues, un interés de actualidad el estudio del desarrollo de la filosofía alemana y la consideración del lastre y sedimento que, como materia laborable, ha dejado esta filosofía en la cultura novísima, toda ella influida, aun en nuestra patria, por la especulación germánica. Afortunadamente abundan las fuentes para el conocimiento de la filosofía alemana, y entre las muchas obras (algunas verdaderamente clásicas) que de ella se ocupan, casi hay necesidad de establecer una cierta *selección intelectual* para discernir lo que hay de utilizable y lo que no excede de un alcance exclusivamente erudito. Como consulta y guía de este estudio, hemos tenido á la vista : WILM, *Histoire de la Philosophie allemande depuis Kant jusqu'à Hegel* ; RÉMUSAT, *De la Philosophie allemande* ; CH. L. MICHELET, *Histoire des derniers systèmes de la Philosophie en Allemagne depuis Kant*

jusqu'à Hegel; KUNO FISCHER, *Histoire de la Philosophie moderne*, y ZELLER, *Histoire de la Philosophie allemande depuis Leibnitz*.

En nuestra patria ha publicado Sanz del Río algunos estudios sueltos, y aun creemos que dejó inéditos varios acerca de los grandes maestros del idealismo alemán; además, Moreno Nieto dió unas conferencias en el Ateneo de Madrid sobre la Filosofía europea, en las cuales hizo un detenido examen del sistema de Hegel. De Kant y de Krause ha tratado con el humorismo serio que caracteriza todos sus escritos el Sr. Valera, cuyo gusto literario no es óbice para una gran perspicuidad de juicio. Del estado de la Filosofía contemporánea en Alemania da cuenta el Sr. Perojo en su libro *Movimiento intelectual en Alemania*. En la *Revista Europea*, en la *Revista Contemporánea* y en la *de España*, se hallan trabajos de distintos autores, en los cuales de referencia ó por examen directo se exponen y aun critican las obras de los grandes filósofos alemanes. Por último, la obra clásica, la que podrá llegar á considerarse como un monumento literario, es la que tiene en publicación, comenzando por Kant, *Bruno Erdmann*. La abundante literatura que se puede fácilmente recoger sobre este punto concreto procede de que, efecto de un exagerado criticismo, se estudia hoy en Alemania y en algunos otros países la Filosofía en su historia y aun las ciencias en su desarrollo como base para iniciar construcciones doctrinales de más ó menos alcance.

PROBLEMA FUNDAMENTAL DEL KANTISMO.

Inauguró Kant en Alemania la época de renovación de la Filosofía, constituyéndose, no por entusiasmo del momento, sino merced á una vida laboriosa, en padre de la

crítica como Aristóteles lo fué de la Lógica. Apenas si la Filosofía especulativa había salido de los cauces que le señalara Aristóteles, y que, comentados y distintamente interpretados, habían servido de norma constante á la misma Filosofía de Descartes; mientras que Kant, recogiendo los términos y la posición del problema mismo como los dejara iniciados Aristóteles, y aun aceptando la tradicional distinción de la materia y de la forma en el conocimiento, examinó la cuestión desde nuevos puntos de vista, que sirvieron del modo que hemos de ir notando para el progreso del pensamiento. Dió Kant á la Filosofía con sus tres Críticas (1) una base enteramente nueva, é imprimió al pensamiento filosófico una dirección que no había tenido hasta entonces, y que apenas si se podía presentir, efecto del formalismo escolástico, en el cual venía encerrado.

No es una labor la de Kant, hija de intuiciones geniales ó de adivinación súbita, sino reflexiva y meditada, y con precedentes bien precisos. La lenta preparación de esta obra de Kant tiene sus comienzos en el dogmatismo de Wolf, en el empirismo de Locke, en el idealismo de Descartes y de Berkeley, y principalmente en el escepticismo de Hume, que, como el mismo Kant afirma, hubo de despertarle de «su sueño dogmático».

Antecedentes aún más complexos recoge Kant en su educación filosófica (2), condensando de esta suerte en su pensamiento los errores contrapuestos en que respectivamente habían ya caído el empirismo y el idealismo. Ante ellos se pone Kant como primer problema, cual propedéutica inexcusable para todo el que quiere filosofar

(1) *Critica de la Razón pura, Critica de la Razón práctica y Critica del Juicio.*

(2) V. NOLEN : *Les Maîtres de Kant, Revue Philosophique*, tomos VII y VIII.

seriamente, el de una teoría (examen crítico) del conocimiento como precedente de la construcción de todo sistema filosófico.

Según afirma Kirchmann, contra todo dogmatismo tendrá siempre valor incontrovertible la filosofía crítica, declarando que la teoría del conocimiento es la base de toda doctrina filosófica. Fué, en efecto, Kant el primero que encontró la palabra del enigma, cuando afirmó en su *Crítica de la Razón pura*, que todo conocimiento supone el concurso de dos factores: la receptividad de los sentidos y la actividad del entendimiento. Desde 1769 á 1778, época la primera de la aparición de su *Crítica de la Razón pura*, y fecha la segunda en que dió á luz su *Crítica del Juicio*, ya precedida de la publicación de la *Crítica de la Razón práctica*, Kant venía ocupado y preocupado con el problema formulado por Hume (1), y estudiando con una diligencia y perspicacia admirable el conocimiento.

Bien palpables son las razones que justifican la importancia de Kant. Como iniciador de la filosofía novísima y como pensador, del cual necesariamente tiene que proceder toda la reflexión contemporánea, es Kant el filósofo cuyo conocimiento más interesa á los hijos del siglo XIX. Así lo han comprendido Vacherot (2) afirmando que «toda filosofía anterior á Kant tiene, después de la aparición de éste, un valor meramente histórico». Humboldt, que decía «no sé lo que subsistirá de la obra propia de Kant, pero seguramente lo que no subsistirá es lo que él ha destruido», y Schopenhauer (3), que asegura «que el efecto de las obras de Kant para un espíritu que se penetra de su sentido es semejante al de la operación

(1) ¿Cómo es posible establecer *a priori* el lazo de la causalidad?

(2) V. *La Metaphisique et la Science. Préface.*

(3) V. *Le Monde comme Volonté et comme Répresentation. Préface.*

» de las cataratas», y añade (1), «que la doctrina de Kant, bien comprendida, produce en todo espíritu un cambio de ideas tan radical, que equivale á una verdadera renovación intelectual, librando del realismo instintivo que parece ser el destino primitivo de la inteligencia, realismo infantil é ingenuo, propio del niño y del salvaje, y que para todo podrá servir menos para filosofar».

Revolución filosófica la de Kant, muy semejante á la llevada á cabo por Copérnico en la Astronomía, explica que no se agita hoy problema ninguno ante la indagación filosófica, ó en la organización de las ciencias, que no inquietara con diligencia suma abolengo y referencia á la doctrina del severo pensador de Koenisberg. Si se exceptúa la literatura de Goethe en Alemania y la dantesca en Italia, quizá no exista personalidad en la esfera de la cultura humana que dé materia para más delicados y prolijos estudios que Kant, cuyos críticos y comentadores constituyen legión. Excede á todos ellos, sin exceptuar á Zeller y á Kuno Fischer, en el estudio de Kant y de sus obras, Bruno Erdmann, que viene ya largos años ocupado en la gloriosa empresa de editar, con crítica exegética de textos, palabras, notas y comprobantes, todas las obras de Kant, sin abandonar por la erudición el trabajo de profundizar el sentido especulativo del gran filósofo. Barni y Tisot en Francia y otros ilustres pensadores en Italia é Inglaterra estudian con perspicuidad excesiva el pensamiento siempre fecundo del fundador de la crítica.

En nuestro país, Rey y Heredia, durante el largo período de su vida consagrado á la enseñanza, y en los estimables libros que para su servicio dió á luz (2), fué un concienzudo expositor de la doctrina kantiana. Partida-

(1) L. c. *Préface de la Deuxième édition.*

(2) V. *Lógica y Ética.*

rio de ella, sobre todo en su última evolución, la llamada neo-kantismo, fué el malogrado Revilla, y ha sido, y aún es, propagador de las mismas ideas del Sr. Perojo (1). El que fué ilustre profesor de metafísica de la Universidad de Barcelona, Lloréns, aunque educado preferentemente en la filosofía escocesa, matizaba sus explicaciones y sus escritos con los pensamientos más corrientes y usuales en la doctrina kantiana.

Ni unos ni otros exageran la importancia y el alcance que debe concederse al kantismo, porque el pensador de Koënisberg analiza discreta y profundamente, mejor que se había hecho hasta entonces, el conocimiento; distingue en él la materia de la forma, y sobre la distinción de una y otra deja implícita y latente, en el fondo de su análisis, la exigencia ineludible de mostrar la objetividad del conocimiento por obra y virtud de la realidad de lo conocido.

Tal es, en realidad, el problema fundamental de toda la filosofía alemana desde Kant, *el problema crítico*, del cual son después derivaciones más ó menos ordenadas y consecuencias lógicas en su proceso las audacias especulativas de todos los sistemas filosóficos que constituyen el portentoso movimiento llamado idealismo alemán. No nos parece, por tanto, admisible la tesis desenvuelta por Harms (2) acerca del sentido de la filosofía alemana, y menos la división que de ella hace. Atribuye el profesor Harms á la filosofía alemana como principal objetivo «fundar y desenvolver la concepción moral é histórica del universo, de acuerdo y como complemento con la concepción física, que había degenerado en naturalismo en la filosofía anterior á Kant», y la divide en cuatro

(1) V. *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania.*

(2) V. F. HARMS : *Die Philosophie seit Kant.* Berlín, 1876.

períodos : comienzos (Lessing, Herder y Jacobi), fundación (Kant), desarrollo (idealismo ético de Fichte, idealismo físico de Schelling é idealismo lógico de Hegel) y limitación como reacción contra el idealismo (Herbart y Schopenhauer). Aunque es cierto que la filosofía alemana exagera la integridad de sus doctrinas morales (de tal suerte que se llama á Kant el estoico moderno), ante todo y sobre todo es lógica y crítica, y á la solución del problema del conocimiento encamina todos sus esfuerzos, y de tal solución dimana luego lo específico y propio de cada concepción general y metafísica.

Kant llega á las siguientes conclusiones : 1.^a, el espacio y el tiempo no son conceptos, sino formas de la sensibilidad ; 2.^a, estas formas, lo mismo que los conceptos del entendimiento, son *a priori* ; 3.^a, el conocimiento sensible nos hace conocer las cosas como aparecen, no como son ; 4.^a, el conocimiento racional nos hace conocer las cosas como son. Las tres conclusiones primeras son el núcleo de la crítica de la razón pura y la base de todo criticismo ; constituyen la parte más valiosa (la menos dogmática) de la doctrina kantiana, y son y seguirán siendo el punto de partida de todo pensamiento filosófico, emancipado de trabas extrañas. La última es el fundamento de la *Crítica de la Razón práctica* y del idealismo dogmático.

Se pregunta después Kant : ¿cómo conforman los objetos con los conceptos de la razón?, y se contesta (dada la imposibilidad (1) de los juicios sintéticos *a priori*), que los conceptos no nos ofrecen la menor noción del objeto en sí (el noumenos es incognoscible) y que se aplican sólo á la intuición sensible (al conocimiento del fenómeno

(1) V. *Crítica del Juicio*.

ó de la apariencia). Para Kant, pues, «toda la verdad está en la experiencia» y el noumenos se reduce á un postulado ó exigencia de la razón. Pero este idealismo, aunque formal ó crítico, cual compás de espera que impone la ley de la circunspección científica, es trascendental en la Crítica de la Razón pura, en cuanto supone la existencia de las cosas en sí (de los noumenos) fuera de toda duda, y expresa únicamente una manera de concebir la realidad de los fenómenos.

Es, pues, el problema en Kant problema puesto, que no resuelto, lo cual explica: 1.º, que toda la filosofía alemana (y aun la novísima, la actual) arranque del kantismo, y después que yerre capitalmente el empirismo, cuando da por resuelto el problema crítico, haciendo figurar á Kant como el primero entre los pensadores partidarios exclusivos de la experiencia, sin tener en cuenta que no pone nunca en cuestión la existencia (para él innegable, de hecho) de los conceptos de razón.

Bien es verdad que contribuye en parte á esta diversidad de interpretaciones de su doctrina el mismo Kant. La idea madre de la filosofía kantiana consiste en precisar la parte que toma el espíritu en la formación del conocimiento, y en no conceder á las formas *a priori* del pensamiento ningún valor teórico fuera de la experiencia sensible. De este modo rompe con todo el dogmatismo filosófico del pasado, y abre al pensamiento caminos nuevos; pero el gran pecado de Kant está en que él mismo ha comprometido el éxito de la revolución que la doctrina crítica debía producir en los hábitos seculares de la especulación filosófica por las oscuridades y aun contradicciones de ideas, susceptibles de muy distinta interpretación, y por los violentos é ininteligibles giros de lenguaje que ofrecen sus obras.

La forma dificultosa del lenguaje de Kant mereció de Schiller el calificativo de «estilo de cancillería filosófica». Se refiere también que, preguntando un día Kant á un amigo suyo, consejero de Hacienda y hombre de negocios, si había sentido alguna vez deseo de leer sus libros, le contestó: «Sí, y los leería con más frecuencia si no me faltaran los dedos; porque vuestro estilo es tan abundante en condicionales y paréntesis, que no puedo seguirlos con la vista. Coloco un dedo sobre una palabra, después el segundo y el tercero, y antes de volver la página, todos mis dedos están ya ocupados».

Las declaraciones inciertas de Kant acerca de la existencia y naturaleza de la cosa en sí (el noumeno), que á veces es reconocida como real para ser después negada (1), pueden interpretarse en el sentido del más puro fenomenalismo (Kant, padre del empirismo positivista), en el del más completo idealismo (que es la primera manifestación que ha revestido) y en el del realismo absoluto ó metafísica empírica, que comienza con Herbart, sigue después con Schopenhauer y se desarrolla en todo el movimiento crítico del neo-kantismo actual. Más perceptible aún es esta contradicción y vaguedad en la consecuencia inmediata de la crítica de la razón práctica, ó sea en la doctrina moral, hija en Kant de un dogmatismo completo, según ha probado de modo indudable Fouillée (2) al decir que es Kant el más sublime «y el último de los Padres de la Iglesia» por el carácter dogmático de su doctrina moral. De ella y de su carácter participan todos los que se inspiran en el kantismo, á pesar de la pretendida libertad de su metafísica crítica, reducida al ex-

(1) V. BRUNO ERDMANN, IMMANUEL KANT: *Prolegomena zu einer jeden künftigen Metaphisik*: Leipzig, 1878.

(2) V. FOUILLÉE: *Critique des Systèmes de Morale contemporains*: París, 1883.

cepticismo especulativo y á la restitución de la creencia dogmática de lo especulativo por lo que toca á la realidad y á la práctica.

Desvanecida por el esplendor de los horizontes que entreviera con los nuevos puntos de vista descubiertos por Kant, la especulación se elevó á la solución del problema íntegro de la realidad. Cual si vara mágica hubiera fecundado el campo de la filosofía, brotaban sistemas filosóficos hechos de una pieza y totalmente formados. Aún vivía Kant cuando su discípulo Reinhold reformaba á su modo la filosofía crítica, y ganaba para ella adeptos como Schiller, que aplicaba el kantismo á la crítica histórica y á la estética, y Humboldt, que refería los nuevos principios á la concepción general del mundo natural. Á la vez que Fichte llevaba la doctrina del maestro á un idealismo exaltado, declarando principio de toda realidad el sujeto, Schelling procuraba resolver el mismo problema mediante la identidad del sujeto con el objeto. No había hecho más que esbozar su pensamiento Schelling, y ya comenzaba Hegel á delinear siluetas de aquella su portentosa concepción del *panlogismo*. Schleiermacher, Krause y otros mil seguían los derroteros indicados por estos grandes maestros del pensamiento nuevo, é introducían ligeras variantes en el resultado general de esta nunca bien estimada evolución del pensamiento humano.

Parecía revivir el antiguo sentido artístico y filosófico del pueblo helénico, hasta con la singular coincidencia de que del mismo modo que los filósofos atenienses conservaban de lo simpático y reminiscencias acentuadas de la filosofía india, estos nuevos pensadores, por tradición de raza, mostraban que el pedúnculo y raíz de sus doctrinas tenían entronque latente con la filosofía aria. Se

:

efectuaba á fines del siglo pasado y comienzos del actual el renacimiento clásico en la esfera especulativa y teórica, al modo que se había llevado á cabo en la artística á fines del siglo xv. Espíritus y corazones se veían dominados por la embriagadora ilusión de que se abría de una vez para siempre el libro de los misterios.

Hallábase, además, favorablemente dispuesto el terreno para que germinasen y fructificasen la doctrina de Kant y el idealismo que de ella derivara, porque los alemanes, ajenos á todo movimiento político, concentrados en sí mismos, educados por sus más grandes poetas en la doctrina de lo ideal, precisaban de momento probar que «lo más real es ver visiones», como lenitivo al espectáculo desconsolador que les rodeaba, dado su estado político-social. Nuevos Boecios, que recurrían al pensamiento para exigirle el consuelo del alma, tendían por carácter, educación y exigencias del tiempo á un idealismo vago y vaporoso que, tocado del encanto poético del misterio, trajera á la vida algo semejante á la intervención de la Pitonisa griega. No era aún llegada la hora del desencanto; si germinaba, no crecía el pesimismo que más tarde había de ser la mostaza ó aperitivo de todas las inteligencias *d'élite*.

Este movimiento idealista, que hacía concebir tan grandes esperanzas á los que en él tomaron parte, y que, por no ofrecer peligros de momento al orden existente, obtuvo los favores de lo alto (ejemplo Hegel), ofrecía, sin embargo, un riesgo inminente para el progreso positivo de la ciencia y de la especulación, riesgo que se salvó merced á que la reacción consiguiente volvió su certera mirada al problema capital y á los términos en que primitivamente lo formulara Kant. Pero antes de esta reacción fielmente representada por el neo-kantismo, y en Fran-

cia por el criticismo de Renouvier, Pilon y otros, el delirio filosófico-especulativo, sobreexcitado por el romanticismo que privaba en el arte, invadió el pensamiento hasta límites rayanos en el vértigo. Como voces que claman en el desierto, se perdían, sin producir eco, las protestas certeras, por lo intuitivas, de Goethe, y exactas, por lo reflexivas, de Herbart y otros en pro de un realismo que sirviera de preservativo contra el soñar contagioso del idealismo alemán.

Antes de estudiar cómo se engendra la diversidad de sus manifestaciones en la evolución seguida á partir de Kant, citemos brevemente (para no olvidar ninguno de los factores que juegan papel más ó menos importante en este gran movimiento intelectual de Alemania, y del cual ha de participar necesariamente el pensamiento secularizado de todos los pueblos cultos) la que pudiéramos llamar dirección *antikantiana*, que, si queda por el momento relegada del impulso general que sigue el idealismo, sirve más tarde para incorporar su sentido á la *Crítica religiosa*, empresa perseguida por la cultura alemana con un tesón superior á todo encomio y realizada en parte al lado de la dirección puramente especulativa del pensamiento.

Hammann, Herder y Jacobi pretenden recoger el lastre y sedimento de la *perennis philosophia* de que habla Leibnitz para oponerse al rigorismo lógico de la crítica kantiana. La espontaneidad, la intuición, el sentimiento, la fe y la revelación inmediata en la conciencia humana, constituyen una suma de elementos, que Jacobi, jefe de esta escuela, presenta como protesta de hecho contra el escepticismo kantiano. Pero esta filosofía del sentido común, útil y aprovechable para una crítica negativa cuando pone de manifiesto, en toda su crudeza, el absurdo

de las especulaciones ideales, es impotente para determinar progresos positivos en el pensamiento; antes bien, ella los recoge como desprendimiento y resultante de los demás sistemas filosóficos. Rama desgajada del árbol frondoso del pensamiento alemán, apenas si la filosofía de Jacobi produce eco alguno en esta serie de evoluciones que proceden de la crítica kantiana. Sigue ésta contra la protesta de Jacobi, penetrando en libros teorías y ciencias particulares con formas más claras y precisas, y expuesta en lenguaje más claro y accesible á todas las inteligencias, merced á los esfuerzos de propaganda llevados á cabo por Schultz, Reinold, Beck, Abich, Bouterwech, Krug y otros muchos.

Formulado el problema kantiano en los términos que dejamos expuestos, é indicada la solución escéptico-idealista por el propio Kant, pero siempre dentro del terreno especulativo, la especulación pura es la que ha de comenzar agotando todas las soluciones posibles de la fórmula kantiana con el idealismo para llegar al término de su evolución en demanda de los auxilios de la experiencia y del análisis.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

(Continuará.)

PALABRERÍA

Al Excmo. Sr. D. Juan Valera, de la Real Academia Española, etc., etc.

EN MADRID.

Mi querido D. Juan: Allá van estos renglones, por si V. tiene voluntad y tiempo de repasarlos en algún rato perdido. Trátase en ellos asunto de cortísimo ó de grandísimo interés, y me atrevo á nombrar á V. jurado y tribunal supremo para que le conceda ó niegue el *exequatur*. En el primer caso, podrán subir las gradas de la Real Academia Española, y en el segundo, descender al sitio que V. destine á los papeles inútiles.

Vea V., en primer lugar, las observaciones que me ocurren sobre algunos artículos de la duodécima edición del Diccionario académico:

AMIGO. — Creo que á su definición debe agregarse: «Dictado con que se trata á un inferior, aun cuando no se tenga amistad con él».

Gaspar de Texeda, en su *Estilo de escreuir cartas mensajeras* (1549), dice que la cortesía de señor á vasallos es *especiales amigos*.

La carta de D. Álvaro de Luna (1425) á los oidores del Consejo del Rey, recomendándoles cierto asunto, empieza con las palabras *oidores amigos*.

Las de D. Juan de Guzmán, primer duque de Medina Sidonia, dirigidas á Bartolomé de Basurto, alcaide de dicha villa (1460 á 1463), comienzan con *alcayde amigo*.

Buen amigo nombró D. Quijote al labrador del Toboso, á quien preguntó por los palacios de la princesa Doña Dulcinea.

Sancho amigo dijo el Duque á Sancho Panza cuando le concedió el gobierno de la Barataria, y *vuestro amigo* se firmó en la carta del 16 de Agosto, avisándole el furioso asalto que habían de dar una noche á la ínsula.

Amiga Teresa llama la Duquesa á la mujer de Sancho en la misiva con que le envió la sarta de corales con extremos de oro.

Me parece que ni D. Álvaro de Luna, ni D. Juan de Guzmán, ni D. Quijote, ni el Duque, ni la Duquesa, eran *amigos*, en el sentido que explica el Diccionario, de los oidores, ni del alcaide, ni del labrador del Toboso, ni de Sancho, ni de Teresa Panza.

Otra prueba muy reciente de que la dicha voz sigue usándose como tratamiento cariñoso de superior á inferior, y no como derivación de *amistad*, se halla en la carta dirigida por S. M. la Reina regente de España Doña María Cristina, en 25 de Octubre de 1890, al Cardenal Benavides, arzobispo de Zaragoza, y en la cual le nombra *caro y amado amigo*. Aquí el *amigo* se asemeja al *primo* con que los Reyes tratan en documentos oficiales á los Grandes de España. Dichos dictados no llegan á ser recíprocos, pues ni los Grandes nombran *primo* al Rey, ni el Cardenal llamará *amiga* á S. M. la Reina.

ANISADO.—Aguardiente anisado.

Esto apunta el Diccionario, y entiendo que para excusar la entrada de lo definido en la definición, convendría decir: «Aguardiente con espíritu de anís».

APLOMO.—Creo que esta voz debiera apuntarla el léxico en el sentido de *serenidad, calma, sosiego*.

BARBECHO.—Según D. Fermín Caballero, no proviene del latín, sino del italiano llamado *Barbo*, que ideó dicho método de cultivo en el siglo XIV.

CORREO.—El *Diccionario de Jurisprudencia* de Escriche, y la *Enciclopedia de Derecho* de Arrazola, lo definen así:

«Establecimiento público que tiene el derecho exclusivo de hacer pasar de unos puntos á otros los pliegos y cartas del Gobierno y de los particulares por cierto precio correspondiente á las distancias y al cuidado que exige tan importante servicio.

»Servicio aplicado al transporte con regularidad, seguridad y demás ventajas que las leyes y disposiciones superiores establecen, de la correspondencia oficial y del público ó de los particulares, ya interior, ya internacional.»

Creo que el Diccionario, ya que no define la voz *correo* en dicho sentido, pudiera agregar en el asiento correspondiente estas ó parecidas palabras: «Sistema, organismo y método que tiene cada país para la distribu-

ción de la correspondencia.—*El correo inglés es mejor que el ruso : tengo confianza en el correo*».

CRUZ. — Es general la costumbre de recordar con este signo la muerte de las personas. Galanamente se explica el motivo en el precioso drama de Eulogio Florentino Sanz intitulado *Don Francisco de Quevedo*, donde se lee lo que sigue :

Escuchad con atención :
 Siempre que es muerto un cristiano
 Al golpe de ajena mano
 Sin hacer su confesión ;
 Los vivos, que en la infinita
 Bondad esperan con fe,
 Donde el hombre muerto fué
 Clavan una *cruz* bendita.
 Y esa *cruz* santa
 Lúgubre allí se levanta,
 Para repetir á todos :
 —Por tragedia tan cruel
 Del cielo invocando el nombre, —
Aquí mataron á un hombre....
Rogad al cielo por él.

En el famoso periódico *El Padre Cobos* (Madrid, 15 Mayo 1855), se dice :

«Cuando el Sr. Madoz abre los brazos en un arranque de exaltación patriótica, es una *cruz* que indica que la Hacienda pública ha fallecido.»

Al pie de los retratos se ponen frecuentemente leyendas que rezan : *D. Fulano de Tal ; 1810 † 1880*, lo cual quiere decir que dicho sujeto nació en 1810 y falleció en 1880.

En la página 16 de la duodécima edición del Diccionario de la Academia hay *diez cruces* precediendo á otros

tantos nombres. Y si tales signos expresan muerte, ¿por qué no se explica así en el vocablo *cruz*, ó bien en las listas de abreviaturas que se insertan en las páginas xvii y 1120 del citado léxico? No se me alcanza el motivo, pero sin duda lo habrá.

FUNGIBLES (*bienes*).—El Diccionario omite semejante locución. El *Código Civil* de España (1889), en su artículo 337, los define así: «Aquellos de que no puede hacerse el uso adecuado á su naturaleza sin que se consuman».

GAÉLICO.—«Perteneiente á la lengua céltica ó á sus dialectos.» Juzgo indispensable esta ú otra mejor definición, porque el mismo Diccionario usa el vocablo al señalar las etimologías de varias palabras, y, además, para que nadie pueda cambiarla ó equivocarla con sus parónimas *galaico* y *gálico*.

INTRANSMISIBLE.—Falta este adjetivo á pesar de usarse generalmente, y con preferencia á *intransferible*, en documentos del Banco de España y en invitaciones de la mayordomía mayor para asistir á fiestas celebradas en el Palacio Real de Madrid, y ser vocablo que lo admite fácilmente el idioma castellano con ó sin permiso de la Academia.

MEDINENSE.—«Natural de Medina. Perteneiente á cualquiera de las poblaciones así llamadas.»

Esto dice el Diccionario. En buen hora que por su desinencia latina se diga *hispalense*, *matritense*, *complutense*, etc. Pero como la voz *Medina* nada tiene de romana, creo que basta con *medinés*, siguiendo el ejemplo de *cordobés* y *barcelonés*, á quien nadie llama *cordobense* ni *barcelonense*.

SIMÓN.—El recuerdo etimológico anotado en el Diccionario pudiera ampliarse, diciendo: «De *Simón González*, nombre del primer alquilador de coches de Madrid en el reinado de Fernando VI».

SINVERGÜENZA.—Falto de vergüenza, indecente, indecoroso.

SINVERGONZÓN, NA.—Aumentativo de *sinvergüenza*.

Creo que *sinvergüenza* debe ser una palabra, y no locución compuesta de dos, según apunta el Diccionario. *Sin vergüenza* explica una idea, y el sustantivo *sinvergüenza* otra muy diversa. La niña, v. g., comió, cantó y bailó *sin vergüenza* delante de los huéspedes. El camarero de la fonda era un *sinvergüenza*.

TRAGAFEES.—Así escribe esta palabra el Diccionario, y entiendo que, según las reglas de la gramática, debiera decir *tragafés*.

Terminadas las papeletas, pasemos á otro punto más

fútil aún que el anterior. Yo tuve excelente amistad con el sabio filólogo, con José Ruiz León (q. e. p. d.), y soy uno de los fervientes admiradores de su *Inventario* (VERBOS) *de la lengua castellana*, libro notable y el único en su género que, según creo, se haya publicado en España.

La muerte impidió al autor completar su obra con el índice de nombres y adverbios, y con otros importantes trabajos lingüísticos y gramaticales que se proponía publicar. Entre ellos figuraba la lista de las palabras de que se habían valido los principales clásicos para escribir cada una de sus obras. De este modo, y siguiendo el ejemplo de lo que acontece en Alemania é Inglaterra con sus más notables escritores, sabríamos el número de vocablos que usaron Solís, Mariana, Melo, Hurtado, Santa Teresa, etc., y podíamos avalorar con facilidad tanto la riqueza de la lengua como el mayor ó menor laconismo de cada autor.

Prestaba yo á Ruiz León todo el auxilio que mis fuerzas permitían, con un trabajo puramente mecánico, parecido al del mozo que lleva el nivel y los jalones del ingeniero. Poco á poco iba reuniendo por orden alfabético los nombres, verbos y adverbios que habían empleado Larra, Cervantes y Fr. Luis de Granada, que, por ser escritores de mi singular afecto, me molestaban menos que otros en la pacienzuda faena de releerlos para inventariar sus palabras.

También comencé á formar lista de los sustantivos y adjetivos que denotan malas cualidades físicas, morales é intelectuales, y dicho principio de catálogo es el que copio en esta misiva, porque algunas personas han manifestado pena de que se pierda (aun cuando nada se perdería en ello) semejante átomo de filología. Ármese V. de ligereza, y pase en dos saltos las siguientes páginas :

- ABRUTADO.**—Que en cierto modo parece bruto, ó tiene algo de bruto.
- ADEFESIO.**—Persona ridícula ó extravagantemente vestida.
- AGRESTE.**—Rudo, tosco, grosero, falta de urbanidad.
- AGUACHIRLE.**—Persona ó cosa baladí, insustancial, sin importancia alguna.
- ALBOROTAPUEBLOS.**—Alborotador tumultuario.
- ALCORNOCQUE.**—Persona ignorante y zafia.
- ALOCADO.**—Que tiene cosas de loco, ó parece loco.
- ANDRAJO.**—Persona ó cosa muy despreciable.
- ANIMAL.**—Dícese de la persona incapaz ó muy ignorante.
- APOCADO.**—Vil ó de baja condición.
- ARLEQUÍN.**—Persona informal, ridícula y despreciable.
- ASNO.**—Persona ruda y de muy poco entendimiento.
- ÁSPERO.**—Riguroso, rígido, austero, contrario á la afabilidad ó suavidad.
- ASTUTO.**—Agudo, hábil para engañar ó evitar el engaño, ó para lograr artificiosamente cualquier fin.
- AVECHUCHO.**—Sujeto despreciable por su figura ó costumbres.
- AVINAGRADO.**—De condición acre y áspera.

-
- BABANCA.**—Persona boba.
- BABIECA.**—Hombre desvaído, flojo y bobo.
- BACÍN.**—Hombre despreciable por sus acciones.
- BACHILLER.**—Persona que habla mucho y fuera de propósito sin oportunidad.
- BADULAQUE.**—Persona de poca razón y fundamento.
- BALADÍ.**—De poca sustancia y aprecio.
- BALADRÓN.**—Fanfarrón y hablador, que siendo cobarde blasona de valiente.
- BALDÍO.**—Vagamundo, perdido y sin ocupación ni oficio. (Aun cuando el Diccionario usa aquí la palabra VAGAMUNDO, la que admite el léxico es VAGABUNDO.)
- BAMBOLLERO.**—Persona que gasta mucha bambolla.
- BARATADOR.**—Enbustero, engañador.
- BÁRBARO.**—Inculto, grosero, tosco.
- BARRABÁS.**—Persona mala, traviesa, díscola.
- BASTO.**—Persona rústica, tosca ó grosera.
- BAUSÁN.**—Persona boba, simple, necia.
- BELITRE.**—Pícaro, ruin y de viles costumbres.

- BELLACO.—Malo, pícaro, ruin.
- BENDITO.—Sencillo y de pocos alcances.
- BERGANTE.—Pícaro sin vergüenza.
- BESTIA.—Persona ruda é ignorante.
- BICHO.—Persona de figura ridícula.
- BIGARDO.—Vago, vicioso.
- BLANCOTE.—Cobarde.
- BLANDO.—Cobarde.
- BOBO.—De muy corto entendimiento y capacidad.
- BOCÓN.—Que habla mucho y echa bravatas.
- BODOQUE.—Persona de cortos alcances.
- BOLO.—Hombre ignorante y de cortas luces.
- BOLONIO.—Necio, ignorante.
- BONACHÓN.—Que todo se lo cree sin examen ni crítica.
- BOQUIRRUBIO.—Mozalbete presumido de lindo y de enamorado.
- BORRICO.—Hombre necio.
- BOTARATE.—Hombre alborotado y de poco juicio.
- BRAVATERO.—Guapo que echa bravatas y fieros.
- BRAVATO.—Que ostenta baladronería y descaro.
- BRAVÍO.—El que tiene costumbres rústicas por falta de buena educación ó del trato de gentes.
- BRAVONEL.—Fanfarrón.
- BRAVOTE.—Fanfarrón ó matón.
- BRAVUCÓN.—Esforzado sólo en la apariencia.
- BRIBIÓN.—El que halaga con buenas palabras para engañar.
- BRIBÓN.—Pícaro, bellaco.
- BRUTO.—Necio, incapaz, estólido.
- BUENA PIEZA.—Persona muy astuta, bellaco ó de malas propiedades.
- BUENO.—Demasiadamente sencillo.
- BUFÓN.—Chocarrero.
- BURDO.—Tosco, basto, grosero.
- BUSCARRUIDOS.—Persona inquieta, provocativa, que anda moviendo alborotos, pependencias y discordias.
- BUSCÓN.—Que hurta rateramente, ó estafa con malicia y socaliña.

CABEZA DE CHORLITO.—Persona de poco juicio.

CACO.—Ladrón que roba con destreza.—Hombre muy tímido, cobarde y de poca resolución.

- CACHICÁN.—Hombre astuto, diestro.
- CACHIVACHE.—Hombre ridículo, embustero é inútil.
- CAGADO.—Que es para poco y sin espíritu.
- CAGÓN.—Dícese de la persona muy medrosa y cobarde.
- CALABAZA.—Persona inepta y muy ignorante.
- CALANDRAJO.—Persona ridícula y despreciable.
- CALAVERA.—Hombre de poco juicio y asiento.
- CALZONAZOS.—Hombre muy flojo y condescendiente.
- CAMALEÓN.—Persona que, á impulsos del favor ó del interés, muda con facilidad de pareceres ó doctrinas.
- CAMANDULERO.—Hipócrita, embustero y bellaco.
- CAMASQUINCE.—Persona que se entromete en lo que no le importa.
- CAMASTRÓN.—Persona disimulada y doble que espera oportunidad para hacer ó dejar de hacer las cosas, según le conviene.
- CAMORRISTA.—El que por leves causas arma camorras y pendencias.
- CAMUESO.—Hombre muy necio é ignorante.
- CANSADO.—Que cansa ó molesta con su trato ó conversación.
- CAPCIOSO.—Articioso, engañoso.
- CAPIGORRÓN.—Ocioso y vagabundo, que anda comúnmente de capa y gorra.
- CARANTOÑERO.—Persona que hace caricias, halagos ó carantoñas.
- CASCABELERO.—Persona de poco seso y fundamento.
- CASCACIRUELAS.—Persona inútil y despreciable.
- CASCARRABIAS.—Paparrabias.
- CASCARRÓN.—Bronco, áspero y desapacible.
- CASQUILUCIO, CASQUIVANO.—Alegre de cascos.
- CAZURRO.—De pocas palabras y muy metido en sí.
- CEBOLLUDO.—Persona tosca y basta, ó gruesa y abultada.
- CEÑUDO.—Que tiene ceño ó sobrecejo.
- CERO.—Ser inútil ó no valer para nada.
- CICATERO.—Ruín, miserable, que escasea lo que debe dar.
- CÓCORA.—Persona molesta é impertinente en demasía.
- COCHINO.—Persona muy sucia y desaseada.
- COMINERO.—Que cominea.
- CONCHUDO.—Astuto, cauteloso, sagaz.
- CORAMVOBIS.—Persona de cara abultada y de buena presencia, en especial cuando afecta gravedad.
- CORREVEDILE.—Persona que lleva y trae cuentos y chismes de una parte á otra.

- COSCÓN.—Socarrón, hábil para lograr lo que le acomoda ó evitar lo que le disgusta.
- COSQUILLOSO.—Muy delicado de genio y que se ofende con poco motivo.
- CUCAÑERO.—Que tiene maña para lograr las cosas con poco trabajo ó á costa ajena.
- CUCO.—Taimado y astuto, que ante todo mira por su medro ó comodidad.
- CUITADO.—Apocado, de poca resolución y ánimo.
- CULEBRÓN.—Hombre muy astuto y solapado.
- CURSI.—Lo que, con apariencia de elegancia ó riqueza, es ridículo y de mal gusto.
- CUTRE.—Tacaño.

-
- CHABACANO.—Irregular, grosero, ridículo, y, como tal, indigno de estimación y aprecio.
- CHACHARERO, CHACHARÓN.—Que habla mucho y sin substancia.
- CHARLATÁN.—Que habla mucho y sin substancia.
- CHARRÁN.—Pillo, tunante.
- CHARRO.—Basto y rústico, como suelen ser muchos aldeanos.
- CHINCHE, CHINCHOSO.—Persona molesta y pesada.
- CHINCHORRERO.—Que se emplea en chismes y cuentos con impertinencia y pesadez.
- CHIQUILICUATRO.—Chisgarabís.
- CHISGARABÍS.—Hombre entremetido, bullicioso y de poca importancia.
- CHISMOSO.—Que chismea ó es dado á chismear.
- CHOCANTE.—Que causa disgusto, extrañeza ó enfado.
- CHOCARRERO.—Que tiene por costumbre decir chocarrerías.
- CHUCHUMECO.—Hombre pequeño, de mala figura y despreciable.
- CHUPÓN.—Que saca dinero con astucia y engaño.
- CHURRULLERO.—Que habla mucho y sin substancia.
- CHUZÓN.—Astuto, recatado, difícil de engañar.

-
- DANZANTE.—Persona ligera de juicio, petulante y entremetida.
- DESABORIDO.—Persona de carácter indiferente ó sosa.
- DESASTRADO.—Persona rota y desaseada.

- DESBOCADO.—Acostumbrado á decir palabras indecentes, ofensivas y desvergonzadas.
- DESCARADO.—Que habla ú obra con desvergüenza, sin pudor ni respeto humano.
- DESDEÑOSO.—Que manifiesta desdén.
- DEFACHATADO.—Descarado, desvergonzado.
- DESHARRAPADO.—Andrajoso, roto y lleno de harapos.
- DESLenguado.—Desvergonzado, desbocado, mal hablado.
- DESMANOTADO.—Atado, encogido y para poco.
- DESPILFARRADO.—Desharrapado, roto, andrajoso, pródigo, derrochador.
- DESPRECIABLE.—Digno de desprecio.
- DESUELLACARAS.—Persona desvergonzada, descarada, de mala vida y costumbres.
- DETRACTOR.—Maldiciente ó infamador.
- DIABLO.—Persona perversa y maligna.
- DIABÓLICO.—Excesivamente malo.
- DOLOSO.—Engañoso, fraudulento.
- DROPE.—Hombre despreciable por su mal porte y cualidades.

-
- EMBARULLADOR.—Que embarulla.
- EMBAUCADOR.—Que embauca.
- EMBELECO.—Persona ó cosa fútil, molesta ó enfadosa.
- EMBOLISMADOR.—Que embolisma.
- EMBROLLÓN.—Que embrolla.
- EMBUSTERO.—Que dice embustes.
- EMPACHOSO.—Que causa empacho.
- EMPALAGOSO.—Que causa fastidio por su zalamería y afectación.
- ENDIABLADO.—Muy feo, desproporcionado.
- ENFADOSO.—Que de suyo causa enfado.
- ENLABIADOR.—Que enlabia.
- ENOJOSO.—Que causa enojo, molestia ó enfado.
- ENREDADOR.—Chismoso y embustero de costumbre.
- ENTE.—Sujeto ridículo, ó que en su modo y porte se hace reporable.
- ESCASO.—Mezquino, nada liberal ni dadivoso, demasiado económico.
- ESCUERZO.—Persona muy flaca ó de figura ruin.

- ESPADACHÍN. — El que se precia de valiente y es amigo de pendencias.
- ESPANTAJO. — Persona molesta sobre despreciable.
- ESQUIVO. — Desdeñoso, áspero, huraño.
- ESTAFADOR. — Persona que estafa.
- ESTANTIGUA. — Persona muy alta y seca, mal vestida.
- ESTANTÍO. — Pausado, tibio, flojo y sin espíritu.
- ESTIRADO. — Entonado y orgulloso en su trato con los demás. — Ni-
miamente económico.
- ESTÓLIDO. — Falto de razón y discurso.
- ESTRAFALARIO. — Extravagante en el modo de pensar ó en las
acciones.

-
- FACHENDA. — Vano, jactancioso.
- FANFARRÓN. — Que se precia y hace alarde de lo que no es.
- FANTASIOSO. — Vano, presuntuoso.
- FANTASMÓN. — Lleno de presunción y vanidad.
- FANTÁSTICO. — Presuntuoso y entonado.
- FARAMALLA, FARAMALLERO, FARAMALLÓN. — Enredador y trapacero.
- FARANDULERO. — Hablador, trapacero, que tira á engañar á
otras personas.
- FARFANTE, FARFANTÓN. — Hablador, jactancioso, que cuenta
pendencias y valentías.
- FARGALLÓN. — Desaliñado y descuidado en el aseo.
- FARISEO. — Hombre alto, seco y de mala intención ó catadura.
- FAROLERO, FAROLÓN. — Vano, ostentoso, amigo de llamar la
atención y de hacer lo que no le toca.
- FAROTÓN. — Persona descarada y sin juicio.
- FARSANTE. — El que con vanas apariencias finge lo que no siente
ó pretende pasar por lo que no es.
- FASTIDIOSO. — Enfadoso, importuno, que causa disgusto, desazón
y hastío.
- FATUO. — Lleno de presunción ó vanidad infundada y ridícula.
- FELÓN. — Que comete felonías.
- FIGURILLA. — Persona pequeña y despreciable.
- FIGURÓN. — Hombre fantástico y entonado, que aparenta más de
lo que es.
- FINCHADO. — Ridículamente vano ó engreído.
- FLAGICIOSO. — Que comete muchos y graves delitos.

- FLEMÁTICO.—Tardo y lento en las acciones.
- FLOJO.—Perezoso, negligente, descuidado y tardo en las operaciones.
- FODOLI.—Entremetido, hablador, que pretende aconsejar, mandar ó intervenir donde no le llaman.
- FOLLÓN.—Vano, arrogante, cobarde y de ruin proceder.
- FORANO.—Rústico, huraño.
- FULLERO.—Que hace fullerías en el juego.
-
- GALOPO, GALOPÍN.—Pícaro, bribón, sin crianza ni vergüenza.
- GALLINA.—Cobarde, pusilánime, tímido.
- GALLOFERO, GALLOFO.—Pobretón, holgazán y vagabundo.
- GAMBALÚA.—Hombre alto, delgado, desgarrado y que no tiene vigor ni viveza en las acciones.
- GANAPÁN.—Hombre rudo y tosco.
- GANDUL.—Tunante, vagabundo, holgazán.
- GANFORRO.—Bribón, picarón ó de mal vivir.
- GANSO.—Rústico, mal criado, torpe, incapaz.
- GARDUÑO.—Ladrón, ratero, que hurta con arte y disimulo.
- GATO.—Ladrón, ratero, que hurta con astucia y engaño, hombre sagaz y astuto.
- GAZAPO.—Hombre disimulado y astuto.
- GAZMOÑO.—Que afecta devoción, escrúpulos y virtudes que no tiene.
- GAZNÁPIRO.—Palurdo, simplón, torpe.
- GERUNDIO.—Persona que habla ó escribe en estilo hinchado, afectando inoportunamente erudición é ingenio.
- GONGORINO.—Que adolece de los vicios del gongorismo.
- GORRÓN.—Que tiene por hábito comer, vivir, regalarse ó divertirse á costa ajena.
- GRANUJA.—Muchacho vagabundo, pilluelo.
- GROSERO.—Descortés, que no observa decoro ni urbanidad.
- GROTESCO.—Ridículo y extravagante por la figura ó por cualquiera otra calidad. Irregular, chocante, grosero y de mal gusto.
- GUAPOTE.—Bonachón, de buen genio.
- GUIÑAPO.—Persona que anda con vestido roto y andrajoso.
- GUITÓN.—Pícaro pordiosero que, con capa de necesidad, anda vagando de lugar en lugar, sin querer trabajar ni sujetarse á cosa alguna.
- GURDO.—Necio, simple, insensato.
-

- HABLADOR.—Que habla mucho, con impertinencia y molestia del que le oye.
- HACINO.—Avaro, mezquino, miserable.
- HAMPÓN.—Valentón, bravo.
- HARAGÁN.—Que excusa y rehuye el trabajo.
- HASTIAL.—Hombre rústico y grosero.
- HAZMERREIR.—Persona que por su figura ridícula y porte extravagante sirve de juguete y diversión á las demás.
- HERBOLARIO.—Botarate, alocado, sin seso.
- HINCHADO.—Vano, presumido.
- HOLGAZÁN.—Vagabundo, ocioso, que no quiere trabajar.
- HOSCO.—Ceñudo, áspero, intratable.
- HUECO.—Presumido, hinchado, vano.
- HURAÑO.—Que huye y se esconde de las gentes.
- HURÓN.—Persona huraña.

-
- IMBÉCIL.—Alelado, escaso de razón.
- IMPERTINENTE.—Nimiamente delicado, que se desagrada de todo, y pide ó hace cosas que son fuera de propósito.
- IMPORTUNO.—Molesto, enfadoso.
- INEPTO.—Necio ó incapaz.
- INERTE.—Flojo, desidioso.
- INFAME.—Malo y despreciable.
- INOCENTÓN.—Demasiado sencillo y fácil de engañar.

-
- JÁCARO.—Guapo y baladrón.
- JACTANCIOSO.—Que se jacta.
- JAQUE.—Valentón, perdonavidas.
- JARANERO.—Aficionado á jaranas.
- JIFERO.—Sucio, puerco y soez.
- JUAN LANAS, BUEN JUAN.—Hombre apocado, sencillo y fácil de engañar.
- JUDAS.—Hombre alevoso, traidor.
- JUDÍO.—Avaro, usurero.

-
- LADINO.—Astuto, sagaz, taimado.
- LAGARTO.—Hombre pícaro, taimado.

- LECHÓN.—Sucio, puerco, desaseado.
 LELO.—Fatuo, simple y como pasmado.
 LENGUARAZ, LENGUAZ.—Deslenguado, atrevido en el hablar, que habla mucho con impertinencia y necedad.
 LERDO.—Tardo y torpe para comprender ó ejecutar una cosa.
 LIGERO.—Inconstante, voltario, que muda fácilmente de opinión.
 LIJOSO.—Sucio, inmundo.
 LILAO.—Ostentación vana en el porte ó en palabras y acciones.
 LILIPUTIENSE.—Persona extremadamente pequeña y endeble.
 LINDO.—Hombre afeminado, presumido de hermoso, y que cuida demasiado de su compostura y aseo.
 LUCIFER, LUCIFERAL.—Soberbio, encolerizado y maligno.

-
- MAJADERO.—Necio y porfiado.
 MAJAGRANZAS.—Hombre pesado y necio.
 MALANDRÍN.—Maligno, perverso, bellaco.
 MALCONTENTO.—Revoltoso, perturbador del orden público.
 MALCRIADO.—Falto de buena educación, descortés, incivil.
 MALDITO.—Perverso, de mala intención y dañadas costumbres.
 MALEANTE.—Burlador, maligno.
 MALDICIENTE.—Detractor por hábito.
 MALÉVOLO.—Inclinado á hacer mal.
 MALHABLADO.—Desvergonzado ó atrevido en el hablar.
 MALIGNO.—De índole pernicioso.
 MALINTENCIONADO.—Que tiene mala intención.
 MALMIRADO.—Descortés, inconsiderado.
 MALSÍN.—El que habla mal de otro.
 MALTRABAJA.—Haragán, perezoso.
 MALVADO.—Muy malo, perverso.
 MAMACALLOS.—Hombre tonto y que es para poco.
 MAMARRACHO.—Figura defectuosa y ridícula.
 MANDRIA.—Apocado, simple, inútil, tonto.
 MANIFACERO.—Revoltoso y que se mete en todo.
 MARAÑERO.—Amigo de marañas, enredador.
 MARICA.—Hombre afeminado y de poco ánimo y esfuerzo.
 MARITORNES.—Moza ordinaria, fea y hombruna.
 MARRAJO.—Cauto, astuto, difícil de engañar y que encubre dañada intención.
 MARRANO.—Sucio, desaseado, que procede y se porta mal ó bajamente.—Maldito, descomulgado.

- MARRULLERO.—Que usa de marrullerías.
- MARTAGÓN.—Astuto, reservado y difícil de engañar.
- MASTUERZO.—Hombre necio, torpe, majadero.
- MATACHÍN.—Pendenciero, camorrista.
- MATAPERROS.—Muchacho callejero y travieso.
- MATASIETE.—Espadachín, fanfarrón, hombrepreciado de valiente.
- MATÓN.—Guapetón, espadachín y pendenciero.
- MATRERO.—Astuto, diestro y experimentado.
- MAULA, MAULERO.—Persona tramposa ó mala pagadora, persona embustera y engañadora con artificio y disimulo.
- MAZA.—Persona pesada y molesta en su conversación y trato.
- MAZACOTE.—Hombre molesto y pesado.
- MEDROSO.—Temeroso, pusilánime.
- MELINDROSO.—Que afecta demasiada delicadeza en acciones y palabras.
- MEMO.—Tonto, simple, mentecato.
- MENINO.—Sujeto pequeño y remilgado.
- MENTECATO.—De escaso juicio y flaco entendimiento.
- MEQUETREFE.—Hombre entremetido, bullicioso y de poco provecho.
- METEMUERTOS.—Entremetido, servidor oficioso é impertinente.
- METICULOSO.—Medroso.
- MEZQUINO.—Avaro, escaso, miserable.
- MISERABLE.—Avariento, escaso y apocado.
- MOCOSO.—Insignificante, de ningún valor ó importancia.
- MOGROLLO.—Sujeto tosco y que no tiene cortesía.
- MOJIGATO.—Disimulado, que afecta humildad ó cobardía para lograr su intento en la ocasión.
- MOLEDOR.—Persona necia que cansa ó fatiga á otra con pesadez.
- MOLINO.—Persona muy molesta.
- MOLLEJÓN.—Hombre gordo, flojo, blando de genio.
- MONIGOTE.—Persona ignorante y ruda, de ninguna representación ni saber.
- MONO.—Joven de poco seso y afectado en sus modales.
- MONSTRUO.—Persona muy cruel y perversa.
- MORRAL.—Hombre zote y grosero.
- MOSCATEL.—Hombre pesado é importuno.
- MOSCÓN.—Hombre que con porfía y astucia logra lo que desea, afectando ignorancia.
- MOSTRENCO.—Ignorante ó tardo en el discurrir ó aprender.
- MUÑECO.—Mozuelo afeminado é insustancial.

MUÑIDOR. — Persona que gestiona activamente para concertar tratos ó fraguar intrigas, ó con cualquiera otro fin semejante.

NARANJO. — Hombre rudo ó ignorante.

NECIO. — Imprudente, terco, porfiado.

NEGLIGENTE. — Descuidado, omiso, falto de aplicación.

NULIDAD. — Persona incapaz, inepta.

ÑIQUIÑAQUE. — Sujeto ó cosa muy despreciable.

ÑOÑO. — Persona sumamente apocada, ó delicada, quejumbrosa y asustadiza.

ORGULLOSO. — Que tiene orgullo.

OTACUSTA. — Persona que vive de traer y llevar cuentos, chismes y enredos.

PACHORRUDO. — Que gasta mucha pachorra, que en todo procede con demasiada lentitud y flema.

PÁJARO, PAJARRACO. — Hombre astuto, sagaz, cauteloso, disimulado.

PALETO. — Hombre rústico, zafio.

PALOMO. — Hombre necio ó simple.

PALURDO. — Tosco, grosero.

PAMPOSADO. — Desidioso, flojo y poltrón.

PANCISTA. — El que mirando solamente á su interés personal, procura no pertenecer á ningún partido político ó de otra clase, para poder medrar ó estar en paz con todos.

PANDERO. — Persona necia y que habla mucho con poca sustancia.

PANDO. — Sujeto pausado y espacioso.

PAPAHUEVOS, PAPAMOSCAS, PAPANATAS. — Hombre simple y crédulo, ó demasiadamente cándido y fácil de engañar.

PÁPARO. — Simple, ignorante, que de cualquier cosa se queda admirado y pasmado.

PAPARRABIAS. — Persona que fácilmente se enoja, riñe, ó explica su enfado.

- PAPELÓN.—Hombre vano que ostenta y aparenta lo que no es.
- PARDAL.—Hombre bellaco, astuto.
- PARLANCHÍN, PARLERO, PARLÓN.—Que habla mucho sin oportunidad: que guarda poco secreto.
- PASTELERO.—Persona que emplea medios paliativos en lugar de otros vigorosos y directos.
- PATÁN.—Hombre zafio y tosco.
- PATARATERO.—Que usa de pataratas en el trato ó conversación.
- PAYO.—Campesino ignorante y rudo.
- PAVO.—Soso, pesado.
- PAZGUATO.—Simple, que se pasma y admira de lo que ve ú oye.
- PEAL.—Persona inútil, torpe, despreciable.
- PÉCORA.—Astuto, taimado, vicioso.
- PEGOTE.—Persona impertinente que no se aparta de otra, particularmente en las horas en que hay que comer.
- PEINE.—Persona sutil y astuta.
- PEJE.—Hombre astuto, sagaz é industrioso.
- PELAFUSTÁN.—Persona holgazana, perdida y pobretona.
- PELAGALLOS.—Hombre bajo, y que no tiene oficio honrado ni ocupación honesta.
- PELAGATOS.—Hombre pobre y despreciable.
- PELELE.—Persona simple ó inútil.
- PELETE.—Pobre, de pocos haberes, pelón.
- PELGAR.—Pelagallos.
- PELIAGUDO.—Sujeto sutil ó mañoso.
- PELMAZO.—Persona tarda ó pesada en sus acciones.
- PELÓN.—Que tiene muy cortas facultades.
- PENDEJO.—Cobarde y pusilánime.
- PENDENCIERO.—Propenso á riñas ó pendencias.
- PENDÓN.—Persona muy alta, desvaída y desaliñada.
- PENOSO.—Presumido de lindo ó de galán.
- PERDONAVIDAS.—Baladrón que ostenta guapezas y se jacta de valentías ó atrocidades.
- PERDULARIO.—Sumamente descuidado en sus intereses ó en su persona.
- PERILLÁN.—Persona pícara, astuta.
- PERVERSO.—Sumamente malo y defectuoso, depravado.
- PESADO.—Molesto, enfadoso, impertinente.
- PETARDERO, PETARDISTA.—Persona que estafa ó pega petardos.
- PETATE.—Hombre despreciable y que vale poco.

- PETRUS IN CUNCTIS.—Que aparenta saber de muchas cosas á un tiempo sin tener conocimiento sólido de ninguna.
- PETULANTE.—Que tiene petulancia.
- PICAÑO.—Pícaro, holgazán, andrajoso y de poca vergüenza.
- PICAPLEITOS.—Hombre embustero, trapisondista.
- PÍCARO.—Bajo, ruin, doloso, falto de honra y vergüenza. — Astuto, taimado.—Dañoso, malicioso.
- PICOTERO.—Que habla mucho y sin sustancia ni razón, ó dice lo que debía callar.
- PILLO.—Pícaro que no tiene crianza ni modales. — Sagaz, astuto.
- PINCHAUVAS.—Hombre despreciable.
- PINTURERO.—Persona que alardea ridícula y afectadamente de bien parecida, fina ó elegante.
- PIOJOSO.—Miserable, mezquino.
- PISAVERDE.—Persona presumida y afeminada.... que anda vagando en busca de galanteos.
- PLOMO.—Persona pesada y molesta.
- POBRE DIABLO.—Hombre despreciable ó demasiado bonachón.
- POBRETE.—Sujeto inútil y de corta habilidad, ánimo ó espíritu.
- POLTRÓN.—Flojo, perezoso, haragán, enemigo del trabajo.
- PÓLVORA.—De mal genio, que, con ligero motivo ú ocasión, se irrita y enfada.
- POLLINO.—Persona simple, ignorante ó agreste.
- POQUEDAD, POQUITO.—Cobardía, pusilanimidad y falta de espíritu. Que es pusilánime ó tiene corta habilidad en lo que maneja.
- PORRO.—Sujeto torpe, rudo, necio.
- PORRÓN.—Pelmazo, pachorrudo, tardo.
- POSMA.—Persona lenta y pesada en el modo de obrar.
- POSTEMA.—Persona pesada ó molesta.
- POTETERO.—Que hace halagos empalagosos y fingidos.
- PREGUNTÓN.—Preguntador intempestivo, ó que pregunta mucho.
- PRESUMIDO.—Vano, jactancioso.
- PRESUNTUOSO.—Lleno de presunción y orgullo.
- PÚA.—Persona sutil y astuta.
- PUERCO.—Hombre grosero, sin policía, cortesía ni crianza.
- PUNTILLOSO.—Que tiene mucho puntillo.
- PUSILÁNIME.—Falto de ánimo y valor.

QUIDAM.—Sujeto despreciable y de poco valer.

QUIJOTE.—Hombre ridículamente grave y serio.

QUIMERISTA.—Persona que mueve riñas ó pependencias.
 QUISQUILLOSO.—Demasiado delicado en el trato común.
 QUITAMOTAS, QUITAPELILLOS.—Lisonjero, adulador.

RAMPLÓN.—Tosco, grosero, inculto, desaliñado, vulgar.
 RANACUAJO, RENACUAJO.—Hombrecillo pequeño y despreciable; mal tallado, enfadoso.
 RPAZ.—Inclinado al robo, hurto ó rapiña.
 RAQUÍTICO.—Exiguo, mezquino, endeble.
 RATERO.—Bajo en pensamientos ó acciones; vil, despreciable.
 REFINADO.—Astuto, malicioso.
 REFITOLERO.—Entrometido, cominero.
 REGAÑÓN.—La persona que tiene la costumbre de regañar por cualquiera cosa.
 RELAMIDO.—Afectado, demasiadamente pulcro.
 REMILGADO.—Que afecta suma pulidez, compostura, delicadeza y gracia en porte, gestos y acciones.
 REMOLÓN.—Flojo, pesado, y que huye del trabajo maliciosamente.
 RENEGADO.—Áspero de condición y maldiciente.
 REVOLTOSO.—Travieso, enredador, sedicioso, alborotador, rebelde.
 RIDÍCULO.—Extraño, irregular y de poco aprecio y consideración.
 RODABALLO.—Hombre taimado y astuto.
 ROMPEESQUINAS.—Valentón que está de plantón en las esquinas de las calles como en espera.
 ROMPEGALAS.—Persona desaliñada y mal vestida.
 RONCERO.—Tardo, perezoso, regañón, mal acondicionado.
 ROÑOSO.—Puerco, sucio, astuto, sagaz, miserable, mezquino ruin.
 ROZAVILLÓN.—El que come de mogollón; pegote.
 RUDO.—Descortés, áspero, grosero.
 RUFÍAN.—Hombre sin honor, perverso, despreciable.
 RUIN.—Vil, bajo, despreciable, mezquino, avariento.

SALTABARDALES.—Persona joven, traviesa y alocada.
 SALTIMBANQUI.—Hombre bullidor y de poca substancia.
 SALVAJE.—Sumamente necio, terco, zafio ó tonto.
 SANTO.—Sencillo, poco avisado.

- SANTÓN. — Hipócrita ó que aparenta santidad.
 SAÑUDO. — Propenso á la saña.
 SATÁNICO. — Extremadamente perverso.
 SÁTRAPA. — Hombre ladino y que sabe gobernarse con astucia é inteligencia en el comercio humano.
 SIMPLE. — Mentecato y de poco discurso.
 SINAPISMO. — Persona ó cosa que molesta ó exaspera.
 SOCARRÓN. — Astuto, bellaco, disimulado.
 SOEZ. — Bajo, grosero, indigno, vil.
 SOLAPADO. — Persona que por costumbre oculta maliciosa y cautelosamente sus pensamientos.
 SOMONTE. — Basto, burdo, áspero, al natural y sin pulimento.
 SOÑADOR. — Que cuenta patrañas y ensueños, ó les da crédito fácilmente.
 SOPLADO. — Estirado, inflado.
 SOPLÓN. — Dícese de la persona que acusa en secreto y cautelosamente.
 SOSO. — Que carece de gracia y viveza en acciones y palabras.
 SUSPICAZ. — Propenso á tener desconfianza.
 SUSURRÓN. — Que acostumbra murmurar secretamente ó á escondidas.

-
- TABERNARIO. — Bajo, grosero, vil.
 TACAÑO. — Astuto, pícaro, bellaco..., miserable, ruin.
 TACITURNO. — Callado, silencioso y que gasta pocas palabras.
 TAGAROTE. — Hidalgo pobre que se arrima y pega donde puede comer sin costarle nada.
 TAIMADO. — Bellaco, astuto, disimulado.
 TARAMBANA. — Persona alocada, de poco asiento y juicio.
 TARARIRA. — Persona inquieta, bulliciosa y alborotada, y de poco asiento y formalidad.
 TARA VILLA. — Persona que habla mucho, de prisa y sin orden ni concierto.
 TARDÓN. — Que tarda mucho y gasta grande flema.
 TERCO. — Pertinaz, obstinado é irreducible.
 TERRERO. — Bajo y humilde.
 TÉTRICO. — Triste, demasiadamente serio, grave y melancólico.
 TIESO. — Nimiamente grave, circunspecto y mesurado.
 TIÑOSO. — Escaso, miserable, ruin.
 TÍO. — Hombre rústico y grosero.

- TÍTERE.— Sujeto informal, necio y casquivano.
- TOMAJÓN.— Que toma con frecuencia, fatuidad ó descaro.
- TONTO.— Mentecato, necio, incapaz, falto de razón.
- TOPO.— Persona de cortos alcances, que en todo yerra ó se equivoca.
- TORPE.— Desmañado, rudo, tardo en comprender.
- TOSCO.— Inculto, sin doctrina ni enseñanza.
- TRAGAFEES.— Traidor á la fe debida, ó que la abandona en sus operaciones.
- TRAGAHOMBRES.— Perdonavidas, matasiete.
- TRAGAVIROTAS.— Hombre que sin motivo ni fundamento es serio y erguido.
- TRAMOYISTA.— Persona que usa de ficciones ó engaños.
- TRAPACERO.— Que con astucias, falsedades y mentiras procura engañar á otro en cualquier asunto.
- TRÁPALA.— Embuste, engaño. Persona que habla mucho y sin substancia.
- TRAPALÓN.— Embustero.
- TRAPISONDISTA.— Embrollón, enredador.
- TRASTO.— Persona informal y de mal trato.
- TRAVIESO.— Sutil, sagaz, inquieto, revoltoso.
- TROMPETA (POBRE).— Hombre despreciable y para poco.
- TRONERA.— Persona desbaratada en sus acciones y palabras, y que no guarda método ni orden en ellas.
- TRUCHIMÁN.— Persona sagaz y astuta, poco escrupulosa en sus operaciones.
- TRUHÁN.— Sin vergüenza, que vive de engaños y estafas.
- TUMBÓN.— Socarrón, perezoso, holgazán.
- TUNANTE.— Pícaro, bribón, taimado.

UÑA.— Destreza ó suma inclinación á defraudar ó hurtar.

- VAGABUNDO.— Holgazán ú ocioso que anda de un lugar en otro sin oficio ni beneficio.
- VAINAZAS.— Persona floja, descuidada ó desvaída.
- VALENTÓN.— Arrogante ó que se jacta de guapo ó valiente.
- VANAGLORIOSO.— Jactancioso, ufano y desvanecido.
- VANIDOSO.— Que tiene vanidad y la da á conocer.

- VANO. — Arrogante, presuntuoso, desvanecido.
 VELEIDOSO. — Inconstante, mudable.
 VELETA. — Persona inconstante, fácil y mudable.
 VENAL. — Que se deja sobornar con dádivas.
 VENÁTICO. — Que tiene vena de loco ó ideas y especies extravagantes.
 VENTOSO. — Vano, presuntuoso, desvanecido.
 VERRUGA, VERRUGO. — Persona ó cosa que molesta y de que no se puede uno librar; hombre tacaño y avaro.
 VIL. — Indigno, torpe, infame.
 VILLANO. — Rústico ó descortés, ruin, indigno, indecoroso.
 VINAGRE. — Sujeto de genio áspero y desapacible.
 VIROTE. — Hombre erguido, demasiadamente serio y quijote.
 VOCINGLERO. — Que habla mucho y vanamente.
 VOLTARIO. — Mudable, inconstante en el dictamen ó genio.
 VULGAR. — Que es del vulgo.

-
- ZAFIO. — Tosco, inculto, ignorante ó falta de doctrina.
 ZAHAREÑO. — Desdeñoso, esquivo, intratable ó irreducible.
 ZAHERIDOR. — Que zahiere.
 ZAINO. — Traidor, falso y poco seguro en el trato.
 ZALAMERO. — Que hace zalamerías.
 ZAMACUCO. — Hombre tonto, torpe y abrutado.
 ZAMARRO. — Hombre tosco, lerdo, rústico, pesado y sin aseo.
 ZAMBOMBO. — Hombre tosco, grosero y rudo de ingenio.
 ZAMBOROTUDO, ZAMBORROTUDO, ZAMBORONDÓN. — Persona que hace las cosas toscamente.
 ZAMPABODIGOS, ZAMPABOLLOS, ZAMPATORTAS, ZAMPAPALOS. — Persona que en su fisonomía, traza, palabras y acciones da muestra de incapacidad, torpeza y falta de crianza.
 ZAMPALIMOSNAS. — Persona pobretona y estrafalaria que anda de sopa en sopa y de puerta en puerta, comiendo y pidiendo en todas partes, sin vergüenza ni recato y con ansia é importunidad.
 ZANCAJO. — Persona de mala figura ó demasiado pequeña.
 ZANCARRÓN. — Hombre flaco, viejo, feo y desaseado.
 ZANGANDUNGO. — Hombre inexperto y de poca habilidad en su línea.
 ZÁNGANO. — Hombre holgazán que se sustenta con el sudor y trabajo ajenos.

- ZANGARULLÓN.—Muchacho alto, desvaído y que anda ocioso, teniendo ya edad de poder trabajar.
- ZANGUANGO.—Falto de actividad en lo físico y lo moral; embrutecido por la pereza.
- ZANGUAYO.—Hombre alto, desvaído, ocioso y que se hace el simple.
- ZARAGUTERO.—Que zaragutea.
- ZARRAMPLÍN.—Fargallón, chafallón, chapucero, hombre de poca habilidad en cualquiera profesión ú oficio.
- ZARRAPASTRÓN, ZARRAPASTROSO.—Desaseado, andrajoso desaliñado y roto.
- ZASCANDIL.—Hombre despreciable, bullicioso y enredador, que pretende autorizarse entremetiéndose y ofreciendo lo que no puede cumplir.
- ZOILO.—Crítico presumido y maligno censurador ó murmurador de las obras ajenas.
- ZOLOCHO.—Simple, mentecato, aturdido ó poco expedito.
- ZONZO, ZONZORRIÓN.—Poco advertido, sin viveza ó gracia en lo que hace ó dice.
- ZOPENCO.—Tonto y abrutado.
- ZOPO.—Sumamente desmañado, que se embaraza y tropieza en todo.
- ZOQUETE.—Feo, de mala traza, rudo.
- ZOQUETUDO.—Basto ó mal hecho.
- ZORRA.—Persona astuta y solapada.
- ZORRASTRÓN.—Pícaro, astuto, disimulado y demasiadamente cauteloso.
- ZORRERO.—Astuto, capcioso.
- ZORRO.—Hombre muy taimado y astuto.
- ZORROCLOCO.—Hombre tardo en sus operaciones y que parece bobo, pero que no se descuida en su utilidad y provecho.
- ZORRONGLÓN.—El que ejecuta pesadamente, de mala gana, y murmurando ó refunfuñando, las cosas que se le mandan.
- ZORZAL.—Hombre astuto y sagaz.
- ZOTE.—Ignorante, torpe y muy tardo en aprender.
- ZUMBÓN.—Que frecuentemente se anda burlando, ó tiene el genio festivo y poco serio.
- ZURRAPA.—Muchacho desmedrado y feo.
- ZURRIBURRI.—Sujeto vil, despreciable y de muy baja esfera.

Y después de tomar aliento, agradézcame V. los muchos vocablos que suprimo en la anterior letanía, donde hago gracia de *desatento, descomedido, descortés, desmañado, desventurado, desvergonzado, impertinente, improbo, imprudente, incapaz, incivil, inculto, indecente, indecoroso, indigno* y otros semejantes de conocida y fácil construcción, así como de los derivados de *Bobo, Fachenda, Hablador*, etc., ó sean *bobalias, bobalicón, bobarrón, bobatel, bobote, fachendista, fachendón, fachendoso, habladorzuelo, hablanchín, hablantín, hablistán*, etc.

Comprendo muy bien que falta clasificar ideológicamente el inventario, pues nada tienen que ver *malvado* con *boquirrubio*, ni *asno* con *astuto*, ni *gongorino* con *paparrabias*, ni *vanaglorioso* con *fariseo*. Cierto y ciertísimo. No hago más que reunir este lucido tropel de gentes fastidiosas en el orden físico, moral ó intelectual, y de quienes no quisiéramos ser padres, ni hijos, ni hermanos, ni aun compañeros en mesa de fonda ó viaje de ferrocarril; ó valiéndome de un símil, es como si dijésemos que condiciones tan diversas entre sí, como dulce, amargo, salado, picante, agrio, duro, blando, crudo, quemado, frío, caliente, verde, seco, etc., pueden, juntas ó separadas, convertir en rabioso al más delicado manjar.

Por rica que sea el habla castellana, no podía suministrar cosecha tan abundosa y fértil, sin recurrir, como hacen todos los idiomas, al sentido figurado. Por eso, entre los nombres despreciativos, tenemos representaciones del reino mineral, en *plomo*; del vegetal, en *camueso, naranjo, alcornoque y mastuerzo*; del animal, en *pavo, pardal, zorra, pollino, chinche, gallina, escuerzo, rodaballo, topo, marrano, cochino, puerco* y

camaleón, sin contar por genéricos á *bicho*, *peje*, *bestia*, *pájaro* y *pajarraco*; de los oficios, cargos, dignidades y parentescos, en *pastelero*, *danzante*, *galopín*, *refitolero*, *capigorrón*, *muñidor*, *sátrapa* y *tío*; de los muebles, vestidos, instrumentos músicos y medicinas, en *peine*, *veleta*, *bacia*, *bodoque*, *morral*, *zamarro*, *trompeta* y *sinapismo*; de las enfermedades, en *postema*, *roñoso* y *raqúitico*; del latín, en *adefesio*, *coramvobis* y *Petrus incunctis*; de los frutos y condimentos, en *calabaza* y *vina-gre*; de personajes ó territorios fantásticos, en *gerundio*, *maritornes* y *liliputiense*, y de individuos ó países reales y efectivos, en *gongorino*, *lucifer*, *zoilo*, *caco*, *perillán*, *barrabás*, *charro*, *babieca* y *judío*. Y ha sido tal la codicia y ambición de la lengua, que, no satisfecha con tan rica nomenclatura, llama en su auxilio á la antífrasis, y resulta que las mejores cualidades, las órdenes monásticas, los grados universitarios y los mismos centros de enseñanza, producen los poco apetecibles dictados de *bueno* y *buena pieza*, *santo* y *santo varón*, *ben-dito* y *camandulero*, *bachiller* y *bolonio*.

Si las palabras que expresan buenas prendas, tales como valiente, noble, leal, sabio, discreto, esforzado, caballero, digno, ilustre, generoso, impertérrito, bizarro y otras, son á causa de la índole humana mucho menores en número que las que indican malas cualidades, debe existir alguna razón filosófica que aclare los motivos de su excesiva abundancia en la lengua de Castilla. No puedo hablar de todas las de Europa; pero entiendo que ni el francés, ni el inglés, ni el alemán, ni el italiano, ni el portugués, poseen tan rico venero de nombres depreciativos. Creo, Sr. D. Juan, en virtud de la lógica más rudimentaria, que si al entrar en un pueblo desconocido notamos que una gran cantidad de tiendas son—

pongo por caso—de albarderos, ó confiterías, ó tabernas, sacamos en consecuencia que allí deben existir muchas caballerías de carga, ó muchos golosos, ó muchos borrachos. Pues por esta misma ley, debemos deducir la gran cantidad de gente que hay en España acreedora á los dictados de que me ocupó.

Mejor que yo sabe V. cuánto ha variado en los últimos veinticinco años el concepto en que los españoles eran tenidos por los otros países de Europa. Decir *español* era sinónimo de hidalgo, de valiente, de generoso, de galán Calderoniano, en una palabra. *Grande de España* es todavía para muchos extranjeros ilustrados una dignidad tal, que no permite salir á la calle sin guardia, maceros y coche de respeto. Pero viene la época de abaratare los viajes en ferrocarril, y se inunda Europa de españoles de tres al cuarto; se desarrolla el periodismo, y refiriendo con insistencia y por semínimas partes las miserias interiores de la nación, llegan á saberse en el mundo entero los frecuentes robos, hurtos, alcances y estafas, que, disfrazados con los elegantes nombres de *filtraciones* ó *irregularidades*, se cometen, no sólo en las oficinas de rentas, sino también en las de corporaciones literarias; y se conoce el contubernio del concejo de Madrid con la renta de consumos; y la trama burda y ridícula con que lograron reunir buenos capitales la embaucadora *Doña Baldomera* y el *Crédito Ibérico* de Barcelona; y la inútil zalagarda que promovió el asunto de las Carolinas; y la poca vigilancia de ciertas prisiones de la corte, que hizo pública la tramitación de un proceso ruidoso; y las alharacas (de que tanto se han reído en Europa) tributadas antes de tiempo á un ensayo náutico, que han venido á ser como aquellas exequias que celebraron en México por Hernán Cortés, antes del

fallecimiento del célebre conquistador ; y los dictados de *ilustres oradores* con que por acá se califican á simples palabreros ; y el epíteto de *distinguidos* con que se nombran á poetas, escritores, diputados, militares, golillas y ciudadanos que no son ni con mil leguas *ilustres*, ni *nobles*, ni *esclarecidos* ; y, en fin, otras miserias por el estilo, que no señalo por no pecar de prolijo y porque V. las conoce de sobra.

Quizá por esto, y por aquello, y por lo de más allá, daría el general O'Donnell su famosa definición de España llamándola *presidio suelto*. No hay necesidad de criticar semejante frase. Bien se me alcanza que lo malo brilla más que lo bueno, y que más hacen tres chillando que trescientos callando. Pero creo también que si del *infinitus est numerus* del Eclesiastés, tocan en unas tierras al uno por diez de sus naturales, en España quizá lleguen al veinte por ciento. De aquí nacerá la riqueza del Diccionario, y de aquí también, por la abundancia del surtido, la indudable eufonía, gracejo y expresión de *badulaque* y *calandrajo*, *zorro* y *pillo*, *mequetrefe* y *botarate*, *camaleón* y *lagarto*, *perdulario* y *zascandil*, *tarambana* y *cachivache*, *mandria* y *pelafustán*, *zopenco* y *chiquilicuatro*, y otros varios de los consignados en el inventario. Existe en ellos una especie de armonía imitativa ó de afinidad ideológica con las cualidades de los sujetos á quienes se aplican.

Claro es que con nada de lo dicho se amenguan los laureles y merecimientos de España. De memoria los sabemos por la frecuencia con que Vds. sacan á colación en prosa y verso lo de Sagunto y Numancia ; la pelea de siete siglos con los moros ; el descubrimiento y conquistas de América ; las navegaciones de Elcano ; el combate de Lepanto ; las hazañas de Cortés y de Pizarro,

:

los triunfos de las Navas y Pavía ; las glorias de Bailén, caldeadas por la temperatura de Julio ; lo de que el sol no se ponía en los dominios de España, y demás grandezas y heroicidades con que Vds. dan tapaboca cuando sacan el Cristo en defensa de su país. Todo esto es muy verdadero y muy respetable. Pero V., que tan sabio y discreto es, no me negará que, si es fácil recoger del jardín un ramo de bellísimas flores, no es difícil reunir en el mismo sitio manojos de mala hierba con fea vista y olor desagradable. En tal razón se fundaría D. Quijote para entender que «no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.»

De modo que si existe algo de verdad y fundamento en las razones que dejo escritas, parece cosa difícilísima obtener en su país de V. patente de hombre perfecto y sin tacha, limpio de todos los vocablos despreciativos que el Diccionario comprende. Casi son grano de anís los requilorios de ser jurisperito, teólogo, médico, herbolario, astrólogo, matemático, nadador, albéitar, casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla, que eran las grandes y mínimas partes de que se componía un buen caballero andante, según la opinión del *Ingenioso Hidalgo*.

Y Vds., en vez de mirar por su lado bueno al pobre enfermo que reunió semejantes prendas, y que además fué modelo de arrojo, de honradez, de hidalguía, de nobleza y de caballerosidad, lo contemplan por el sitio malo y se aprovechan de D. Quijote, honra de su patria, para

designar al hombre nimiamente puntilloso ó ridículamente grave y serio!!!

No me atreveré á decir que esto indique falta de patriotismo, de beneficencia y de justicia; pero sí me aventuro á recordar que no abundarían tales virtudes allá por los años de 1812, cuando en el artículo 6.º de aquella famosa *Constitución* se imponen como principales obligaciones las tres que siguen:

LA DEL AMOR DE LA PATRIA;
LA DE SER JUSTOS, y
LA DE SER BENÉFICOS.

Hoy son inútiles semejantes mandatos, porque abunda, sobra y rebosa por toda España el *Patriotismo*, la *Justicia* y la *Beneficencia*, á cuyas virtudes servirán de sólido y perpetuo apoyo las hermosas conquistas del Jurado y Sufragio universal, convertidas en el *stimulus dedit æmula virtus*, de que nos habló el compadre Lucano. Dentro de medio siglo los académicos sucesores de Vds., si Vds. no viven entonces, han de suprimir por anticuados é inútiles la mitad, cuando menos, de los nombres despectivos que hoy pululan en el Diccionario de la lengua castellana.

Perdone V. tanta palabrería, y absuelva á este charlatán, que se repite de V. servidor y devoto amigo,
Q. L. B. L. M.

EL DR. THEBUSSEM.

HUERTA DE CIGARRA, 31 de Enero de 1891 años.

UN POCO DE TODO



I.

Los preceptistas de literatura advierten que nunca se debe decirlo todo ; y aun cuando no lo aconsejaran ellos, siempre lo enseñaría el sentido común. Ó porque se especula sobre axiomas ; ó porque se presume el asentimiento de los demás ; ó porque sólo de paso se quiere rozar con puntos que, aun suprimidos, en nada desvirtuarían las principales pruebas ; ó, en fin, porque el papel se agota, la mano se fatiga, la hora de otro deber nos llama y se teme ser difuso, hay innúmeras ideas que apenas se indican, y no figuran en la derrota del discurso sino como columnas miliares que sin cimientos hondos llenan bien su destino asomadas á flor de tierra.

Por haberme sujetado á esta doctrina y costumbre al mencionar las quejas de Cuba, la filosofía española y otras materias incidentales, tengo que contestar hoy al escrito del Sr. D. V. Barrantes, publicado en la entrega de Setiembre último de LA ESPAÑA MODERNA. « Contestar » no es el término exacto ; ampliar conceptos que insinué rápidamente sería mejor dicho. Y lo advierto para

que no parezca que me anima el propósito de fastidiar al apreciable Sr. Barrantes con una polémica, aunque, en hecho de verdad, mientras todo el mundo no esté de acuerdo en todas las cosas, la discusión será una necesidad de la vida civilizada; sin ella, la imprenta carecería de la mitad de su objeto; pero con la condición, eso sí, de sacrificar á la sencillez de los hechos y los principios todo espíritu de obstinación ó desabrimiento que se nos quiera colar por las bardas.

Por ahí habla el Sr. Barrantes de hastío de los lectores. ¿Y por qué hastío? ¿Acaso hacemos ni él ni yo profesión de novelistas? ¿Hemos prometido literatura de imaginación? ¿Es LA ESPAÑA MODERNA un periódico de modas ó de chascarrillos? Pocas preocupaciones de tanta trascendencia tiene España, como las que se refieren á los valiosos rezagos de su vasto imperio ultramarino, y ambos contendientes estamos en el caso de esperar que nos oigan, no los lectores frívolos, á quienes no dedicamos nuestro tiempo, sino los que se interesan por la historia, la verdad, la cultura, el presente y el porvenir de las colonias españolas.

El Sr. Barrantes dice que en mi *Carta al Sr. Valera*, en *El Espinar cubano* y en otro de mis escritos sueltos he perdido la «serenidad y alteza de espíritu» de mis trabajos anteriores. Sentiría que tuviese razón; pero creeré que no, si me atengo á los conceptos emitidos por varios periódicos, españoles algunos de ellos, y á lo que leo en cartas particulares, una de las cuales ha sido escrita justamente por un miembro conspicuo de la redacción de LA ESPAÑA MODERNA. Por lo demás, reconozco en mi distinguido contendor cuanto derecho sea preciso para calificarme, así como respecto de él sigo ejercitando el mío.

Hay en el Sr. Barrantes dos hombres completamente distintos : el historiador-filósofo y el sectario político.

El primero sabe el diagnóstico de los males ultramarinos, abre su estudio á todas las luces de la ciencia, afronta sin cobardía los peligros de la verdad, y por la firmeza con que rechaza las preocupaciones del vulgo, y por la experiencia que toma de los tremendos infortunios de su patria, está muy por encima de sus conmlitones y hasta desentona de los que le son más queridos, según sus propias palabras. Divisa, como de otro escritor decía Sainte-Beuve, dos ó tres horizontes á la vez.

El segundo.... es de ortigas, como cualquier otro. Sospecho que no le faltan su horca y su cuchillo.

El filósofo no vaga, como la nube, de estrella en estrella, sino que descubre en lo pasado la ley ineludible de la independencia de las colonias, y proclama la necesidad de una organización que tenga en mira ese porvenir fatal ; no quiere que se les dé educación mística, sino práctica, como la exigen las luchas del progreso ; censura los desaciertos del régimen restrictivo aplicado aquende el Océano ; vitupera á los gobernantes déspotas que han oprimido al mundo americano ; confiesa que, ahora mismo, los que han estado desempeñando el ministerio de Ultramar—y cita al Sr. Becerra,—han sido hombres desalumbrados, que no han hecho sino ensayos infelices, como *in anima vili*, en las lejanas islas españolas ; reconoce el derecho de los cubanos para mejorar su estado político, y pide como providencia urgente una reforma profunda, sobre base liberal, de la gobernación de las Antillas, y el planteamiento del organismo autonómico.

El sectario, el político, eleva á apotegma los versos, que otro día cité, del Sr. Jackson Veyan, pues piensa,

como Posada Herrera, « que no se da al pueblo ningún pedazo de pan cuando se le da un nuevo derecho »; se irrita cuando oye hablar de agravios á Cuba, y asegura que « ningún escritor español, por liberal que sea », nos ayudará en el terreno de su reconocimiento y reparación á fundar la conciliación sincera de los espíritus; nos llama de inmorales, esclavistas y mal gobernados por nuestra propia voluntad, y pueblo de fatuos, y en materia de ingenios una esterilidad.

Seguramente quien así nos fulmina estos rayos tendrá comprobantes inéditos de que los cubanos fuimos los padrinos de aquella bomba aspirante que se llama Oteiza, y de tantísimas otras de la misma calaña; de que los cubanos nos comprometimos con Inglaterra á no continuar la trata, y hasta recibimos dinero como compensación de perjuicios, y después la continuamos por largo tiempo; de que con el voto de los cubanos han sido elegidos los ministros de Ultramar, los capitanes generales, y hasta los tenientes pedáneos de la Isla.

De contraste tan asombroso resulta que el Sr. Barrantes es, en cuanto filósofo, superior mil veces á sí mismo como prosélito de bando; que como hombre de estudios vale más que como español tradicionalista; que su inteligencia emprende vuelos muy altos, en los que no puede acompañarla su patriotismo, porque éste (en lo relativo á mi tierra) se informa en el menosprecio de todo lo cubano; es un patriotismo rudimentario y onusto.

En paz y en haz del primero, que es digno de todo mi respeto y estimación, absténgome de discutir con el segundo; y como es éste, no el otro, quien nos arroja desde chinas hasta metralla, apelaré de Alejandro fuera de razón á Alejandro en cabal sentido.

* * *

El Sr. Barrantes—no el filósofo sereno, sino el ciego secuaz—persiste en que D. José de La Luz y Caballero convirtió la enseñanza en *puñal contra España*, en «que educó á los niños para *la conspiración y el cadalso*, como dice terminantemente Sanguily». Apostrofa con un *nescio vos*, como si se tratara de uno de los rezagados de la parábola, al Sr. Prellezo, testigo de la mayor excepción; y en cuidado me tengo que hará oídos de mercader, si agrego que después de los exámenes de 1861 el gobernador de la Isla nombró una comisión que averiguara si en el colegio de *El Salvador* se infiltraban doctrinas subversivas,—porque en Cuba siempre hubo multitud de ojos suspicaces clavados sobre D. Pepe por sólo el hecho de que era liberal y eximio,—y la comisión certificó que no, según informe inserto por aquel entonces en la *Gaceta Oficial* de la Habana.

Aquí debo advertir que los colegios de La Luz no se sostenían con fondos públicos, no eran oficiales, como me figuro que el Sr. Barrantes lo cree al decir que el gobierno *eligió* á D. Pepe para *entregarle* la instrucción de la juventud.

Las frases de Sanguily citadas como testimonio, no expresan todo el pensamiento de este gallardo escritor. Es peligroso, y el Sr. Barrantes lo sabe, aislar de una obra unas pocas líneas y construir con ellas una teoría absoluta, que puede ser hasta contraria á la verdaderamente del autor de quien se pretende haberla extraído; así lo advirtió discretamente M. Édouard Rod al empezar sus estudios sobre las *Ideas morales contemporáneas* en la *Revue Bleue*, en Junio último.

El Sr. Sanguily acaba de publicar, corregido, en un volumen de 240 páginas, el concienzudo trabajo que en 1885 dió á la *Revista Cubana*. De la nueva edición

voy á copiar algo, cuya atenta lectura, como la del libro todo, recomiendo á los críticos políticos de D. Pepe.

En la página 8 pregunta Sanguily si fué La Luz propagandista de ideas revolucionarias, y se contesta á sí mismo :

«Yo no lo sé por modo indudable.... No me arredraría hasta afirmar sin vacilación que lo fué.» (Pág. 9.)

«José de La Luz fué un hombre puro y fué también un precursor : no soñó nunca, seguramente, en perturbar las conciencias preparándolas para la acción inmediata y asoladora : ansió, por el contrario, iluminarlas en la verdad y serenarlas en la virtud ; pero, al cabo, las perturbó sin embargo : regó por todas partes gérmenes sublimes y fecundos de moralidad y de grandeza viril que habían de desenvolverse en las almas y traer lógicamente un desacuerdo profundo entre la realidad y los principios, y luego una aspiración á la armonía, tanto más grande cuanto más cierto y acentuado fuese el contraste, y tanto más dolorosa cuanto más difícil fuese restablecer el natural y legítimo equilibrio.» (Pág. 16.)

«Un patriota ardiente, sin ser jamás un revolucionario.» (Pág. 31.)

«.... La propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores.» (Página 187.)

«El colegio no era independiente, y pesaba más sobre él que sobre otra cualquiera institución local vigilante prevención y sañuda suspicacia. Lo que él inspiraba, sobre todo, era amor á la ciencia, al saber, mientras sembraba en los ánimos gérmenes sanos de moralidad y nobleza viril ; lo cual era, en verdad, alcanzar demasiado y alcanzar lo mejor.» (Pág. 193.)

«Existió perpetuamente inmaculado, y soñó constan-

temente con la felicidad y la gloria de su patria. Él la buscó por senderos apacibles.» (Pág. 199.)

Demás de esto, el Sr. D. José Silverio Jorrín, uno de nuestros patricios más honrados, publicó en *El País* de la Habana (Agosto, 21) una carta sobre el interesantísimo libro de Sanguily, en la que dice: «Ni Luz discutió jamás sobre materias políticas en el colegio de *El Salvador*.» Y Sanguily responde con su lealtad ingénita: «lo que es indudable». (*País*, Agosto, 31.)

Aquello de «mártires para el cadalso» tiene otra significación, que es esta: todo el que predique la justicia en una sociedad basada sobre la injusticia, formará mártires para el cadalso. Jesucristo no se ocupó en difundir odios contra razas ni contra individuos, ni en preparar derrocadores de gobiernos ni rebeldías de colonias; y, sin embargo, su enseñanza, fundada en el amor, pero también en la justicia, formó mártires para el cadalso, como la de La Luz, que era imitación de aquélla, menos en lo de presentar la otra mejilla. En los Estados Unidos, en Inglaterra, hay educadores del mismo temple del gran maestro cubano, del mismo tipo evangélico, más sabios que él, porque ya las ciencias han avanzado más, y que enseñan filosofías más peligrosas que las explicadas tímidamente en *El Salvador*. ¿Por qué los discípulos de esos educadores no conspiran contra el Gobierno inglés y el de la Unión americana?

Al llegar aquí no puedo menos que saborear unas palabras del Sr. Barrantes —el filósofo, por supuesto,— dignas de entallarse en oro:

«....Hasta hago coro á las maldiciones con que recuerdan (los hispano-americanos) á algunos de los gobernantes que les enviamos, que el historiador crítico ha de poner la verdad y la justicia sobre los intereses de la

misma patria.» (LA ESPAÑA MODERNA, Enero de 1890, pág. 187.)

Estas que siguen no son del historiador crítico, sino de *el otro* :

«El ser yo tan razonable que reconozca el derecho de los cubanos á mejorar su estado político, no se lo da á ellos á aplaudir *en mi presencia* la conversión de las escuelas de Cuba en cuarteles contra mi patria.»

Entendámonos. ¿Qué significa la frase «en mi presencia?» ¿Quiere decir que por ser el Sr. Barrantes uno de los redactores de LA ESPAÑA MODERNA no es delicado que en sus páginas defienda yo á La Luz?

Así lo he entendido, y contesto : jamás he colaborado en periódico alguno de rancio espíritu español , porque aun dentro de los miramientos que siempre guardo, necesito independencia, y los panegiristas de las malas administraciones de Cuba, por regla general, no la otorgan.

El Sr. Director de LA ESPAÑA MODERNA, después de leer mi *Carta al Sr. Valera*, me escribió que lamentaba no haberla recibido inédita, para publicarla en su acreditada revista, y me pidió otros trabajos. Hizo más: reprodujo espontáneamente la mencionada *Carta*.

En ésta no me di por más realista que el rey, sino por lo que soy, es decir, por un cubano que condena el sistema de gobierno establecido en la Isla y anhela por un cambio, por la descentralización, por la libertad.

C'était à prendre ou à laisser.

Me dije entonces que sin duda el Sr. Lázaro no tenía la intolerancia ni la intransigencia de muchos de sus paisanos; que no le temía á la verdad, á ninguna verdad, y que no le repugnaba la idea de que su periódico sirviera de

órgano á discusiones patrióticas en beneficio de las reformas que la cultura de las Antillas reclama ; y me apresuré, agradecido, á complacerlo.

Empecé con *El Espinar cubano*, por las razones que en su día expuse. El Sr. Barrantes mismo dice que en ese artículo «apenas» hay algún concepto que lo pueda lastimar personalmente ; suprima el *apenas*, y será exacto. Quizá escribí con calor, que era justificable, pero sin ofensas y sin el odio que parece atribuírseme ; y aunque, como dice Tácito, es más honrado ofender que odiar, renuncié tal honra, y me figuro que, á no haber sido así, el Sr. Lázaro no habría dado cabida á mi escrito en su periódico.

El colegio de La Luz no era un cuartel, sino un templo de la justicia. Esto se puede discutir como capítulo de la historia literaria de Cuba en cualquier lugar y con cualquier crítico del mundo ; y como asunto político, mis compatriotas han tratado ese y otros más graves aún en el recinto de las Cortes, ante toda la representación nacional. ¿Á qué conduce, pues, la irritabilidad del Sr. Barrantes, de él, que á los cubanos nos tacha de extremadamente susceptibles?

No he venido á levantar en LA ESPAÑA MODERNA tribuna revolucionaria ; si abrigara tal deseo, y me sería fácil probar que no lo abrigo, sé bien que no debería dirigirme á este paraje. He venido á rectificar los que considero errores, y á defender el buen nombre de unas provincias que pertenecen á España, maltratado por españoles que no las conocen ó no las quieren bien.

Y sigo con La Luz.

El Sr. Barrantes recalca mucho en que me guardo de extremar la defensa del venerable maestro. No es que me guarde : es que no puedo pretender rivalizar con los

que estuvieron unidos á él con lazos estrechos de enseñanza ó de cariño personal, yo que no lo traté. No es necesario, empero, haberlo conocido para amar su memoria, y salgo á vindicarla con las armas que me dan sus discípulos, cediéndoles á éstos, como es natural, la delantera.

Por lo demás, creer que sin La Luz no hubieran caído los cubanos en la cuenta de que se les estaban negando los derechos políticos, es una fantasía sobre el vacío tema de nuestra esterilidad; es deducir, en el avalúo de nuestras últimas generaciones, toda su inteligencia como tara. Hace más de un cuarto de siglo era el autor de estas páginas estudiante del Seminario de *San Basilio*, de Santiago de Cuba. El Ilmo. Arzobispo Negueruela acababa de conferirnos la tonsura á varios seminaristas. Era natural pensar en lo por venir.

—Cuando yo sea arzobispo....—empezó á decir un impúber.

—¿Arzobispo tú? (le interrumpió otro, cursante de súmulas.) ¡Ni canónigo!

—¿Y por qué no?

—¿Pues no ves que todos tenemos el *pecado original*?

El *pecado original* era nuestro *origen* cubano.

Á *San Basilio* no llegaban las doctrinas de La Luz, de quien muchos, quizá todos, hasta ignorábamos que existiera. El rector y la mayor parte de los catedráticos eran sacerdotes peninsulares. Allí trataban de inculcar nos el principio de autoridad tal como la Iglesia y los Gobiernos de España lo conciben y lo enseñan. ¿No descubre el Sr. Barrantes, en la amargura de aquella metáfora teológica, la generación espontánea de la queja en el alma de la niñez?

Más tarde supe que, durante la revolución, varios or-

denandos ahorcaron la hopa y fueron á reunirse con los sublevados. Uno de mis antiguos condiscípulos, sacerdote á la sazón, les dijo la primera misa. Un ex-colegial fué hecho prisionero, y tal vez hubiera muerto en el patíbulo á no ser por la activa intercesión del que hasta poco antes había sido rector de *San Basilio*, el Dr. D. Benigno Merino y Mendi, sacerdote de la Península, hoy canónigo de la catedral de la Habana, y á quien envió desde aquí, por si estas líneas cayeren en sus manos, la expresión de mi gratitud por su conducta generosa para con sus antiguos educandos, y de mi admiración siempre viva por su carácter, su saber y sus virtudes.



El Sr. Barrantes me castiga pegando un sambenito en los muros de su iglesia por mi pecado presunto de no conocer *La Ciencia española* del Sr. Menéndez y Pelayo.

No andemos tan aprisa.

Después de estimar en su raro valor, como es justo, los quilates de esa joya de patriotismo, en la cual brillan la erudición y el ingenio en mañoso engarce, se puede afirmar, empero, que no es broche que cierre definitivamente hasta el folio último del debate sobre si ha habido ó no *filosofía española*.

Como condición para continuarlo el Sr. Revilla había pedido comedimiento á su contendor, y dado el ejemplo. Ningún sacrificio le hubiera costado al Sr. Menéndez tratar al escritor con la mismas consideraciones que al hombre tuvo, y se encotraba en el caso de efectuarlo así, para imposibilitar todo subterfugio, si subterfugio había; pero en lugar de eso, hizo lo único que había que hacer para que la polémica cesara : seguir fulminando sus *quos*

ego! Aquélla, por lo que respeta á Revilla, no pasó de ahí. El Sr. Menéndez fué el último en hablar; pero hablar el último no es por sí solo prueba de nada.

El Sr. Revilla había dicho que él no negaba que en España hubiera habido filósofos; pero que, á pesar de eso, no había filosofía española. El Sr. Barrantes afirma que el libro del Sr. Menéndez y Pelayo «desde 1877 ha quitado las ganas á los críticos á lo Revilla de meterse en honduras donde se ahogan». Pero ello es que en el mismo año citado el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, no «crítico á lo Revilla», sino ortodoxo exorbitante, salió al encuentro al paladín de Vives, y con frases tan melosas como bien enderezados argumentos, le sostuvo que la sola existencia de filósofos en un país no autoriza para bautizar con su nombre á un organismo científico; y en 1878 se publicaron en Madrid los *Juicios y Disertaciones* de D. Juan Valera, en cuyas páginas 221 y 222 se sustenta que, á pesar de haber habido filósofos en España, en cierto sentido no había propiamente filosofía española. El artículo es de 1873, mayor motivo para que el señor Valera lo hubiese en 1878 omitido al preparar una colección de sus trabajos, si con ocasión de la polémica de 1876 y 1877 hubiera cambiado de parecer. Reimprimir, fué ratificar; y todavía en la entrega de Enero de este año, de LA ESPAÑA MODERNA, dice el Sr. Valera: «Seguirá aún *sub judice*, que hubo ó hay filosofía española.» (Pág. 145.)

Tenemos aquí, por lo pronto, dos escritores que no son «á lo Revilla», sino muy de la devoción del señor Barrantes, y para quienes bajo un punto de vista hubo filosofía española, y bajo otro no; pero con este busilis: que el carácter en que la aceptan no es el mismo en que la pregona el Sr. Menéndez y Pelayo; y el sentido en que la niegan, tiene mucha afinidad con el de Revilla; pues

aunque el Sr. Pidal dijo que «allí donde haya habido filósofos, habrá habido filosofía», eso no pasa de ser, á mi juicio, una galantería de cofrade para con el autor de *La Ciencia española*, por desorientar á los herejes; no está de acuerdo con lo que expresó á pocas líneas, y sobre todo no es exacto, porque ni histórica ni científicamente, ni de ningún otro modo, se puede pretender que donde hubo flores habrá indefectiblemente habido jardín, ó, para valerme de las comparaciones de Revilla, que donde hubo músicos y pintores habría habido, por sólo eso, Música y Pintura.

¿Produciré ahora como instrumento testimonial la declaración de D. J. M. Guardia, quien, en la entrega de Mayo de este año de la *Revue Philosophique* de París, acaba de negar la existencia de esa filosofía contenciosa? Si sólo atendiera á lo que hay de depresivo en aquella lucubración, que es como un aparato de humillantes gemonías, no; porque no forma parte de mis hábitos el aplaudir que se ponga de oro y azul á los togados de la literatura, ni aun para desacreditar sus doctrinas; y así como me desagradó la arrogancia del Sr. Menéndez y Pelayo con Revilla, se me desazona la crítica burlesca del Sr. Guardia contra los Sres. Menéndez, Valera y otros. Si atiendo á que el artículo de la *Revue* no estudia la cuestión á fondo, á que tiene menos de disertación que de zumba, quizá tampoco debería mencionarlo; pero me resuelvo, aunque el Sr. Barrantes diga que su autor es «á lo Revilla», porque allí se ve, en resumen, que todavía, después de *La Ciencia española*, hay quienes sigan negando la filosofía de España, y porque supongo al señor Guardia capaz de un trabajo superior á ese, más razonado que agresivo, más histórico y científico que fisgón.

Y aún me queda otro nombre que citar, uno que no se adivinaría fácilmente, y cuya alegación en favor mío sonará como una paradoja : ¡nada menos que el del mismo Sr. Menéndez y Pelayo! El 1.º de Mayo de 1884, á los ocho años de su polémica con Revilla; en un discurso que pronunció en el Instituto de las Baleares acerca de Raimundo Lulio y con el cual comienza el tomo III de *La Ciencia española*, después de hablar de los trabajos que debían emprenderse sobre las obras de los filósofos españoles, agregó :

« Sólo entonces será hacedero tejer la historia de la filosofía española, entendida tal palabra en su verdadero y recto sentido, que no excluye la variedad local, y afirma al mismo tiempo la unidad de la ciencia. Sólo entonces podremos confirmar ó RECTIFICAR las HIPÓTESIS que, para alumbrar el camino, han ido formando PROVISIONALMENTE los primeros que se han internado en la oculta mina. *Sólo entonces llegará á ser afirmación indiscutible lo que es hoy presunción y conjetura*, robustecida cada día por nuevos datos; es á saber : que hay en el pensamiento ibérico tales caracteres y aptitudes, tales rasgos de identidad á través de los siglos y las civilizaciones más distintas, que nos autorizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las lucubraciones de nuestros pensadores, y que es cosa, no ya lícita, sino de rigurosa justicia (sólo retardada hasta ahora por la ignorancia ó la pasión), conceder á nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía, si no tan alto como el que ocupan las dos razas privilegiadas en este punto, la griega y la alemana, tan alto, por lo menos, como el que se concede hoy á los italianos y á los franceses. *Entonces podremos hablar con entera exactitud de filosofía española.*»

:

No copio más por no alargar la transcripción ; pero en esas líneas , y en las que cerceno , se presenta el señor Menéndez y Pelayo , no ya con aquel incontrastable ímpetu de alud de sus contestaciones al Sr. Revilla ocho años atrás , sino con el tono de quien vacila acerca de las conversiones alcanzadas por sus prédicas , con el de quien , queriendo tener la convicción , no tiene más que el deseo , y no osa elevar ese deseo á la altura de una convicción.

Por todo lo expuesto me considero con fundamentos bastantes para afirmar que en la cuestión de si ha habido ó no filosofía en España , *La Ciencia española* no es la palabra postrera . Y no me digan que hay debates que no se terminan nunca ; sí los hay , por ejemplo : alópatas y homeópatas no han llegado todavía á entenderse ; pero ¿qué deberíamos pensar de la Homeopatía si Hahnemann resucitase á declarar , ó si lo declarasen sus más fervientes prosélitos actuales , que ese sistema no es todavía más que *hipótesis*? ¿Qué diríamos de M. Pasteur si , después de tanto como ha trabajado y de tanto como se ha discutido la eficacia de su vacunación antirrábica , saliese él mismo revelando que , aun cuando sigue creyendo en ella , no la pregona todavía sino como *conjetura*?

¿Deberé ahora remendar la discusión donde la rasgó Revilla , hacerla propia y para ello enfrascarme en la lectura de los infolios de Lulio , Vives , Fox Morcillo , Suárez?.... *Vade retro*. Ni es fácil conseguir por acá todos esos pergaminos , ni seré yo quien vaya á sacudir las mortajas de polvo tendidas sobre los pocos que tenemos , por la justicia de los años . Y no es esto menosprecio de mi parte , sino que la vida es corta , y entre la infinidad de libros magistrales que aún no conozco , hay muchísimos que , como americano , y sobre todo como

hijo de Cuba, me interesan más. Pero ahí tienen Vds., más cerca, al Sr. Guardia, que los está provocando desde una de las grandes capitales del mundo, ante un auditorio mucho mayor que el que pudiera yo congregar. Dejo á los valencianos el honor, y hasta los aplaudiré por ello, de erigir monumento á Vives en el patio de su Universidad literaria.

En *El Espinar cubano* no di como mía la negación de la filosofía española, sino como de Revilla, de ese preclaro escritor cuya tumba sigue todavía el Sr. Barrantes mirando por encima del hombro; que fué en las letras castellanas maestro de incontrovertible expectación; que juzgó á varios poetas cubanos con severidad, pero sin altanería y sin veneno (y fué una prueba de que sí ha habido críticos españoles que nos hayan agradado); á quien el mismo Sr. Menéndez llamó «gran crítico» y de quien habló con ternura, arrepentido de su pasada dureza, en la advertencia preliminar de *La Ciencia española*.

En el citado artículo no había para qué traer á consecuencia estas cosas; allí se trataba de justificar á Don José de La Luz por haber preferido los filósofos extranjeros, y la cita de Revilla, apoyada en todas estas razones que me guardaba *in pectore*, llenaba el objeto. Si quisiera ratificarlo, bastaría comentar estas palabras del Sr. Menéndez:

«Tenía, pues, razón el Sr. Azcárate en afirmar que la vida intelectual en España debió interrumpirse durante largo tiempo; sólo que este largo tiempo comienza por los años de 1790 (*plus minusve*) y continúa en el presente, sin que se vean trazas de remedio....» (*La Ciencia española*, I, 332, 3.^a edición.)

Pero no comentaré estas líneas, porque ello no entra

en mi propósito. Al decir que España necesita un nuevo aprendizaje, me referí sin reticencias á su administración ultramarina, que era de lo que trataba. Ha habido en el mundo varios sistemas coloniales : sin remontarnos hasta Roma, Grecia, Fenicia, de cinco centurias acá hemos tenido y tenemos el español, el inglés, el francés, los de Portugal, Holanda, el alemán, el italiano.... Cuando se descubrió la América, el español fué imitado como óptimo por las demás potencias ; pero éstas, en el andar de los siglos, dieron recientemente con otros más sabios, y ahora España llora sus perdidas grandezas, rezagada todavía en la noche del suyo. Es mi convicción, y no es mía sola, que hoy por hoy el mejor sistema colonial es el inglés, porque desarrolla las actividades de los lejanos súbditos, los inicia y perfecciona en la ciencia política, los enseña á dirigirse á sí propios y fortifica sus vínculos con la madre patria. Con pensar esto, con preferir un sistema á otros, no lastimo la dignidad de ningún francés, de ningún portugués, de ningún español.... Y como el camino seguido por España no ha conducido á aquel término, sino á otros distintos, — á los del descontento y la rebelión, primero en el continente y después en las Antillas, — puedo seguir imaginándome que cuando ella se decida á aprender los principios coloniales de Inglaterra, y á ponerlos en práctica, resolverá sus dificultades en América, pues abatirá por el amor el *espinar cubano* sin necesidad de podaderas ni de hachas, como abatió la Gran Bretaña el suyo en colonias también de América después de la insurrección del Canadá.

RAFAEL M. MERCHÁN.

(*Concluirá.*)

LA CUESTIÓN ACADÉMICA



(CARTA ABIERTA.)

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Mi distinguida amiga : Si la cuestión que hace un año se discutió en toda la prensa, á propósito de la proyectada candidatura de V. para la Academia Española, no hubiese trascendido de la esfera puramente personal, para convertirse en cuestión *objetiva* y de principios, como decimos ahora, no me atrevería yo á resucitarla, por temor de molestar juntamente al público y á V. en lo más delicado de su modestia.

Pero, como digo, todos conformamos entonces en que lo que se discutía no era el derecho de *usted* á ser *académico*, sino el derecho y las aptitudes de la mujer para alcanzar esa sanción oficial y externa, aunque importante al fin y al cabo, dentro del medio y para vivir en acuerdo con él.

Puesta así la cuestión, dejaba de tener un carácter *legal é histórico*, para tomar otro *jurídico y racional*; si es que V. me permite el uso de esas denominaciones tan gráficas y vulgares como inexactas. ¡Pero vaya V. con

derecho natural y razón llana á los centros oficiales! En este punto, son todos afiliados á la escuela positivista que editan los Fratelli Bocca de Milán. No hay más derecho que el legislado y á él me atengo. Dejémonos de historias y veamos el Alcubilla, la *Gaceta* y el *Repertorio* de Pantoja. ¿Autoriza la legislación de las Reales Academias el nombramiento de un miembro que no sea varón? Y, sobre todo, ¿hay precedentes de lo contrario?

Ahí estaba el *quid*: los *precedentes*. Es decir, ¡el primer *mouton de Panurge*, sin cuyo ejemplo é impulsión cualquiera se atreve á mover un pie! La pretensión, por lo repetida, es graciosa. Llevada con rigor, supondría la inmovilidad en todas las esferas de la vida; porque es de presumir que si ahora comemos con tenedor y nos calentamos con estufas, alguien fué el primero en usar estas novedades, de las que no se sabe todavía que naciesen espontáneamente al par del hombre terciario ó post-terciario, si así lo quiere el Sr. Vilanova; y ese tal primero de la serie, ó no era primero, ó jamás pudo alegar antecedente alguno.

Pero basta de perogrulladas: aunque tales están los tiempos, que así como el sentido común—según dijo el otro—es el sentido que menos abunda, la perogrullada es la verdad que menos se sabe y se practica. No es, pues, tan inútil, como á primera vista parece, recordarla de vez en cuando.

No escribo, sin embargo, esta carta para insistir en este aspecto de la cuestión. También yo, aunque no soy académico y aunque opino en mucho con nuestro *Fígaro* que el hombre *es un animal incorregible*, doy su importancia al dato histórico, y creo que tiene, en efecto, una fuerza y valor que oscila según los tiempos, como la Bolsa, pero que siempre pasa de cero.

El precedente es, en tesis general, una garantía ; y no lo digo por los que suelen inventarse en nuestros ministerios para favorecer ó perjudicar á determinada persona. En buena doctrina, los precedentes son de dos clases : los de casa y los de fuera ; pero aquí solemos rendir culto al refran que Fernán Caballero escogió como tema, si no me equivoco, de uno de sus cuentos. Lo de fuera, como no sea en materia de cocina ó de trajes, suele importarnos poco y juzgarlo por inadecuado. Á ser de otro modo, figúrese V. si llenaríamos cuartillas con precedentes de representaciones femeninas en Institutos y Academias tan respetables, por lo menos, como la muy respetable Española.

El ejemplo no lo dan sólo las heteróclitas y extravagantes costumbres de los Estados-Unidos. Lo dan dos de las naciones más conservadoras en las costumbres y tradiciones burocráticas y sociales : Inglaterra, admitiendo en sus juntas de primera enseñanza, ó *school boards* á las mujeres ; Francia, elevándolas al grado de consejeros de Instrucción pública.

Pero ya es sabido. Ó somos ó no somos castellanos y patriotas. «Con mal ó con bien á los tuyos te ten» ; y sabido es que *los nuestros*, son, ante todo, los reglamentos y jurisprudencia de las Academias Reales.

Bien recuerdo que, aparte de la discusión sobre el sentido de las palabras escritas en el Reglamento de la Española, se habló, en aquella ocasión á que aludí al comenzar esta carta, de precedentes concretos que no llegaron á granar.

Yo no sé qué tal andarán de relaciones las varias Academias que los reyes borbónicos del pasado siglo nos regalaron. Piadosamente pensando, es de creer que un común espíritu legal las anima y equipara ; ó, cuando

menos, que se tendrán mutuamente la consideración de apreciar en algo los actos reglamentarios y oficiales que cada una por sí verifique y sancione.

Si esta hipótesis se confirma, daría gran valor á mi argumento; porque no habiendo en los Reglamentos disposición, ni aun frase alguna, que acote el sexo de los académicos, es de suponer que la interpretación laxa á que esta indeterminación autoriza, si es hecha por una Academia, ha de tener valor para las restantes.

Pues esa interpretación existe, y con ella, el precedente logrado y perfecto que no encontraba la Academia Española.

Vea V. si no. Ceán Bermúdez, en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* (Madrid, 1800, tomo IV, pág. 379), dice á la letra :

«Silva Bazán y Sarmiento (la Excma. Doña Mariana de), pintora, duquesa de Huéscar y de Arcos. La Real Academia de San Fernando declaró, en junta de 10 de Junio de 1766, á esta señora por académica de honor y directora honoraria en pintura con *voz, voto* y asiento preeminente en ambas clases en todas las juntas á que gustase asistir, con opción á todos los empleos que exerciere, en atención á sus virtudes y nacimiento, como también á *la habilidad y mérito* que manifestó en unos dibujos hechos de su mano que había presentado á la Academia.»

¿Hay necesidad de más precedente? Bien es verdad que nunca ha sido muy exigente ni rigorista la citada Academia en punto á escoger sus miembros en relación á las aptitudes que su título parece reclamar; pero también es cierto que ninguna de las ilustres damas que se dedicaron al cultivo de las artes cuya iglesia oficial es

la repetida Academia, puede compararse, en perfección, destreza y conocimientos, con las muchas que han cultivado y cultivan la literatura patria.

Todavía hay más. Doña Mariana de Silva no es el único ejemplo. También fué *individuo* de la Academia de Bellas Artes, y nombrada en 1782, una señora de procedencia extranjera, doña María Ana de Waldstein, segunda mujer del marqués de Santa Cruz. Del mismo modo fué elegida, ya en nuestro siglo, la Sra. Doña Josefa Miranda, marquesa de la Bóveda de Limia, de la cual dice Vesteiro Torres lo siguiente: «Con mano hábil, que respondía fielmente á la imaginación creadora, pintó al lápiz (*sic*) la Marquesa una imagen de la penitente en Magdalo, á la cual debió alta y merecida honra. Presentada la hermosa obra á la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, ésta, laureando el mérito, llamó y elevó á su seno á la inspirada autora de *La Magdalena*, el 6 de Junio de 1819.» Y añade en seguida: «Espectáculo sobrado raro, aunque no único en su género, fué la admisión de la ilustre dama en aquel Instituto.... (1)».

Y para que no vaya sola en esto de precedentes la Academia de San Fernando, ahí está el ejemplo, que cita Sempere y Guarinos en su *Biblioteca de autores del reinado de Carlos III* (tomo v, pág. 214), de Doña María Isidra Quintina Guzmán y Lacerda, hija de los condes de Oñate y doctora graduada en Alcalá, á quien la Academia de la Historia admitió entre sus miembros.

Como éstos que cito, debe haber otros precedentes, olvidados en las actas y Memorias de aquellas Academias, y tal vez de sus hermanas. Pero no rigiendo en esta materia, según me figuro, las reglas sobrado estrechas que

(1) TEODOSIO VESTEIRO TORRES : *Galería de gallegos ilustres*. — Lugo, 1880.

para dar valor á la costumbre jurídica imponen los autores y los diputados, creo suficientes esos dos ejemplos para que los académicos pierdan el escrúpulo histórico, que ya en dos ocasiones les ha impedido dar al mérito lo que es sólo del mérito y no del sexo. Omito, porque ya V. lo ha dado á conocer, y para que no se me recuse por insuficiente, el caso de la marquesa de Guadalcazar, nombrada *honoraria* de la Academia Española en 2 de Noviembre de 1784. Por cierto que esta señora puede muy bien ser la misma hija de los condes de Oñate que cita Sempere, puesto que positivamente me consta que doña María Isidra Quintina de Guzmán y Lacerda casó con D. Rafael Alonso de Souza, marqués de Guadalcazar. Si así fuera, como es muy probable, tendríamos una señora perteneciente á dos Academias Reales.

Y no digo más. El camino para la reivindicación por antecedentes del derecho de las hembras á ser académicos, como son jefes del Estado, está abierto. ¿Valdrá más que las reivindicaciones teóricas y de pura razón?

Eso es lo que desearía, aunque no espera se logre, su atento seguro servidor y amigo, Q. S. P. B.

RAFAEL ALTAMIRA.

CRÓNICA INTERNACIONAL



El zenit de la democracia francesa.— Los descensos del partido irlandés.— Complicación de sus intereses con el proceder de los fenianos proscritos en América.— Fuerza de Parnell.— Convenios con O'Brien.— Alemania.— Exaltación de Bismarck.— Sus Memorias.— Sus coloquios.— Desavenencias cada día mayores con el Emperador y con el Imperio.— Inútiles propósitos de romper y dividir á Francia.— Unidad de las naciones latinas.— La reacción religiosa en Rusia.— Estado interior de la Iglesia protestante germánica.— Persistencia de la unión evangélica y de la extrema derecha hegeliana.— Agitaciones en Bélgica.— Conclusión.

CONTINÚA subiendo al zenit Francia, después de haber tantas veces declinado, y aun corrido, hacia el ocaso. La última suscripción al empréstito, cubierta veinticinco veces, revela una copia de ahorros en lo relativo á la economía nacional y una confianza tan profunda en lo relativo á las instituciones políticas, que no hay Nación alguna en Europa tan sólidamente asentada sobre bases incommovibles. Así la opinión cada día se pronuncia con más resuelta y firme decisión por la forma republicana. Si duda cupiese á este respecto, desvaneceríanla con su inapelable veredicto las últimas elecciones senatoriales. En estos comicios de segundo grado,

compuestos por compromisarios provinientes de una verdadera selección, donde concentraciones muy reflexivas de la conciencia pública permiten acuerdos muy maduros de la voluntad general, ha flotado la fórmula salvadora, promulgada y mantenida por mí cuatro consecutivos lustros: la República gubernamental. Comicio tan escogido alcanza poder extraordinario; y el paso de doce nombres desde las filas monárquicas al partido republicano significa la estabilidad ya para la República francesa, cuyas raíces concluyen por mezclarse y confundirse con las bases y con los fundamentos del mismo patrio territorio. Entre los elegidos, hállase á la cabeza mi respetable amigo Freycinet, presidente del Consejo. Los electores le han significado con su designación el aprecio en que tienen sus altas dotes de gobierno y el recuerdo que guardan de su competencia en la organización militar. Presidente del Consejo y ministro de la Guerra, sus numerosísimos votos le traen aparejada una doble sanción al desempeño de sus sendos difíciles ministerios. Entre los elegidos hállase mi viejo correligionario Ranc. Y le llamo así por nuestra común categoría de republicanos, pues nada más discorde que nuestros mutuos criterios personales en las aplicaciones á los términos varios del problema político francés. Mientras yo me precio de republicano conservador intransigente, mi amigo discurre por las vaguedades múltiples del radicalismo, y como tal palabra preste muy poco de sí, conténtase con meter á los republicanos conservadores y radicales en el mismo saco para que tiren juntos del gobierno, sin ver cómo, tirando en sentidos opuestos, cual aquellos muy célebres caballos de las fábulas antiguas, destruye cada cual de los grupos las acciones correspondientes al otro, y no pueden tomar ninguna dirección. Siendo tan

avanzado como veis, la suerte ha querido impelerlo á la Cámara conservadora por excelencia. Ya que nunca perdió en las constantes disputas amistosas nuestras el radicalismo vago suyo, aprenda en el comercio diario con los republicanos machuchos del alto Cuerpo Colegislador que la República no puede pensar seriamente, ni en meterse para nada con la Iglesia católica, ni en soñar por mucho tiempo con la reforma constitucional. Así lo dice hoy el hombre de temple mayor entre los electos, mi fraternal amigo Julio Ferry. Y puesto que mentamos con tanta satisfacción este acertadísimo nombramiento, no despreciemos con omisión inexplicable las indecibles cóleras por él despertadas, así en los reaccionarios como en los radicales franceses, porque los unos jamás le perdonan que haya contribuido tanto á fundar la República, y los otros que haya puesto tanto empeño en dar á la República un carácter gubernamental. Y digo adrede gubernamental, para distinguirlo y separarlo del carácter conservador. Ferry, por su fuerza de voluntad, ha dado muchas fuerzas políticas al gobierno republicano; pero, por sus ideas religiosas, no podrá contarse nunca entre los conservadores de la República. Un dogmatismo hugonote y nativo en su espíritu, aumentado por su educación, le desaviene un tanto de la Francia tradicional y lo compromete con los viejos procedimientos, tan dañosos á la República de Gambetta, quien adolecía del dogmatismo positivista en estos nuestros días de pestilencias intelectuales reinantes sobre los más conspicuos y los más elevados talentos. Y la educación hugonote, no tan sólo daña en sus ideas á Ferry, lo daña en su carácter. La mitad, por lo menos, de los muchos enemigos que le combaten á una con desusada fúria, provienen de cierta malhumorada tesura, incompatible con las flexibilidades propias

de toda política y con las exigencias naturales á toda democracia. Pero, como hasta la sepultura genio y figura, no pidamos á hombre de tanto mérito un cambio en su complexión interior; pidámosle un cambio en sus convicciones religiosas. Con reflexionar sobre la paz, á los espíritus traída por las últimas declaraciones republicanas de obispos y arzobispos, bastaría, para comprender cómo el Catolicismo impera, con qué fuerte soberanía espiritual, sobre la mayor parte de los ciudadanos en la Nación católica por excelencia. Transfundidos á las costumbres principios tan humanos como la libertad religiosa y la libertad científica y la libertad civil, no hay temor alguno de que la Iglesia pueda entrar en irrupción abierta por tan vedadas esferas y quitarle á la gobernación general su puro carácter de laica. Y no pudiendo hacer esto ella de ningún modo ya con nosotros, no podemos nosotros ingerirnos en su gobierno interior, y menos despojarla de una primacía ungida por siglos de siglos, contra los cuales inútilmente nos revolvemos, é indispensable á esta democracia histórica nuestra, que no conoce ningún otro ideal.

La cuestión de Irlanda priva entre todas las cuestiones europeas; y, sin embargo, no anda un paso adelante más en estos días últimos. Cuestión muy compleja de suyo hállase relacionada estrechamente con problemas religiosos, políticos, agrarios, industriales, de intrincada confusión. Las tempestuosas pasiones que despiertan aquellas seculares desgracias, son allí causa primera y permanente de una guerra civil perdurable. Y tamaña guerra civil perdurable lanza por necesidad allende las aguas del Atlántico una emigración muy numerosa. Esta emigración influye de un modo harto anormal, así en el Imperio de la Gran Bretaña como en la gran Repúbli-

ca del Nuevo Mundo. Educados tales irlandeses, por pros-
critos, en el combate revolucionario, no hay para qué decir
cómo andarán de nociones jurídicas. Fervientes católicos
tampoco hay para qué decir cuál convivirán, dada su fe
antigua, con los descendientes de aquellos anglicanos que
los oprimieron y los vejaron en tal número de siglos.
Soldados los unos de Cromwell en su ascendencia, y sol-
dados los otros del Papa, mal se avendrán bajo un solo
techo, siquier parezca tan amplio y luminoso como el
coronado por la bandera, donde reluce con tal brillo el
conjunto magnífico de las estrellas americanas. Pero
divididos yankees é irlandeses por tantas causas, al ex-
tremo de que algunos publicistas entre aquellos anuncian
como un peligro para la confederación esta numerosí-
sima familia céltica, únense por opuestos motivos en
sentimiento de común odio contra la común madre Ingla-
terra, tenida por los unos como abuelastra y por los
otros como madrastra insoportable. La tenacidad histó-
rica del celta puede tanto más cuanto menos raya en
violencia. Ninguna tenacidad tan pródiga como la se-
rena y dulce. Fatigaréis al violento; no fatigaréis al mo-
derado. Tras un esfuerzo extremadísimo puede sobreve-
nir el triunfo; pero seguramente, con triunfo ó sin él,
sobreviene también el cansancio. La voluntad, ejercitada
sin sobreexcitaciones, medida con grados, puesta en
movimiento por impulsores mesuradísimos, adquiere una
constancia superior á todos los arrebatos. Esta cons-
tancia serenísima guarda, durante toda su vida, la raza
céltica dentro del Imperio inglés, como lo demuestra el
que no haya querido asimilarse á los ingleses, ni siquiera
en trescientos años de una dominación absorbente y po-
derosa. Pero los más exaltados, los más batalladores, los
más fuertes de Irlanda; todos aquellos que se conforman

y resignan muy difícilmente con la dominación británica, promotores de las resistencias violentísimas, agentes de las protestas revolucionarias, alma y fuerza de los desórdenes habituales, emigran al Nuevo Mundo, llevándose la patria impresa en el corazón desgarrado; y no pudiendo prestarle ya la sangre que golpea en éste, le ofrecen los ahorros allegados en los trabajos continuos de la emigración ultramarina con el sudor de sus frentes. Y fluye de América un Pactolo hacia Irlanda. Y este Pactolo tiene un administrador, que lo encauce primero, y que luego irrigue con él todas las secciones varias de la complejísima causa irlandesa. Y he aquí la superior fuerza de Parnell, su administración de los dineros tributados á Irlanda por la emigración de los antiguos fenianos. Y haase visto más patente aún tamaño poder en las consideraciones grandísimas guardadas en estos momentos al Rey sin corona por el embajador de la América irlandesa, ó de la Irlanda americana, por O'Brien. Los cronistas y relatores de periódicos hanle perseguido, como suelen perseguir moscas á mieles, no dejándolo vivir con sus importunas inquisiciones; pero él haase amurallado en inexpugnable silencio, no rendido por ningún formidable asedio. Y si puede traslucirse algo de lo pactado entre dos mudas esfinges, Parnell se retirará por algún tiempo; en cuanto encuentre y designe un sustituto temporero sacado de los montones anónimos, por la más ó menos desinteresada selección suya. Á quien jamás podrá tolerar es al atrevido que ha osado, en su vanidad, subírsele á las barbas, creyéndose con aptitudes y derechos, el vanidoso, para sustituirlo. Eximio escritor, M. Carthy, universalmente apreciado por su *Historia contemporánea de Inglaterra*, muy pintoresca, y por sus artículos en el diario gladstoniano, muy elocuentes, carece de palabra,

carencia dañosísima en pueblos parlamentarios, y hasta carece de acción, carencia todavía peor en los activos y tenaces encuentros de la oprimida gente celta con la opresora gente sajona. Así, lo recabado, en primer lugar, por el imperioso Parnell, ha sido la destitución de quien lo destituyó y reemplazó á él sin miramientos en su inocencia. Y luego Dios dirá.

Pero en tanto que Dios no dice por ahora nada, el taimado y sagacísimo Parnell dice mucho. Ya tiene sometidos los nervios que habíansele desarreglado en desarreglo suicida. Y como tiene sometidos los propios nervios, no profiere una queja contra los demás, ni desliza insinuación malévola ninguna contra rebeldes que han de volver á las plantas del Rey rendidos por la necesidad. Así ocúpase todo entero en demostrar su culto á la patria. Y para servir á la patria vuélvese hacia Gladstone, preguntándole con requerimientos de un verdadero apremio qué hará por los irlandeses y cómo regulará su autonomía, en el caso de convencer á los comicios y adquirir el Gobierno, pues ahora salimos, tras los últimos disentimientos, con que ni en materia de policía, ni en materia de justicia, ni en materia de representación, el grande orador, jefe de los liberales británicos, había soltado ni dicho muchas cosas allende lo prometido por los *torys* en persona. Diestro, habilísimo, consumado estratego es el tal Parnell. Por si acaso, tirando á desautorizarle y perderle hasta en Irlanda, no ha querido el elocuentísimo viejo tanto vengar la moral ofendida por los devaneos de su émulo, como ingerir dentro del radicalismo toda la diputación irlandesa, convirtiendo ambos factores diversos en todo consubstancial dominado por la unidad superior de un alto pensamiento servido por una poderosa palabra; Parnell ha tirado por completo de la

:

manta y dicho cómo sus huestes quedan, siendo un ejército en acción y armado, con personalidad propia y distinta, muy dispuesto á irse con quienes más les prometa, y les procure, y les granjee para su Irlanda, siquier sean *torys*, y hasta retrógrados. Precisa confesar por culto al arte, que la partida está perfectamente jugada y muy bien asestado el golpe.

La neurosis de Parnell se ha calmado; pero la que nunca se calma es la neurosis de Bismarck. Imaginaos que á Carlos V le hubieran ofrecido, para consolarlo de su Imperio, la humilde alcaldía de Quacos. Pues un duquecillo alemán de tres al cuarto hale ofrecido al férreo canciller la presidencia de su Consejo de Ministros. Aquella Germania una se convertiría en mísero feudo bajo sus plantas; aquellos atilesos y exterminadores ejércitos en pinches de la cocina ducal; aquellos presupuestos, arreglados con tan colosales trabajos y esfuerzos, en cuentas de la lavandera ó de la plaza. — ¿Qué bufón representa, oculto en los enigmas y misterios de lo infinito, estas caricaturas vivas? Yo he visto muchos leones en jaulas, muchas águilas sin plumas en el ala, muchos condores aprisionados en jardines de aclimatación; y hame dolido siempre su mirada de rabia. ¿Cómo Bismarck mirará hoy? No lo sabemos; pero, merced á indiscreciones periodísticas, ya sabemos cómo habla. Los hombres mayores cometen las mayores ineptias en cuanto sufren una contrariedad insuperable. Recógense á manos llenas las tonterías y las sandeces en los dos destierros de Napoleón, en el riente de la isla de Elba y en el siniestro de la isla de Santa Elena. Imagináos lo que pasara por Bismarck en su desgracia. Ya dice y anuncia con toda solemnidad al mundo entero cómo se propone dictar sus Memorias, cual si, á su altura, tras el papel desempe-

ñado en la escena de nuestro tiempo, entre las obras levantadas por su esfuerzo y por su genio, todos á una en este mundo moderno, tan bien informado por los innumerables medios de comunicación y de publicidad, no nos lo supiésemos á él de memoria. Y como nos lo sabemos, también sabemos que imputa errores no cometidos á su propia conciencia ; y atribuye responsabilidades á su voluntad no contraídas ante la historia. Por ejemplo: lo exentamos todos del irreparable crimen cometido por los excesos y borrachera de la victoria germánica el día nefasto en que se alzó con Alsacia y Lorena para eterna debilidad propia y elevado dolor de nuestra culta Europa. Para cuantos de cerca miraban y seguían la guerra franco-prusiana en sus angustiosos incidentes, no daba muestras de previsor estadista quien se quedaba en este tiempo de relaciones entre los pueblos más pacíficos y más mercantiles que las relaciones entre los pueblos de las edades antiguas, con una piedra tal de muy enorme y continuo escándalo como las brutales conquistas de Metz y Estrasburgo, cuyos cuerpos estarán por un caso de fuerza incontrastable con Alemania , pero cuyas almas , después de la revolución francesa, están y estarán siempre con Francia. De la misma suerte que sabemos cómo la sustitución del antiguo Imperio católico austriaco, personificado en los Hapsburgos, pasó por alucinaciones poético-históricas del Konpritz Federico en Versalles á los protestantes y boreales Brandeburgos, también sabemos que por imposiciones hasta violentas del partido militar al rey Guillermo y del rey Guillermo al canciller Bismarck, pasaron Alsacia y Lorena, tan profundamente francesas, del pueblo francés al Estado Alemán. Guillermo el rudo no veía en aquellas dos acaparadas ciudades otra cosa que dos despojos del triunfo ; pero

Bismarck el político no podía menos de ver que, al acapararlas, aquistándose así el odio eterno de Francia, su aliada indispensable, cedía en las combinaciones mecánicas del sistema solar europeo una fuerza de atracción incalculable á Rusia, y se quedaba por este predominio inevitable de los rusos á merced y arbitrio de dos potencias como Austria é Italia, muy poco seguras ambas en su amistad con Alemania: la primera, por lo que tiene de eslava, y la segunda, por lo que tiene de latina. Pero el Canciller no se cansa de contrariar al Emperador, y sabe que no puede contrariarlo en cosa ninguna tanto como en extraer de la familia imperial todos los viejos timbres históricos, y con ellos alzarse, negando al padre de Guillermo II la fundación del Imperio y al abuelo el acaparamiento de Alsacia y de Lorena. Por esta necesidad incontrastable de venganza y desahogo explícase también sus tratos y sus coloquios continuos con todos los periodistas alemanes, que van molestando mucho al Emperador, y exponiéndole, por ende, á cualquier grave represalia, muy de temer en la pasión exaltadísima que siente allá en el trono por su poder incontestado y por sus ideas personales.

Sin embargo, en el afán de contar que aqueja hoy á los periodistas europeos, pululan muchos por el retiro de Bismarck y su familia, con el fin de oír y anotar los tristes lamentos y suspiros arrancados al Canciller y á sus afines por lo desmedido é inesperado de su irreparable desgracia. El periodista últimamente presentado en la montaña donde Prometeo se plañe y queja de Júpiter, llámase Max Beyer. No le creeríais un historiador, según lo mucho que se parece á un poeta. Su pluma no refiere, canta lo visto y escuchado. Desde las primeras líneas hasta las últimas, el relato huele á voluntario y pre-

meditado apologético. No sabiendo con quién comparar al gran estadista de Alemania, lo compara con el gran poeta, con Goethe mismo, cuando hay tanta paridad entre ambos como entre un casco prusiano y un laurel apolino. Lo más gracioso en tales encarecimientos resulta el cambio de sexos verificado por lo extremo de un entusiasmo, que califica en su desmedida hipérbole, por encarecer y por loar á dos hombres tan hombres, cual Goethe y Bismarck, de hermano y hermana. Hecho y dicho todo esto, cede la palabra con sumo arte á su ídolo. Pero el ídolo divaga, como diciendo con retintín en sus conscientes omisiones la imposibilidad completa de ocupar un espíritu como el suyo con cosas mayores que las humaredas del encendido tabaco y los dejos del sabroso lúpulo. Así, no pudiendo agarrarse á los mástiles de la nave, que se llama Estado, se agarra con amor á los árboles de su jardín, que bien pudiera llamarse con propiedad selva. Y encarece Bismarck los titánicos vegetales; el hueco de sus troncos parecido á cabañas; el verde gratísimo de su fronda; la música de su ramaje; la dulzura de sus frutos; el oxígeno comunicado por sus expiraciones á los aires; la transformación, por sus raíces, verificada sabiamente de la materia inorgánica en materia orgánica, coadyuvando al poema inmenso de los universales Metamorfóseos.

Desde tal idilio, impulsado por la palabra de su interlocutor, Bismarck ha entrado en plena tragedia. La política europea le ha servido para desquitarse del forzoso silencio que sobre la política interior le impone la necesidad tristísima de una pasiva inocencia. Sin embargo, bastábale haber leído promesas pacíficas en los discursos anuales del Emperador, para presagiar él, como ave de mal agüero, inevitables guerras. Aunque Alemania saliera victoriosa de la próxima, no podría cerrar el

templo de Jano, inscribiéndola como la última posible y anunciando el desarme : los hados nos condenan á lo que no condenó, en su misericordia por las bestias, ni á los tigres, ni á los leones: nos condenan sabiamente á nutrirnos unos de otros, comiéndonos mutuamente como los peces. Habrá, pues, otra guerra, y otra, y otra. Pero no creais que se deberá la victoria en estos combates, ni á la inteligencia, ni á la voluntad, ni á la dirección sabia, ni á la estrategia diestra, ni á la táctica superior, como en tiempo de Carlos V, Condé, Federico el Grande ó Napoleón I ; se deberá pura y simplemente á la química, es decir, á la mejor pólvora sin humo. ¡Quién sabe, ya entrado en este camino, si encontrada la substancia enemiga de la tuberculosis por un afortunado farmacéutico, podrá encontrarse algo así como el agua tofana, como el veneno célebre de los Borgias, que, llevado en tarros y diluido por aires, mate á las naciones enemigas de un soplo, como en la tarde misma del Juicio Final, cuando suene allá en el reloj de la eternidad el día último de la Creación. Lo cierto es que, allá en Sedán, cuando las tropas francesas oponían su disciplina, y su formación, y su número, y su arranque al contrario, los fusiles agujas y las ametralladoras en forma de abanico, invisibles é incontrastables, segaban las gentes y hacíanlas caer segadas como haces sobre la tierra, como hace cualquiera de los agentes mortales invisibles á que llamamos en el habla vulgar asoladoras pestes.

He aquí todo cuanto hemos adelantado en esta civilización, de la que nos ufanamos con soberbia tan senil : que las fatalidades múltiples abrumadoras de la misérrima humanidad, que las ciegas aniquiladoras fuerzas, que los combates entre opuestos elementos, que todo lo contingente puesto como una cadena inaguantable sobre lo

intelectual y lo moral, pese cada día sobre nuestros débiles hombres con más avasalladora pesadumbre. El Canciller se calló, después de haber trompeteado sus apocalipsis de universal exterminio, y tomó la palabra el buen Max Bever, que nos demuestra en sus conceptos cuál demencia trastorna hoy las cabezas germánicas desvariadas á los vértigos de una verdaderamente dementadora victoria. ¿Pues no propone con suma gravedad la incorporación al mundo germánico de toda la Francia del Norte? ¿En esas estamos? ¿Con qué nuevo mongolado sueñan los alemanes? ¡Pues qué! ¿Basta romper en guerra, como cualquier Kan de Tartaria, por los cercanos pueblos, para que desaparezcan, suprimidos por el combate y la victoria? Napoleón el Grande no ganó el Occidente nuestro por haber ganado el combate de Castalla, ni tampoco el Oriente por haber ganado el combate de Moskowa. Suponiendo el triunfo indudable, la resistencia de toda región digna duraría tanto como duró la resistencia del Milanesado y del Véneto, tanto como durará la resistencia de Alsacia, de Lorena, de Polonia. La Flandes, animosa de suyo; la Bretaña, tan tenaz; la Vendee, francesa esencialmente, opondríanse con una resistencia secular, si preciso fuese, á esa dominación de una guerra vencedora, sin otro título para su victoria que la fuerza y la violencia. Para el confidente de Bismarck no debe quedar más región independiente y autónoma en el suelo francés que la región provenzal, con sus bosques de laureles, cantados por los trovadores; con su fuente de Vallclusa, donde suenan aún las lágrimas de Petrarca por Laura; con sus olivos helenos, cargados de cigarras; con sus abejas áticas, chupando mieles en lentiscos y romeros; con sus viejos monumentos, que la constituyen, armónicos y proporcionados, en una prolongación de Italia; con sus viejos

odios á la Francia de allende, todavía sangrienta y conquistadora en las ruinas amontonadas por el suelo y en los recuerdos amontonados por la memoria de los cantores heroicos provenzales. Mas, ¿por quién habrá tomado Provenza el escritor germánico? ¿Habrála tomado por alguna Baviera ó por algún Baden? Lo mismo en Liguria que en Provenza, lo mismo en Provenza que en Cataluña, lo mismo en Cataluña que en Valencia, regiones parecidas que se dirían animadas por un sólo espíritu, nadie piensa en separarse de la madre tierra patria de las tres gloriosas Naciones, con cuyos nombres se relamen los labios y se regodean los espíritus, Italia, Francia, España. Esos apartamientos suicidas, esas separaciones hostiles, esos Estados varios dentro de una misma nación, quédanse para la feudal Alemania, donde un individualismo que no excluye la servidumbre política, un individualismo verdaderamente indisciplinado, tiene dividida la patria en porciones parecidas á las monteras de Sancho. En Francia, en Italia, en España, tras nuestras revoluciones democráticas, hay tres Estados únicos, los cuales corresponden á la unidad de nuestro suelo, á la unidad de nuestro espíritu, á la unidad de nuestro ser. Déjense los alemanes de politiqueros retrospectivos y arqueólogos. Así como nadie se acuerda ya del reino de Arlés, y menos de que perteneció á un Emperador alemán llamado Lotario en el Mediodía de Francia, nadie se acuerda ya tampoco del episodio terrible de los albisenses y de las guerras, y de las conquistas que lo ensangrentaron. Bismarck mismo ha refrenado los desenfrenos de su interlocutor, y dicho lo que dicen cuantos hombres cultos viven dentro de la civilización universal: precisa para el bien de todos que haya una Francia en Europa.

Lástima grande verla tan estrechamente ligada con

Rusia. Esta interior amistad entre la República de Occidente y la Monarquía del Norte no empece al desarrollo de sus respectivas instituciones. Y como no empece á este desarrollo, hay que reconocer cuánto el absolutismo prospera en aquellos helados territorios, donde no brillan por ninguna parte, ni en sentido alguno, esperanzas de libertad ó asomos de progreso. Y en lo que principalmente claudica el Imperio ruso es en materia de libertad religiosa. Pedro el Grande, la grande Catalina, participaban del pensamiento propio á la centuria suya, y pertenecían, por ende, á la ciencia enciclopédica, generadora de la revolución universal. Alejandro I, si bien se apartaba de tal filosofía en todo, aproximábase á una especie de theosofismo asiático. Muy déspota su heredero y hermano, el Czar por excelencia, Nicolás, anteponía y sobreponía el absolutismo á todo, y cual á todo á la Iglesia. En su bizantinismo natural, contaba el Sínodo entre los consejos áulicos de su corona-tiara. El segundo Alejandro aparece, cual en todo, conciliador en materia religiosa, y deja, contra la oficial ortodoxia, cierta libertad á tanta y tanta secta como pululan por doquier, nidos de supersticiones, en su vasto Imperio. Mas instala una desgracia terrible, la muerte violenta de Alejandro II, al tercero en el trono. Y este sumo imperante, advenido tras una dinastía tolerantísima con relación á su naturaleza propia, recoge las tradiciones eslavonas y personifica la idea ortodoxa. Para recoger la tradición eslava, remacha más y más los eslabones de su autoridad autocrática; y para personificar la idea ortodoxa, retrograda mucho en materia de tolerancia religiosa. Los primeros á quejarse fueron los protestantes, muy tolerados en otro tiempo. Mayoría en los territorios conocidos con el nombre de provincias bálticas, estaban acostumbrados á vivir como

si vivieran bajo el propio patrio techo. Amén de la tolerancia tradicional en el Estado ruso, contaban ellos con la influencia de las princesas moscovitas, naturales ú oriundas de la Germania luterana. ¿Cuál no habrá sido, pues, el asombro suyo cuando se han visto atribulados por una intolerancia sistemática? Si tratan mal á los protestantes, cristianos en suma, imaginaos cómo tratarán á los judíos, víctimas de todas las diferentes ortodoxias. Indígnase uno al saber cómo el Prefecto de Odessa procede con estos desgraciados. No le basta verlos vejados cruelmente por las costumbres universales; exacérbalas él con sus mandatos y con sus ejemplos. Así todos allí se creen á una con derecho de insultar y perseguir al pobre y triste grupo judío, ingerido de antiguo en aquella población total. Ape drean á la vejez los chiquillos, faltan á las mujeres los mozos. Cuando sucede á un israelita cualquier desgracia, en vez de socorrerlo, como Dios manda, le aprietan la soga del dolor al cuello hasta estrangularlo. Parece aquello un aduar de la Edad Media, por iras horribles religiosas atravesado y herido. Entre las plagas que pudieran caer sobre la humanidad con más atroz pesadumbre, acaso fuera el retroceso á los combates religiosos la primera. Un sentimiento como la fe, que, bien dirigido, nos asciende sobre los ángeles; mal dirigido, nos echa bajo las bestias. Un religioso extraviado llega en sus extravíos hasta inquisidor antropófago. Y un pueblo intolerante derrama los horrores de la guerra en el alma y convierte las ideas puras, que deben abrirnos el horizonte de lo espiritual infinito, en manadas de fieras, que se pelean y se devoran entre sí, tenaz y perpetuamente. Comprendo, pues, que sociedad tan culta, como la sociedad británica, se haya conmovido por una calamidad tan horrible como el movimiento antisemita, y se haya di-

rigido al Czar en demanda y requerimiento de libertad para los espíritus. El Czar habrá cerrado los oídos á esta voz de la conciencia humana, porque los despotismos tradicionales é históricos no se transforman, viven ejerciendo la tiranía más horrible, hasta que mueren á manos de la revolución más desenfrenada. Si lo negáis, acordaos de los nihilistas.

Dos emperadores muy jóvenes, Guillermo y Alejandro, dirigen dos Imperios muy enormes: Alemania y Rusia. Pero hay una diferencia grandísima entre ambos. Mientras el emperador de Rusia muestra constancia casi tenaz en sus ideas y en sus propósitos, el emperador de Alemania muestra en unas y otros volubilidad casi mariposeante. Yerra en la cuestión religiosa el tercer Alejandro, pero con sistema en sus móviles y con objeto en sus acuerdos: quizá acierte Guillermo en las mismas cuestiones dentro de su imperio; pero ni al acertar promete seguridad ninguna de continuación y pertinacia en su acierto. Á cada paso de su vida le salta un arrepentimiento de Canosa entre los pies. Ahora, en estos días, ha tenido que devolver á los obispos y á los arzobispos católicos ochenta millones de reales retenidos con grande arbitrariedad y violencia de las congruas episcopales en aquellos lustros de los combates del imperio con la Iglesia católica, durante los que dije yo siempre al Emperador y al canciller de hierro cómo habrían de bajar la cabeza ante un poder tan impalpable, y etéreo, y espiritual, como el poder de los Papas. ¡Cuánto no gritaron los alemanes en las postrimerías de los siglos medios porque se alzaba con tanto dinero de las indulgencias el arzobispo de Colonia! Cuatrocientos años van transcurridos ya de la revolución iniciada por Lutero; todas las consecuencias políticas y hasta religiosas de la revolución lute-

rana se tocan en estos gobiernos completamente laicos y en estos contemporáneos Estados establecidos sobre las prácticas del examen libre y sobre los derechos de la humana conciencia; pero la virtud religiosa del catolicismo y la fuerza social del clero aún aparecen á nuestros ojos tan enormes, que todo un emperador de Alemania debe sin remedio entregar al arzobispo de Colonia cuantiosas arras, las cuales signifiquen y representen promesas de pacificación espiritual en las almas indispensable á la paz material de los pueblos. Tras el arzobispo de Colonia, que percibirá sus diez y seis millones arriba dichos, viene un señor obispo de Treves que debe percibir diez millones y medio. ¡Singulares fenómenos de un Imperio tan por todo extremo confuso como el Imperio alemán! Hay arzobispos extranjeros á quienes alcanza esta devolución. El arzobispo de Praga en Bohemia recibe unos ocho mil duros por causa y razón de las ovejas que cuenta bajo el dominio político de Prusia. Grandes ventajas para el clero católico indudablemente; pero debemos decir que las ha granjeado el consumadísimo estadista llamado Windthorst, pequeño por su estatura, grande por su destreza, verdadero Papa laico del Catolicismo alemán. Este parlamentario de primer orden, á quien jamás pagarán las gentes de su religión lo que por ellas hace, resalta entre todos los políticos europeos por dos calidades superiores de primer orden: por su habilidad y por su paciencia. Conseguida la paz entre una Iglesia tan por todo extremo pontificia como la Iglesia romana y un Imperio tan por todo extremo luterano como el Imperio germánico; restituidos á sus altas sedes los obispos considerados por Guillermo I como tizones de guerra civil en sus Estados; devueltas y reintegradas á sus legítimos dueños las cantidades retenidas como un botín y despojo de guerra;

el Papa laico pretende ahora el permiso de reingreso para los jesuítas expulsados en los ardores de tan gigante campaña. Á esto se resisten los luteranos germánicos de la derecha con todas sus fuerzas, como acontece también con escándalo de muchos en la democrática Suiza, cuya constitución, dictada en sus bases capitalísimas tras la victoria de los cantones protestantes sobre los cantones católicos, proscribe y expulsa implacablemente á los jesuítas como en tiempos de los reyes filósofos, pero absolutos y hasta despóticos. Mas quisiera yo trasladar cualquier creyente católico al seno de una familia protestante, bien alemana, bien inglesa, para que pudiesen ver cuánto esfuerzo necesita el jefe de los católicos alemanes para sostener la vuelta de los jesuítas á su Alemania. Los jesuítas, dicen todos los protestantes á una, representan una lamentable retrogradación, que, sembrando las guerras religiosas, ha sembrado la calamidad mayor indudablemente de las sociedades modernas. Ellos atizaron las hogueras de la Inquisición. Ellos se metieron como los demonios en la carne flaca del pobre Portugal. Ellos impulsaron á la matanza de San Bartolomé. Ellos consiguieron la revocación del Edicto de Nantes, que perturbó la paz religiosa en el centro de la Europa moderna y tantas nubes extendió sobre la recién emancipada conciencia. Si la reacción británica se recrudeció en términos que, para combatirla, resolvieron los ingleses la horrible decapitación de dos reyes, como Carlos y María Estuardo, el definitivo destronamiento de toda su familia en la última inapelable revolución, débese también á la orden de los jesuítas. Sus negras sotanas dirigían los ejércitos de Felipe II, cuando intentaban aplastar la libertad religiosa y la república democrática en la emancipada Holanda. Su conspiración maquiavélica

y continua encendió la guerra de los Treinta Años, que tan funesta fué al mundo germánico en particular y al mundo europeo en general. Quitáronle al Pontificado aquel carácter universal, por cuya virtud recibía la grande alma del catolicismo los afluyentes de todas las ideas, y diéronle aquella estrechez y egoísmo, por cuyo maleficio se trocaba el jefe de la cristiandad entera en jefe de una secta. Do quier revolvió su sombra, extendió la muerte, como diz que hacen ciertos árboles de las primitivas selvas en América. Alemania, en odio á ellos, se apartó más y más de la Iglesia católica; y en odio á ellos constituyó Inglaterra su oficial anglicanismo. El Concilio de Trento, llamado, para unir á las dos ideas enemigas, Asamblea ecuménica, en cuya controversia debió hallarse la síntesis luminosa entre la vieja Iglesia y el nuevo cristianismo, llegó por culpa de los jesuítas á degenerar en triste Congreso de cortesanos, que ungió con el óleo santo el más grave de todos los errores y la más abominable de todas las instituciones: el absolutismo eclesiástico. Sólo hubo allí una cosa grande, una personalidad deslumbradora: el fundador de la orden. Su valor, su constancia, su tenacidad, su previsión, su conocimiento de la naturaleza humana para combatirla, su esfuerzo, el genio verdaderamente organizador que mostrara en aquella crisis, merecen, como todas las grandezas, admiración sin límites á la humanidad y á la historia. Pero he ahí la suerte de las grandes personalidades reaccionarias. Dios aglomera sobre su frente las extraordinarias cualidades, para que se vea mejor su irremediable impotencia. Nacen estos hombres de las retrogradaciones con fuerzas materiales y morales incontrastables, y, sin embargo, llegan á estrellarse contra el etéreo seno de una idea viva y á dejarse arrastrar como cuer-

pos inertes por los torrentes del progreso universal. Así hablan los protestantes de los Jesuítas, y estas consideraciones oponen á la propuesta de su regreso presentada casi á diario por el jefe de la escuela católica en Alemania. Pero este jefe advierte unas señales de próximas catástrofes tan evidentes, que anuncian, en porvenir no lejano, el llamamiento de Germania y su Imperio al jesuitismo, sin miedo ni recelo de reacción.

Pero es el caso que la religión protestante no puede no exentarse á su vez de una extrema derecha, tan retrógrada como el criticado jesuitismo católico. Ningún Jesuíta en España, ó en Italia, ó en Francia, ó en Portugal se hubiera atrevido á emprender contra los judíos la campaña emprendida por el pastor evangélico Hæker en Alemania. Ya sea por imposibilidad completa, ya sea por prudencia propia, el jesuitismo de nuestra Iglesia no llega jamás á los extremos donde han llegado aquellas sectas reaccionarias luteranas, á quienes podríamos llamar con toda propiedad, magüer protestantes, jesuíticas y aun ultramontanas. Y no creáis reo de tal reacción solamente al Pastor anti-semita, hoy tan universalmente célebre por sus predicaciones desatentadas. Á cada paso topáis con escritores y oradores en el mundo alemán, á cuyo lado habrán de pareceros liberales y racionalistas desde Necedal y Orti hasta el P. Salvany en persona. Parece imposible; mas un hombre que había nacido con todas las cualidades necesarias para cautivar á los pueblos; tribuno más que teólogo, y tribuno de club y de plebe; rudo campesino del Oeste de Holstein, hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje; poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado por conciencia,

inquieto en su vida y múltiple en sus profesiones; sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario; dotado de ingenio pedagógico; copioso de antítesis bruscas; propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reacción religiosa y llamó Ante-Cristo á la razón, como se lo habían llamado á los Nerones los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la antigua religión luterana un púlpito por esa religión levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia protestante con el espíritu de nuestro siglo; y rechazó toda explicación natural dada á la Biblia, diciendo que solamente era digna de fe la palabra de Dios en sus literales sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria á la lógica, y todo poder intermediario entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y toda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religión germánica y la monarquía absoluta. Después de esto, ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas, en la vuelta al siglo décimotercio, en las apoteosis del Papa-Rey, en los deliquios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reacción entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse en la barca donde había permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religión de la Reforma, de la conciencia, de la libertad, de la interpretación individual en las lecturas evangélicas, había caído en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstenberg sostuvo la reacción religiosa y política con menos entusiasmo, pero con más

ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores reaccionarios. Su vocación fué el periodismo, y el periodismo insolente, desvergonzado, libelesco, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que espía á todos los libre-pensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra á la picota, contando con la complicidad y la satisfacción de las autoridades políticas, y que ya en la picota horrible agarrotados, expirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Figuraos un Veuillot, sin su ingenio y sin su estilo, y tendréis una imagen fidelísima del escritor evangélico. Babea sobre la literatura clásica, inspirada en el paganismo; confunde la democracia con la demagogia; llama frívola, y ligera, y calaveresca á la Francia moderna; niega toda autoridad á la razón y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo; califica á la teología sentimental de rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religión. Y no le basta con la reacción religiosa; sostiene también la reacción política más insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al rey y á la reina; porque para este piadosísimo cristiano, el rey y la reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parécele incompatible tiranía orar por las Cámaras, según los preceptos de

la Constitución y los rescriptos del rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre examen y de la revolución política; consagrada á regatear tributos al monarca y á encender pasiones en el pueblo; llena de reformadores, que son, al fin y al postre, con toda su apariencia de sensatos, dementes demagogos. El clero luterano debía orar tan solo por la Cámara de los señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarían fuego en todas las Universidades á todos los simulacros de la diosa razón, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separación de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro se forja; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para la dominación material del mundo. Todos estos insensatos podían libremente entregarse á sus insensateces; renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios; suprimir la libre voluntad, sin comprender que suprimían al hombre. Su rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuración para oprimir y envilecer á nuestro tiempo, demostraba con qué razón, con qué derecho, con qué verdad había sostenido el siglo XVIII el salvador principio de la incompatibilidad absoluta entre las Iglesias tolerantes y las modernas libertades. He aquí la reacción espantosa contra la cual empiezan á moverse los espíritus liberales en Alemania.

Bosquejada la crisis religiosa que atraviesa el Imperio alemán, réstanos únicamente ocuparnos en los capitales hechos del mes transcurrido y casi finado. Para mí, el

primero entre todos es la grande agitación democrática de los belgas, anhelosos por el sufragio universal. Bajo un ministerio retrógrado, en todo el estado de reacción permitido por aquellas instituciones progresivas, los belgas piden la igualdad absoluta de derechos políticos, juzgada por muchos medrosos como un atentado á la fundamental y sacrosanta libertad. Las intensidades múltiples del deseo y opinión popular se conocen por las resistencias ciegas del Gobierno y de la política imperantes. No comprendiendo cómo el instinto de la muchedumbre adivina que su aspiración se cumple y su plan se realiza dentro del orden más completo y bajo la más escrupulosa legalidad, temían una revolución, según las precauciones decididas y las tropas consignadas, únicamente porque había el partido avanzado resuelto cierta manifestación solemne y pública en favor del sufragio universal. Si Alemania ó Francia hubiesen violado la neutralidad belga, no se arma en la Nación y en el Estado ruido tan fragoroso como el que hase armado con motivo de la inocente procesión cívica. Disposiciones muy severas del ministro de la Gobernación; proclamas y órdenes muy alarmantes de los burgomaestres y demás autoridades, á cuyo cargo corre la conservación del orden público en Bélgica; llamamiento de las milicias nacionales acaso para detener con sus bayonetas el cielo que se debía venir abajo; concentración de tropas cual en víspera de guerra; todo esto y mucho más ha pensado el ministerio belga para conjurar los alardes inofensivos de un pueblo que reclama una intervención en el Estado, admitida por Francia, Suiza y España en sus leyes fundamentales. No había cosa que temer, pues, de aspiración popular tan legítima, expresada por un partido, el cual debía mostrar tanto empeño, como el Gobierno mismo, en la completa conservación del

orden por indispensable á sus designios. Así llegó el terrible día; los asustados pudieron ver con sus ojos y tocar con sus propias manos la inania de los recelos suyos. Unos cuatro mil hombres recorrieron las calles en orden de formación casi militar, y se dispersaron delante del palacio de la ciudad sin escándalos ni atropellos. Habían prometido pasar ante las ventanas del Monarca y ante los vestíbulos del Congreso; mas no realizaron tal intento. Lo crudo y horrible del tiempo, así como lo nevado y frío del suelo, contribuyeron á la general tranquilidad. El problema de todos modos está inscrito ya en la viviente realidad, y no podrá resolverse sino por la victoria del sufragio universal. Todas las ideas bien sembradas germinan, brotan, florecen y maduran. Entre tales agitaciones ha sobrevenido á la dinastía una inmensa desgracia: la muerte del príncipe Balduino, heredero de la corona belga. Hijo del conde de Flandes, y sucesor designado al trono por no contar con hijos varones el Monarca, los belgas han llorado su temprana muerte, atribuida por algunos maliciosos á triste accidente, muy análogo al que acabó con persona tan afamada como Rodolfo de Hapsburgo. El Gobierno desmintió esta infundada especie; y el diario propalador de ella responderá de su embuste ante los tribunales de Justicia. Pero seguramente la muerte del heredero de Bélgica reabre las heridas mortales que lleva en su corazón la dinastía del heredero de Austria. El Emperador este y el Imperio suyo atraviesan ahora supremas circunstancias. La Dieta central acaba de ser disuelta por un decreto, cuyas disposiciones adelantan de algunos días la muerte natural de tamaño Congreso. Mal, muy mal, ¡ay!, lo deja todo el Parlamento muerto al Parlamento futuro. Los años tan sólo sirven para ir moviendo las discordias entre aquellos pueblos desafines

que consumen su vida en perpetuos litigios de unos contra otros. Los irredentistas del territorio italiano, los tcheques del bohemio, los transilvanos y croatas del húngaro, los turcos del bosniaco, los ilirios y demás naturales del dálmata, los polacos del gracovio, los esclavones de todas partes, mueven un pleito á sus convecinos y convivientes por tal manera fragoroso, que no hay medio de oirlos y atenderlos, por el escándalo mismo que ellos promueven y levantan. En el confuso estado y situación de ahora, únicamente podemos pedir al cielo que no caiga sobre nosotros plaga tan horrible y desastrosa como la guerra. La censura infligida por el Parlamento italiano al Gobierno de Crispi, demuestra cómo Europa desea la paz y la libertad.

EMILIO CASTELAR.

REVISTA ECONÓMICA



SUMARIO : Situación de la Hacienda de España.—Liquidación del presupuesto en 1890.—Estado del Tesoro.—Comercio general de España en 1889.—La Bolsa en el mes de Enero.—El Banco Hispano-Colonial en 1890.—El Banco de España.—Compañía de Tabacos.

No es buena la situación de la Hacienda de España. Los gastos superan á los ingresos en cantidades alarmantes para un país pobre como el nuestro. Á 800 millones de pesetas asciende el desnivel entre los recursos del Estado y sus obligaciones en el último decenio.

En períodos de guerras y perturbaciones internas, podrían, quizá, justificarse déficits tan cuantiosos. En épocas de paz y tranquilidad política son inequívocos signos de desacierto administrativo y de falta de inteligencia y celo en la gestión financiera.

Decía Stuart Mill que el mejor medio de asegurar la libertad en un pueblo consistía en acrecentar sus riquezas y su prosperidad. Así es, en efecto, y la historia lo confirma. Las naciones que viven en la miseria, pocas veces logran gozar de instituciones democráticas. Hasta su independencia no lo es más que relativa.

El partido liberal, que tan grandes cosas ha dejado implantadas en el orden político, ha estado poco acertado en cuanto se relaciona con la economía nacional y con la Hacienda pública. Su paso por el poder ha sido estéril completamente. Encontró toda la producción perturbada por profunda crisis, y en el mismo estado la dejó. La Hacienda, nutriéndose del crédito y de los recursos de lo por venir, y después de cinco años, la deja mucho peor todavía que la encontrara.

Esto, precisa reconocerse hasta por los mismos que militamos bajo las banderas de dicho partido, aceleró más que todas las *corazonadas* su caída.

El ejercicio de 1889-90 terminó el 31 de Diciembre en un período de ampliación, y ha terminado mal, como todos los anteriores. La recaudación obtenida importa 740 millones de pesetas, y los pagos ejecutados ascienden á 801 millones. Déficit, 64 millones. Este presupuesto se calculó con 3 millones de sobrante. No se equivocó su autor no más que en 64 millones.



Con estos antecedentes, no es maravilla que el estado del Tesoro sea peor cada día. La deuda flotante pasa de 300 millones de pesetas, y el ministro de Hacienda no sabe de qué recursos echar mano, porque todos están agotados.

Dícese que se estudia un proyecto para recoger y amortizar todas las deudas del Tesoro. Estimamos esta medida completamente necesaria y urgente. En el último balance del Banco de España figuran billetes por valor de 749 millones de pesetas. El límite legal se está tocando, y si el Tesoro no recoge sus pagarés y sus letras, nues-

tro primer establecimiento de crédito tendrá que renunciar en absoluto á toda operación mercantil.

* * *

La dirección de Contribuciones indirectas ha publicado la estadística completa del comercio exterior de España en 1889.

El comercio de importación se elevó en 1889 á la cifra de pesetas 866.311,424 , y el de exportación á la de 896.855,827 ; total general del tráfico en dicho año, 1,763.167,250.

Comparadas estas cifras con las correspondientes al año 1888, aparece una diferencia de más, en 1880, de 284 millones, y 272 comparado con el término medio del quinquenio.

Se observa que hemos exportado mercancías por 30.544,402 pesetas más que importado, lo cual demuestra una balanza mercantil muy favorable á España.

Nuestro principal comercio es con Francia ; y en el repetido año de 1889 la importación de géneros franceses se elevó á la cantidad de 264 millones de pesetas, y lo que exportamos á dicho país fué por valor de 386 millones; es decir, que vendemos á Francia 122 millones más que compramos.

La importancia que tiene nuestro comercio con la vecina República se comprende con fijarse en que representa más de una tercera parte del total tráfico.

También el comercio con Inglaterra es muy favorable á España, porque la importación se elevó en dicho año de 1889 á 161 millones de pesetas, y exportamos á dicho país por valor de 207.

La importación de trigo en el año á que se refiere la

estadística que nos ocupa fué de 145.312,334 kilogramos, y la de harina de trigo de 30.653,798.

La exportación de trigo se elevó á 162,354 kilogramos, y de harina de trigo á 23.396,168.

El principal artículo de importación fueron los aguardientes extranjeros, que se elevó en 1889 á la cantidad de 33.984,172 litros, por valor de 13.593,669 pesetas, y los derechos satisfechos importaron pesetas 5.903,697.

Nuestra principal exportación consistió en vinos comunes ó de pasto, que se elevó á la cifra de litros 840.588,005, por valor de 252.174,901 pesetas.

Para Francia, la exportación del expresado artículo fué de 708.620,223 litros, por valor de 212.586,067 pesetas.

Indican estos datos que la crisis comercial va desapareciendo. Ya era hora.

* * *

Buen año para la Bolsa ha sido el que acaba de terminar. Casi todos los valores han conseguido ventaja de consideración. La paz internacional que se ha disfrutado y el aumento creciente de capitales sin colocación, han sido sus causas determinantes. He aquí un resumen comparativo de las diferencias de los títulos principales.

31 DICIEMBRE.

	<u>1889</u>	<u>1890</u>	<u>Diferencia.</u>
Exterior español.....	73,30	75,85	+ 2,55
3 por 100 francés.....	87,30	90,05	+ 7,75
4 por 100 austriaco...	94,00	95,80	+ 1,80
Italiano.....	95,20	94,35	- 0,85
Portugués, 3 por 100..	65,40	58,40	- 7,00

El mes de Enero ha sido también favorable.

Los valores del Estado español continúan avanzando, á pesar de todas las dificultades financieras del Tesoro.

Los últimos tipos cotizados en 31 de Enero son los siguientes :

4 por 100 interior.....	76,70
4 por 100 exterior.....	78,25
4 por 100 amortizable.....	89,35
Cubas.....	103,20
Banco de España.....	398,00
Cédulas 5 por 100 Banco Hipotecario.	101,50
Cédulas, 4 por 100.....	92,50
Compañía de Tabacos.....	90,00

Desde el 31 de Enero no ha cesado el movimiento de avance, y en esta buena dirección continúa.

Como todos los años acontece, el Banco Hispano-Colonial es el primero que ha dado á conocer el resultado de su gestión en 1890. De año en año este Banco mejora mucho. Hace cuatro temíamos por su existencia. La cartera era poco tranquilizadora. Merced á la nueva administración, ha conseguido arrollar todas las dificultades, y hoy posee una cartera sólida y sus accionistas disfrutan de regulares dividendos.

	<u>Pesetas.</u>
Los productos del ejercicio pasado ascendieron á	5.786,346,66
De los que deducidos los gastos generales.....	<u>1.119,680,00</u>
Resultan beneficios líquidos.....	4.666,666,66

Que con arreglo al artículo 34 de los Estatutos sociales, se distribuyen :

Á las 48,000 acciones, á razón de Ptas. 87'30	
cada una.....	4.200,000,00
Á la Administración social.....	466,666,66



El Banco de España ha acordado distribuir á sus accionistas 50 pesetas por cada acción por complemento del dividendo de 1890. Son 100 pesetas en el año, igual cantidad que en el anterior.

Los beneficios de 1890 han sido, sin embargo, algo inferiores á los de 1889: quizá hubiera sido conveniente restringir un poco el reparto para reforzar más las reservas.



La Compañía Arrendataria de Tabacos celebra junta general el día 26 del corriente.

La recaudación va en aumento constante. Desde Julio hasta ahora ha conseguido cinco millones de pesetas de ventaja sobre el año anterior.

UN EX MINISTRO.

ÍNDICE

	Páginas.
SECCIÓN EXTRANJERA.	
<i>La sonata de Kreutzer</i> (tercera parte), por el Conde León Tolstoy.	5
<i>La paja húmeda de los calabozos</i> (cuento), por Juan Richepin.....	47
<i>Costumbres de París</i> , por Alfonso Daudet.....	51
<i>Alfonso Daudet</i> , por Emilio Zola.....	62
<i>En el jardín</i> , poesía traducida por Teodoro Llorente, por Ernesto D'Hervilly	90
SECCIÓN ESPAÑOLA.	
<i>Congreso internacional</i> , por Concepción Arenal.....	91
<i>José Valero</i> , por José Zorrilla.....	106
<i>La filosofía alemana y la cultura filosófica moderna</i> , por U. González Serrano.....	120
<i>Palabrería</i> , por el Dr. Thebussem.....	135
<i>Un poco de todo</i> , por Rafael M. Merchán.....	166
<i>La cuestión académica</i> , por Rafael Altamira.....	183
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	189
<i>Revista económica</i> , por un ex Ministro.....	216
